

Carme Prats

No estás a mi
ALTURA



ROMÁNTICA

No estás
a mi
ALTURA
Carme Prats



Primera edición: junio 2024

Título original: *No estás a mi altura*

© Carme Prats, 2024

© Maquetación y diseño de la cubierta: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

© Fotografía de la autora: Marta Clavería

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de la obra (parcial o totalmente) solo podrá realizarse con la autorización por escrito de la autora, a excepción de las excepciones previstas por la ley.

A Fernando,
porque me vio, me pidió un beso y me esperó...
y aún, después de tantos años,
me sigue viendo

*«La mitad de la belleza depende del paisaje;
y la otra mitad de la persona que la mira».*

Lin Yutang

CONTENIDO

<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>EPÍLOGO</u>

CAPÍTULO 1

Tenía que conseguir enamorarse de un hombre feo.

Aquello fue en lo primero que pensó cuando vio la escena que se estaba desarrollando ante ella; Victoria creía que no había otra alternativa posible.

No si quería conseguir los objetivos que se había marcado.

En la Diagonal de Barcelona, en la cafetería donde había desayunado infinidad de veces con su novio —exnovio aunque él no lo supiera aún—, aquella rata rastrera de Bosco estaba besando a otra.

Ni se había dignado irse a otro lugar donde no hubieran pasado tantos momentos juntos, tampoco había intentado esconderse o disimular. Estaba besando a aquella mujer en una mesa junto al cristal de la calle como si no hubiera nada más a su alrededor que aquellos brazos ávidos de su cuerpo o como si el mundo tuviera que ser testigo de sus impulsos amatorios.

¿Era necesario hacer aquello en público? Qué ordinariez.

Victoria miró su reloj; iba justa de tiempo, pero un agravio así tenía que solucionarlo cuanto antes, que luego se le complicaba la agenda y no quería demorarlo más.

Se quitó las gafas de sol y empujó la puerta del local.

El café y el olor a mantequilla derretida inundó sus fosas nasales.

Qué no daría por un bollo con canela, pero el capricho tendría que esperar a otro día.

Agradeció el fresquito suave del aire acondicionado; el bochorno estival de la ciudad era lo único que le molestaba de Barcelona.

Dejó el bolso sobre la mesa, para hacer más evidente su presencia —aquellos dos estaban bastante entretenidos y ajenos al hecho que había un tercero en discordia ante sus narices—, y con ademanes fluidos se sentó en el banco de delante de donde estaban Bosco y aquella chica —¿más joven?— mirándose con deleite.

Estaban susurrando y riendo de esa manera en la que se nota que ha habido intimidad, y se tocaban de forma discreta para estar en público, aunque del todo inapropiada si estás saliendo con otra persona.

Victoria mantenía la espalda recta; sin embargo, no tenía una postura forzada ni tensa.

Estaba esperando, con educación y una pizca de impaciencia, a que ellos se percataran de que estaba allí para no tener que interrumpirlos, como si todo aquello fuera un puro trámite al que tenía ganas de ponerle fin.

Volvió a mirar la hora, «como aquello durara demasiado no tendría otro remedio que llamar su atención», y fue en aquel momento cuando Bosco captó un movimiento con el rabillo del ojo —tan ensimismado había estado hasta entonces— y se atragantó con su propia saliva del susto.

—¿¡Victoria!?

Ella permaneció callada; una estatua de alabastro no podía hacer justicia a su belleza, pero sí a su inmovilidad.

—No, no es lo que parece... —balbuceó.

«¿En algún momento de la historia de la humanidad esta frase ha contenido un atisbo de verdad? Siempre es lo que parece», rezongó para sí Victoria.

La chica que estaba con Bosco enrojeció.

Quizás no sabía que el hombre al que estaba besando estaba comprometido, o tal vez sí y le

era indiferente. Al igual quería que la novia oficial los descubriera y se quitara de en medio.

Tal vez se trataba de cualquier otra cosa.

Le era indiferente. Quien la había traicionado era él.

La mirada de Victoria, impasible y tranquila, se centró en Bosco. Tan solo quería verlo arrastrarse un poco más.

¿Le diría que aquello no tenía transcendencia ninguna, con lo cual avergonzaría a aquella chica, porque era evidente que había algo entre ellos?

¿O por el contrario le diría que se había enamorado de otra, y pondría de manifiesto que era un canalla infiel?

Victoria seguía esperando una respuesta a su muda pregunta.

La chica se había paralizado, no había tenido ni siquiera el aplomo de levantarse y dejarlos solos.

Bosco empezó a mover la pierna, en aquella sucesión de espasmos tan molestos y que tan al descubierto dejaban entrever sus nervios.

—Victoria... —suplicó lastimero.

—¿Sí?

—Deja... —miró a la chica con desesperación deseando que se fuera de allí—, deja que lo hablemos con calma en tu casa.

—¿Estás diciendo que no quieres que esta chica con la que te estabas besando oiga lo que me tienes que decir? ¿Por qué? Creo que esto nos atañe a las dos. Y más viendo que no se mueve de aquí. Debes de ser importante para ella.

—No, no; esto no ha sido nada, una insignificancia...

La chica apretó los labios y los puños, con una indignación que no pasaría desapercibida para nadie —o quizás solo para Bosco, que la estaba ignorando a propósito—.

—No hace falta me que digas nada más —lo interrumpió Victoria—. Ya me ha quedado claro.

La curiosidad por su reacción ya se había satisfecho.

—No eres digno ni de mí ni de ella. Ya te enviaré las cosas que te has ido dejando en mi casa.

—Pero ¡si no significa nada!

—No merece la pena seguir con esta conversación. Y si me aceptas un consejo —le dijo a la chica—, no te enredes jamás con un hombre comprometido, no suele salir bien. En cualquier caso, encantada de haberte visto.

Aunque el momento no era nada ideal, la verdad es que, si no los hubiera descubierto, seguiría estando engañada.

Y que le tomaran el pelo era algo que sobrepasaba su tolerancia.

—Parece que tenemos en común el mal criterio para escoger a los hombres —sentenció.

Victoria se levantó con la sobriedad con la que solía hacerlo todo.

Recogió su bolso y salió del local.

Aunque antes pudo escuchar los susurros airados de esa chica, las disculpas vehementes de Bosco y el beso que empezó forzado y acabo siendo consentido.

Al final resultaba que había tenido una percepción errónea. Quizás la chica sí se merecía a Bosco.

Aquellos dos eran tal para cual.

CAPÍTULO 2

Victoria transitaba por la avenida de la Diagonal de Barcelona con seguridad, taconeando con la delicada contundencia con la que lo hacía todo, pero por dentro hervía de indignación, aunque no de dolor.

¿Qué decía aquello de ella?

Le importaba más la falta de respeto que sus sentimientos heridos. ¿Es que acaso no tenía emociones? No, no era eso en absoluto. Amaba muchas cosas en su vida: le encantaba su trabajo, tenía amigas, adoraba a su familia.

El único problema era Bosco... y todos los novios que había tenido antes de él. Ella estaba libre de culpa. Pero ¡si casi era perfecta!

Y ahora, le tocaba pensar con detenimiento —otra vez— cómo prepararse para lograr su objetivo. Debía elaborar una hoja de ruta, apuntar banderas rojas, reescribir estrategias y establecer unas condiciones esenciales para encontrar a su pareja ideal.

Con la misma metodología que usaba para planificar todos sus triunfos, decidió que la única forma de vivir como ella siempre había deseado sería poniendo sus esperanzas en un hombre que estuviera tan agradecido por poder estar a su lado que jamás se le ocurriera mirar a nadie más que no fuera ella.

Bueno, aceptaba «mirar». Pero tocar, no. Y besar, menos aún.

¿Qué sinvergüenza había sido Bosco! Aún le bullía la sangre al recordarlo. ¿O era el orgullo herido?

Ni se planteaba dejar su vida amorosa al azar o al destino caprichoso cuando la volviera a unir a cualquier desconocido. Tenía que tomar cartas en el asunto. Y no quería perder más el tiempo.

Tampoco pedía demasiado. No soñaba con tener hijos ni con una gran boda —ni con una boda a secas de hecho— ni estaba sucumbiendo a la presión social que suponía que una mujer guapa, exitosa y de casi treinta años estuviera soltera, no.

Ella quería encontrar a alguien con quien sentir aquella complicidad que había visto en sus padres, que se demostraban cada día que lo sabían todo el uno del otro, que se preocupaban y se ocupaban de sus necesidades mutuas, que compartían las alegrías y tenían un hombro en el que llorar si hacía falta.

Con el dinero que ya le venía de familia y con los beneficios de su negocio, que no hacía más que seguir creciendo, no podía arriesgarse a jugarse el corazón —ni el patrimonio— con alguien de fuera de su círculo social.

Eso es lo que se había dicho siempre.

No quería dudar nunca de que el supuesto amor que le profesaba el novio de turno tuviera más de interés económico que de sentimientos verdaderos, pero aquella opción —que había planificado con cuidado— no le había servido de nada. Una y otra vez había fracasado.

Guapos de clase alta, estirados y sin ningún tipo de lealtad hacia ella o hacia su relación. Así eran todos los novios con los que había estado.

Por su experiencia, aquellos hombres sumamente atractivos —los que le gustaban a ella, «y ¿a quién no?»— tenían una confianza excesiva en ellos mismos, cero tolerancia a la frustración y adoraban sentirse agasajados. Pobrecitos ellos, que no eran capaces de negarse jamás un capricho

y vivían con demasiadas tentaciones a su alrededor. Acostumbrados a salirse siempre con la suya, no apreciaban lo que ya tenían.

No la habían valorado a ella.

Se acabó el dejarse engatusar por un cuerpo de escándalo y un rostro atractivo. Debía ponerse a buscar entre los feos y quizás también entre los que tuvieran una baja autoestima.

¿«Desesperados» era demasiado radical?

«¿Qué más?», pensó mientras se daba golpecitos en los labios con el dedo índice. Tenía que elaborar una lista. Iba a ser concienzuda y meticulosa.

El objetivo de todo aquello era el amor. Sentir amor verdadero —por su parte y por la de su pareja—. Enamorarse. Aunque, ¿cómo iba a conseguirlo de alguien que fuese poco agraciado? En aquel momento le parecía una misión imposible. Y es que no le gustaban; eran tan... antiestéticos. Y reprimió un escalofrío.

Suspiró por el gran sacrificio que se estaba obligando a emprender.

En el fondo le daba un poco de grima aquello. Pero tenía que intentarlo. Ser valiente y acostumbrarse a salir con un hombre —tragó saliva— feo.

Sin embargo, que quedara claro, aceptaba que no fuera guapo —ni rico—, pero con lo que no iba a transigir era con la higiene. Necesitaba que fuese limpio y oliera bien. Sacó el móvil para apuntar este primer punto en la aplicación de notas, cuando le entró una llamada del trabajo.

—Dime, Tatiana...

—... estoy llegando...

—... ¿que el fotógrafo no se ha presentado porque ha roto con su novio y está en medio de una crisis de desesperación? No entiendo tanta tontería.

Como si ella se hubiera encerrado en su casa por haber pillado a su novio besando a otra.

—... qué falta de profesionalidad...

—... no, no te preocupes. Lo solucionaré. En cinco minutos nos vemos.

Victoria se prohibió seguir pensando en feos, en los requisitos necesarios para encontrar el amor verdadero, en todas las veces que se había equivocado en su elección, pero continuó con su deseo de encontrar al hombre de sus sueños: aquel que la hiciera sentir amada.

CAPÍTULO 3

Victoria entró en el edificio donde tenía su negocio: zapatos de lujo a medida.

Ubicado en la Rambla de Catalunya, e integrada en la Barcelona Shopping Line, aquel trabajo se había convertido en su mayor orgullo. Poder poner su talento y su corazón en un pequeño espacio situado en aquellos cinco kilómetros de escaparates a cielo abierto era un sueño del que a veces temía despertar.

Los barceloneses estaban acostumbrados a ver el lujo y la sofisticación que destilaban los comercios de la avenida de la Diagonal, Passeig de Gràcia y Rambla de Catalunya —con artículos de las principales marcas internacionales—, que, además, estaban al lado de tiendas de barrio.

Sin embargo, más que aquel contraste, lo que cautivaba a cualquier visitante de fuera de la ciudad radicaba en su entorno, ya que el comercio no era lo único que uno se encontraba al pasear por esas calles, sino que también había joyas arquitectónicas —algunas de las cuales estaban catalogadas como Patrimonio Mundial de la Humanidad—.

Barcelona no dejaba indiferente a nadie.

Victoria se obligaba a recordar regularmente que era una privilegiada: por trabajar en un enclave tan magnífico, por tener la profesión que siempre había deseado, por vivir de la forma que quería.

Allí había instalado su empresa, desde la tienda y el taller hasta las oficinas, lo cual ahorrraba tiempo tanto en la producción como en la resolución de problemas. El olor a cuero era sutil en su despacho, pero llegaba hasta allí. Abrazándolo todo a su paso.

—Victoria, por fin llegas —dijo Tatiana acelerada y nerviosa.

—A ver, dime qué me he perdido —contestó mientras dejaba su bolso en un armario, se sentaba y obligaba a su cuerpo a bajar la temperatura gracias al aire acondicionado, que secaba la humedad ambiental y mitigaba el calor del sol que se filtraba por el gran ventanal.

—Hoy teníamos que hacer las fotografías de la nueva colección. Y vamos tarde. Las clientas van a querer sus nuevos zapatos para otoño, y solo para la producción ya vamos a necesitar un mes. Pero antes de empezar a fabricarlos, tienen que llegar los pedidos, concertar las citas, personalizar el diseño, realizar pruebas, efectuar ajustes... Y eso pasa por colgar fotos de los prototipos en nuestra web. Además, ¡tenemos que ir preparando la campaña de Navidad, que es cuando más trabajo hay!

—Tatiana, no me has dicho nada que no sepa. Lo mismo de cada año —replicó distraída mientras rebuscaba en su cajón algún dulce. Se había quedado con las ganas de pedirse un bollo en la cafetería.

—Ya, pero es que ¡estamos en verano! ¿Sabes qué significa eso? Que los fotógrafos van a tope. Las bodas son nuestro dolor de cabeza. ¿Por qué se sigue casando la gente?

—Estamos más que satisfechas con estas ceremonias. Ganamos bastante con los zapatos de novia...

—¡Ese no es el tema! Tú apuraste plazos porque querías a este fotógrafo en concreto, que es voluble e imprevisible. Y ahora no hay ninguno disponible. Ya los he llamado a todos. Te juro Victoria, que, si no conseguimos hacer hoy las fotos, me despido. Y me voy a la competencia.

Victoria sonrió con cariño.

—Tatiana, ¿cuántos años llevamos trabajando juntas?

—Cinco. Desde que abrimos.

—¿Cuántas veces hemos tenido conversaciones similares? ¿Quizás cada inicio de temporada?

—Esa no es la cuestión. No me pagas lo suficiente para vivir con este estrés.

Tatiana se cruzó de brazos, haciéndose la dramas.

—Te pago más que suficiente. Y adoras este trabajo, al igual que yo.

—No tanto como te parece. Este estrés no es bueno para mi piel —insistió.

—¿Qué gracia tiene un zapato de hombre? —siguió como si no la hubiera oído—. La versatilidad de uno femenino eclipsa cualquier diseño masculino. Y somos las únicas que nos hemos especializado en zapatos de mujer artesanales a medida. Si te vas a la competencia, vas a trabajar con zapatos sosos, funcionales, duraderos y clásicos. Fingió un escalofrío ante la palabra «clásicos».

—Me da igual —dijo tozuda—. Me montaré mi propia empresa.

—Y yo te apoyaré si decides irte, pero sé que quieres quedarte aquí.

—Odio cuando todo se desmorona y no pierdes los nervios —dijo mientras se sentaba, agotada de discutir.

—¿Te imaginas que nos pusiéramos las dos a gritar como locas? ¿Quién mantendría la calma para seguir adelante y solucionar los problemas?

—Pero lo tuyo no es normal. Me pone histérica que siempre estés tan tranquila.

—Porque todo va a salir bien.

—¿Cómo? ¿Cómo va a salir bien si no tenemos fotógrafo?

Victoria levantó las cejas, en un intento de darle más emoción al asunto.

—Tengo dos amigas fotógrafas.

Tatiana se levantó de golpe de la silla.

—¿Tienes amigas fotógrafas y me lo dices ahora?

La miró con cautela.

—¿Por qué no hemos trabajado aún con ellas? ¿Son pésimas profesionales? —susurró como si pudieran oírla.

—No, son estupendas, pero se han especializado fotografiando personas. No les gusta retratar objetos; pero sé que, si se lo pido, me harán este favor.

—Llámalas ya —exigió impaciente.

Victoria miró con fastidio a Tatiana.

—¿Ahora? No me he tomado ni un café ni el bombón que lo acompaña siempre.

—Pues te lo tomas luego, golosa.

—Sabes que soy la jefa, ¿verdad?

—Y tú sabes que sin mí lo tienes complicado, ¿verdad?

Tatiana se encargaba de la publicidad, de las redes sociales, de los pedidos. Victoria nunca había querido vender por Internet —no se podía hacer un zapato a medida a través de una web—, y además muchas de sus clientas preferían un trato personal, pero no era tan ingenua como para no darse cuenta del gran potencial que tenía el escaparate al mundo que le proporcionaba estar en línea.

Tatiana y ella hacían un buen equipo. Se complementaban tanto en su trabajo como en su manera de hacer las cosas. Mientras que Tatiana era impulsiva y demasiado emocional, Victoria tenía un aplomo tal que en los momentos de más trabajo rendía como la que más sin estresarse.

—No voy a discutir contigo —se rindió—, da igual. Aunque qué pesadita que eres a veces.
—Voy a por tu café —concedió—, pero tú llama.

—No ha habido suerte.

—¿Qué dices? —se preocupó Tatiana.

Victoria cogió el café que le tendía y le dio un pequeño sorbo. Ronroneó de placer.

—Que ninguna de mis amigas está disponible. Temporada de bodas ¿recuerdas? —Se encogió de hombros.

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora a confiar en que el fotógrafo que nos ha enviado mi amiga Marta, esté a su altura, y a la nuestra, para poder hacer bien su trabajo —respondió con una sonrisa.

—Yo te mato. Qué susto que me has dado. ¿Cómo se llama? Voy a buscarlo en redes, a ver cómo es su trabajo.

—Bernardo Pérez.

—¿Bernardo? Tiene nombre de perro.

Victoria levantó las cejas.

—¿Conoces algún perro que se llame Bernardo?

—No, pero ya me entiendes.

—No, Tatiana, no. No te entiendo. Y hoy estás más rara de lo normal, que ya es decir.

—Además «Pérez». ¿Quién se apellida Pérez hoy en día?

—¿Cientos de miles de españoles?

Tatiana bufó en respuesta.

—No me parece un nombre comercial, eso es todo.

—Mientras haga buenas fotos, el nombre no importa nada.

—Sí que importa. A ver cuántos zapatos hubieras vendido tú si esto se hubiera llamado «Zapatos Doña Angustias».

—Es que llamar «Angustias» a unos zapatos es tener muy poca vista.

—Pues mira —dijo poniéndole en móvil delante de su cara—, sus fotos también son horribles. No son nada limpias. Demasiado artísticas. No es lo que queremos. Buscamos que la única imagen que se vea sea el zapato, no un claroscuro ni otros zapatos al fondo difuminados.

—Tatiana, tranquila. Respira. Le podemos decir que queremos un fondo blanco. No va a haber problema con eso. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué te preocupa en realidad? Porque esta de aquí no eres tú. O quizás eres tú multiplicada por intensidad a la enésima potencia.

Tatiana se derrumbó en la silla.

—Lo siento —hipó mientras se llevaba un puño a la boca y cerraba los ojos—. Creo que Sergio me está engañando.

—Por Dios, ¿qué pasa hoy? ¿Es el día de San Infiel o qué?

—¿Bosco también?

Victoria se sobresaltó. Había olvidado por completo la escena en la cafetería. ¿Cómo era posible que hubiera hecho tan poca mella en ella?

—Lo decía por el fotógrafo que nos ha dejado colgadas... —disimuló.

—Ah, sí. Perdona. Bosco es tan guapo... No imagino a alguien mejor que él, y además está tan pendiente de ti... —dijo soñadora.

—No te creas. A veces las apariencias engañan.

—No conozco a nadie más atractivo que Bosco. Es impresionante. Qué suerte tienes.

Victoria dudó en si confesar o no, pero la verdad es que le daba igual lo que pensara nadie sobre sus relaciones. Era una luchadora y no se rendía. Ya encontraría a otro que le llegara a la altura.

—En lo de atractivo quizás no te equivocas, pero lo acabo de sorprender besándose con otra. Tatiana no sabía dónde meterse.

—¿En serio?

Victoria asintió con la cabeza.

—¿Y cómo estás? Porque lo mío es una sospecha y estoy fatal. Si lo tuyo es una certeza, no me puedo ni imaginar lo que estás sintiendo —contestó apesadumbrada.

—Pues bien, supongo. Con alivio de haberlo descubierto. Estas cosas mejor pronto que tarde. En realidad, no sé qué decirte —resolvió con ganas de cambiar de tema—. ¿Tú necesitas algo? ¿Quizás ir a dar una vuelta para despejarte?

—No. Gracias. Trabajar me irá bien para no pensar en ello. Vamos a prepararlo todo para cuando llegue Mister Dog.

—¡Tatiana! ¡Que «Bernardo» no es nombre de perro!

—Tampoco se lo iba a decir a la cara...

—Ya, pero esa manía tuya nos ha ocasionado algún que otro problema, porque al final siempre se te acaba escapando.

—Vale, ya no diré más Mister Dog.

—¡Que no lo pronuncies siquiera!

Tatiana sonrió, por fin, después del agobio que llevaba desde que se había levantado.

—Vamos a recibir a nuestro fotógrafo Dog.

Victoria cerró los ojos resignada. Desde que eran pequeñas, Tatiana había puesto apodos a todo el mundo que conocía. La excusa es que no recordaba los nombres, y los moteles la ayudaban a reconocer de quién estaba hablando. Pero la mayoría de esos apelativos no eran demasiado amables, y Victoria había vivido alguna situación bochornosa que no quería que se repitiera.

Después de colocar los zapatos y de despejar el lugar donde se iban a hacer las fotos, Victoria estaba repasando detalles de la nueva colección en el ordenador de su despacho. El fotógrafo se retrasaba un poco, aunque, como le habían avisado aquella misma mañana sin haber reservado con antelación, no se lo iba a tener en cuenta.

Concentrada en una hoja de Excel que no le acababa de cuadrar, no se dio cuenta de que alguien había entrado en su despacho hasta que una súbita fetidez a leche agria le hizo arrugar la nariz con desagrado. Se giró hacia donde venía la peste y se encontró con un hombre alto de aspecto simiesco, con una camiseta manchada y un bebé colgado en una mochila. Al lado estaba Tatiana.

Victoria miró a su amiga con alarma.

Suponía que aquel hombre no iba a hacerles daño si llevaba a un bebé consigo, pero no sabía qué diantres estaba haciendo allí.

¿Acaso era un vagabundo que iba a pedirles dinero?

Tatiana también la miró con los ojos desorbitados de desesperación.

Como si no pudiera articular palabra.

Al final, después de hacer un esfuerzo hercúleo consiguió balbucear un sinsentido.

—Hola, Victoria. Te presento a Bernardo Pérez. El fotógrafo.

CAPÍTULO 4

Victoria no conseguía procesar aquella frase, como si entendiera el significado de cada una de las palabras por separado, pero juntas no tuvieran el menor sentido:

Te. Presento. A. Bernardo. Pérez. El. Fotógrafo.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

¿Por qué aquel hombre enorme, con la frente prominente, con hedor a leche agria y con un bebé que dormitaba en una mochila tenía el mismo nombre que su fotógrafo?

No podía ser el mismo, ¿no?

Iba a solucionar aquel malentendido de inmediato.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle en algo?

Victoria preguntó con educación, aunque sin un mínimo de calidez o simpatía. Fría, altiva, distante, como se conducía siempre con desconocidos —y a veces con conocidos—, no quería indigentes en su tienda, pero, al fin y al cabo, era un ser humano y merecía la oportunidad de explicarse.

Quizás necesitaba alimento para su bebé. O para él mismo.

Y ella jamás había negado comida a nadie.

Él la miró, desde sus dos metros de altura, de arriba abajo. Puso los ojos en blanco, reacio a decir nada.

«¿Acaso había perdido la capacidad de articular sonidos?», pensó Victoria.

«Tal vez llevaba tiempo sin comunicarse con otras personas y ahora le costaba hablar. Pobrecito aquel bebé; eso era lo que más le dolía. Una criatura que no había pedido nacer y que se encontraba envuelta en una situación de pobreza tan extrema».

Victoria se obligó a no llevarse la mano al pecho para aliviar la pena que le suponía ver aquello. Le superaba ver a niños sufriendo, pero no quería parecer vulnerable.

—No. Soy yo quien está aquí para ayudarte a ti.

La voz grave y gutural de aquel tipo se coló dentro de ella, y resonó en su interior en una vibración constante, al que le siguió un eco ligero descendente hasta que se apagó.

¿Qué había sido aquello?

—¿Cómo? —consiguió pronunciar.

—Me ha dicho Marta que necesitabas un fotógrafo para tus zapatos —respondió con condescendencia.

Un momento, ¿aquel hombre se le estaba dirigiendo como si fuera lerda? ¡Nadie le hablaba así!

«Habrase visto», pensó con indignación.

—Si no te importa, me gustaría lavarme primero. Llevo ropa de recambio para la cría, pero no para mí.

—¿Qué?

Otra vez con las preguntas estúpidas.

Él se giró hacia Tatiana, que también estaba bloqueada, y al ver la cara de aleladas de las dos, suspiró, susurró algo parecido a «Señor, dame paciencia» y volvió a empezar.

—Hola. Soy Bernardo Pérez. El fotógrafo —relató con voz monocorde—. Me ha llamado tu amiga Marta para pedirme que te hiciera el favor de pasarme por aquí para hacer unas fotos a

unos zapatos. Estaba cerca, así que he podido hacerte un hueco, pero hoy me ha tocado estar con la niña, que me ha vomitado encima, y no tengo una muda para cambiarme. Has tenido suerte porque llevaba la cámara en el coche y espero poder hacer este trabajo en un par de horas como mucho, pero necesito lavarme la camiseta y traer el cochecito de la niña para que se pueda recostar mientras hago las fotos. ¿Ha quedado claro ahora?

Victoria no salía de su estupor.

Ese hombre era el fotógrafo. «Su» fotógrafo.

Ese hombre no era indigente.

Ese hombre apestaba porque su hija le había vomitado encima.

Para su aspecto no había remedio, eso era cierto, pero estaba allí para hacerle un favor a ella. No para pedir comida ni robarles. Qué prepotente y clasista se sentía.

Se obligó a acercarse, aunque no pudo controlar el espasmo de disgusto que hizo su nariz al volver a sentir aquella pestilencia agria y desagradable.

—Perdona, bienvenido. Si me sigues, te enseño dónde puedes asearte.

—Cochecito primero, ¿recuerdas?

Bernardo miró a la otra chica, que seguía estupefacta. Al menos la que había hablado, había reaccionado.

No soportaba a las niñas de casa bien, que se creían por encima de los otros mortales. Como si no tuvieran las mismas necesidades fisiológicas. Parecía que hubiesen olvidado que, al final, se conducían igual que el resto, y que, en medio de un apretón intestinal, por ejemplo, su condición de divas no les ahorra el mal rato.

Su atractivo era directamente proporcional a todos los complementos que llevaban encima y a las horas que invertían ante el espejo o en centros de estética. No eran mujeres con una belleza real, sino estereotipos adictas a la moda y esclavas de la opinión de los demás. Y lo sabía porque en su trabajo se había tropezado con unas cuantas personas así.

Pereza, hartazgo e indignación, eso era lo que le provocaban.

Después de ir a por el cochecito, Victoria lo acompañó hasta su despacho; allí tenía un baño completo con ducha incorporada. Quería que el fotógrafo se encontrara cómodo. Aunque él no sabía que lo había considerado un indigente, se sentía culpable.

—¿Puedes esperar un momento aquí?

Él se encogió de hombros. Y cuando Victoria lo dejó solo, abrió la puerta del baño y se sacó la camiseta para lavarla y sacarle aquella peste que había saturado sus fosas nasales. El olor a vómito lo acompañaba allá donde fuera. Era realmente asqueroso.

Victoria volvió con un par de toallas esponjosas limpias y jabón sin perfumar. Creyó que al fotógrafo no le haría demasiada gracia oler a fragancia femenina, y quiso adelantarse a sus necesidades. Al no verlo en su despacho llamó a la puerta del baño. Él abrió sin camiseta porque la tenía en el lavabo en remojo; le estaba quitando los restos secos y repugnantes con la pastilla de jabón para manos.

Victoria se paralizó en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO 5

—Te traía toallas —murmuró con la vista clavada en el suelo, ruborizada, intentando disimular el impacto que le había producido aquel torso desnudo—. Puedes ducharte, si quieres.

Bernardo chasqueó la lengua de fastidio. Aquella pija no era capaz ni de mirarlo a la cara. Seguro que lo consideraba vulgar. Qué ganas de acabar con todo aquello. Pensó en dejarse aquella pestilencia solo para molestarla, pero la verdad es que se sentía más que incómodo. Aunque ni de coña se iba a duchar allí.

—No.

Victoria se giró para irse. Alterada por la brusquedad de su negativa y por la visión de su piel masculina. Jamás había tocado un torso como aquel. Todos los hombres con los que se había acostado estaban completamente depilados. En todas partes. ¿Tendría Bernardo pelo en otros sitios de su cuerpo?

Sacudió su cabeza como si pudiera borrar la imagen que se había hecho en un momento. Bernardo era grande, muy grande. ¿Musculoso? Quizás sí. No le había dado tiempo a fijarse. ¿Sería suave el vello que tenía en el pecho?

La visión de Bernardo sin camiseta le había parecido muy erótica. Había sentido el impacto en todo su ser.

Pero, a ver, que el fotógrafo era feo... aunque le hubiera parecido atractivo... o lo que fuera. Tal vez se había puesto nerviosa por la sorpresa de verlo así. ¿No?

Basta. Tenía que dejar de pensar en aquello.

¿Cómo serían sus manos? No las había mirado ni una sola vez. Y en aquel momento no podía detener el deseo que le obligaba a fantasear con ellas. Seguramente serían grandes, como todo él. Y ¿cómo sería sentirlas sobre su piel?

«Suficiente», se riñó.

Fotos. Zapatos. Campaña. Nada más.

Él se había encerrado en el baño con el cochecito de la niña. No había querido dejarla un solo momento sin su vigilancia. Y, ay... que estuviera tan pendiente de un bebé la enterneció, para qué mentir.

De repente, un pensamiento cruzó por su mente: Bernardo podría ser el feo que ella había pedido al universo aquella misma mañana después de ver a Bosco besándose con otra. Parecía que había transcurrido una eternidad y de hecho no habían pasado más de un par de horas. Pero no podía obviar que había uno en su baño y podría ser el que ella había estado esperando.

Se inquietó solo de pensarlo.

Ella, que siempre se conducía con un temple digno de admiración, estaba inquieta. ¿Tendría que coquetear con él? ¿No era eso rebajarse un poco?

Seguro que sí.

Sin embargo, tenía que probar a ver si tenía más suerte. Porque con guapos, atractivos y carreras de prestigio, no había habido manera. Y ella anhelaba aquella intimidad y confianza que había visto en las parejas que se amaban de verdad.

Que se anticiparan a lo que ella quería sin que lo tuviera que decir. Que ambos supieran de sus preocupaciones y de sus esperanzas para que se pudieran confortar mutuamente.

Una complicidad así le parecía algo mágico, y no quería conformarse con un sucedáneo.

Deseaba encontrar el amor verdadero porque creía que era algo precioso y raro de hallar.

Al contrario de muchas personas a las que conocía, no necesitaba una pareja para nada.

Disfrutaba de la soledad de su casa. Hasta ese momento no había encontrado un placer superior al de leer un libro en el mullido sofá de su sala, acurrucada bajo unas mantas mientras en el exterior se oía el sonido de la lluvia al caer, o estirada en una tumbona en una playa, con un libro en la mano, mientras las olas rompían en la orilla con una cadencia inalterable.

Le encantaba viajar con sus amigas a ciudades europeas. Adoraba llegar a casa de sus padres y que todo continuara igual que cuando era pequeña y vivía con ellos.

Y por encima de todo, se sentía afortunada por trabajar en su propio negocio, con el que había soñado y que tan bien le estaba yendo.

No, no necesitaba un hombre para nada. Era más que feliz con lo que tenía, pero qué bonito cuando su madre aún se ruborizaba porque su padre la miraba de una forma especial. O cuando su padre llegaba con un ramo de rosas cada catorce de cada mes porque aún celebraban su primer beso. O cuando su madre le quitaba las gafas con delicadeza cuando se quedaba dormido en su butacón.

¿Tan raro era desear aquello? ¿Sentir aquella conexión tan intensa con otra persona?

No le asustaba vivir sola ni enfrentarse a sus propios problemas ni acudir a algún sitio sin nadie. Con ella se bastaba y se sobraba. Pero tenía miedo de no enamorarse jamás. De que nadie se enamorara de ella. De no experimentar la plenitud del amor.

No era el tipo de persona que se hunde al primer fracaso —ni al segundo ni al tercero—, así que seguía intentándolo, con todas sus fuerzas. Y en aquel momento estaba probando un cambio de perfil con el elegido.

No creía que fuera demasiado difícil conseguir una cita con aquel hombre; estaba segura de que cuando se lo insinuara, él no se creería la suerte que había tenido. Seguro que jamás había tenido el atrevimiento de soñar siquiera con estar con alguien como ella.

Pero lo complicado sería que ella se enamorara de él, porque eso de que fuese feo era un obstáculo bastante grande, y enamorarse era el objetivo de todo el asunto. Salir por salir era tontería. Y no era lo que ella quería.

Sin embargo, antes de seguir por ese camino, debía asegurarse de que el fotógrafo ya se hubiera divorciado. Quizás el «hoy me ha tocado estar con la niña» quería decir que su mujer y él se lo combinaban para cuidarla, pero que seguían juntos.

Tenía que averiguarlo.

Si iba a empezar algo, primero tenía que saber si estaba libre.

Odiaba las faltas de lealtad. Estaba bien eso de enamorarse y tal, pero no a cualquier precio. No pretendía romper ninguna relación.

Se fue a la sala de reuniones, lejos del baño de su despacho y de oídos indiscretos, y llamó a su amiga.

—Marta, ¿tienes un momento?

¿Qué era aquel nudo en el estómago? Al igual estaba incubando algún virus.

—Si es un momento corto, sí. Pero estoy hasta arriba de trabajo. Dime.

—El fotógrafo que me has enviado es un poco peculiar —empezó.

—¿Bernardo? ¡Pero si es un encanto de hombre!

—No sé si fiarme de tu criterio a la hora de juzgar a las personas.

—¿Por qué lo dices? ¿Ha hecho algo raro?

—Presentarse con su hija.

—¿Hija? No sabía que tuviera una hija.

—Pero, ¿tú sabes algo de este hombre? ¿O me has enviado al primero que se te ha ocurrido? Unos segundos de suspicacia llenaron el silencio de la conversación.

—Victoria, ¿estás nerviosa? Porque sería la primera vez. Jamás te he visto alterada por nada... ni por nadie.

—No —respondió. Maldita sea. Marta era demasiado perspicaz—. Estoy bien. Solo quiero...

—Victoria, te tengo que dejar. Que yo sepa no tiene ninguna hija, pero reconozco que es un hombre reservado y quizás no me lo haya dicho.

—Marta, espera...

Pero su amiga ya había cortado la llamada. Y Victoria no sabía qué pensar. No había resuelto nada, y además sabía que Marta se había quedado con la mosca detrás de la oreja por su interrogatorio fallido. Nunca había sido tan impulsiva. Debería haber meditado más cómo abordar el hecho de sacarle información. Bueno, aquello ya no tenía remedio. Tendría que preguntar directamente a la fuente.

Y se fue con pasos decididos, taconeando con seguridad, hacia su despacho; deseando que él ya hubiera terminado de asearse para no correr el riesgo de fantasear con su fotógrafo desnudo.

Pero el hecho de querer contenerse consiguió el efecto contrario.

Aun en el pasillo, sin oír el correr del agua, con el golpeteo de sus tacones resonando a la par de los latidos de su corazón, no pudo evitar imaginar el cuerpo grande de aquel hombre —cubierto de vello en las partes más interesantes—, lleno de gotitas que le resbalaban torso abajo.

Cerró los ojos, preocupada.

«Es feo», se obligó a recordar.

Estaba en un buen lío.

CAPÍTULO 6

Bernardo estaba de pie, al lado de su mesa, con la camiseta mojada ajustándose a su cuerpo musculoso. Sí, con aquella camiseta adherida a su piel podía asegurar sin temor a equivocarse que el fotógrafo tenía un cuerpo de escándalo. Pero era feo. Que no se le olvidara.

—Tu ropa está mojada —balbuceó antes de poder contenerse.

—Ya te he dicho que no tenía una muda para mí.

—Sí. Perdona. Lo siento.

¿Por qué se estaba disculpando tanto?

—Te llevo al despacho donde están los zapatos.

La estampa que ofrecían era un poco rara.

Ella encabezaba la marcha vestida con una falda estrecha, una blusa vaporosa y unos zapatos con un tacón de vértigo.

Él, con una camiseta negra mojada y unos tejanos viejos, la seguía perdido en sus pensamientos mientras empujaba un cochecito con un bebé dormido.

La empresaria y el fotógrafo.

La bella y la bestia.

La pija y el zarrapastroso.

—Aquí están los veinte zapatos que tienes que fotografiar —le dijo cuando llegaron al estudio.

Bernardo observó la estancia. Era amplia y luminosa. Las paredes blancas la hacían parecer más grande. La mesa de reuniones, ovalada y regia, le daba un toque de distinción. El enorme jarrón de flores blancas otorgaba calidez a la sala. Y las fotografías enmarcadas de zapatos ofrecían una modernidad refrescante.

—El estilo que queremos para nuestras fotografías es elegante, pero sencillo —le estaba diciendo en aquel momento—. El protagonista absoluto tiene que ser el zapato; solo uno en cada fotografía. Todas ellas deben tener el mismo ángulo. La imagen tiene que ser limpia, con fondo blanco. Una perspectiva frontal creo que va a ser lo más acertado.

La niña seguía durmiendo con tranquilidad, ajena a todo lo que la rodeaba, pero allí hacía un poco más fresco y Bernardo le puso una pequeña sábana por encima. Los aires acondicionados en verano eran una pesadilla si estaban demasiado fuertes.

Después cogió su cámara de fotos y fue enfocando toda la habitación centímetro a centímetro con su objetivo para ver dónde había mejor luz para trabajar.

Recorrió todo el espacio con el ojo pegado al visor. Hasta que se topó con unos zapatos rojos de charol que cubrían un empeine de bailarina con una correa tachonada negra y se abrazaban a un hermoso tobillo con una pulsera de piel que tenía una hebilla diminuta.

Tragó un nudo de admiración ante tanta perfección y siguió observando aquella pierna torneada.

¿Podían unos tobillos y una rodilla hacer perder la razón a un hombre? Jamás se había alterado tanto por una pierna. ¡Que él iba a playas nudistas, caramba! Que el cuerpo femenino no tenía ningún secreto para él, pero aquella sedosidad que intuía en aquella pantorrilla, aquellas líneas firmes y aquellos huesos delicados le habían dejado obnubilado.

Necesitaba seguir subiendo, con el *zoom* al máximo para no perderse ni un detalle, y llegó

—y se demoró— en el pecho de aquella mujer. Con aquella blusa vaporosa no podía adivinar su tamaño, pero se veía altivo, como todo en ella.

Su cuello, desnudo de joyas, terso y suave, le llevó a un rostro simétrico y perfecto que en aquel momento le estaba mirando con una ceja enarcada.

Bernardo bajó su cámara de golpe. No se había dado cuenta del repaso exhaustivo al que la había sometido, absolutamente fascinado por aquel cuerpo en el que no se había fijado hasta entonces.

—Bonitos zapatos —dijo para disimular, aunque ya sabía que el calzado quedaba muy por debajo de la altura a la que había llegado espiando a través de la lente de su cámara.

Victoria no respondió, paralizada por el escrutinio de aquel fotógrafo, y sorprendida de que aquello no la hubiera molestado. Al contrario, se sentía extrañamente complacida, y eso la perturbó más que ninguna otra cosa.

—También los hemos hecho nosotros —explicó.

Bernardo se secó las manos en el pantalón. Estaba inquieto sin saber por qué, y no le gustaba nada esa sensación. Las mujeres tan atractivas como ella solo traían problemas y mucho trabajo extra. Tenía ganas de salir huyendo en la dirección contraria. Pero debía hacer su cometido.

Volvió a mirarla, esta vez sin cámara por medio, y se centró en lo que le había llevado hasta allí. Después observó los zapatos que tenía que fotografiar.

—Son distintos —dijo con una pregunta implícita.

Victoria se sacudió aquella impresión desconcertante que le provocaba aquel fotógrafo ceñudo y tosco, y habló como la profesional que era.

—Nuestros zapatos están personalizados. Cada cliente tiene un modelo único, ya sea por el color, por el material o por los detalles que lo complementan. Están hechos a medida para dar una mayor confortabilidad y para ello debemos tener en cuenta, sobre todo, tanto la anchura del pie como el empeine.

—¿Y os sale a cuenta? ¿No sería más barato fabricarlos iguales?

—Te prometo que nos aseguramos de cobrar lo que valen —dijo con suficiencia.

—Me da miedo preguntar cuánto cuestan los que llevas.

—Más de mil euros.

Bernardo no sabía si mostrar su sorpresa o disimular como si aquello fuera lo que él se gastaba en unos. Pero Victoria le sonrió por primera vez desde que se la habían presentado, y el lugar pareció que se iluminaba de repente.

¿Qué demonios le estaba pasando con ella?

—Hay mercado para ello, te lo aseguro. Mujeres sofisticadas, que buscan comodidad, pero que además quieren lujo, belleza y exclusividad.

Bernardo aún se estaba reponiendo de aquella sonrisa.

—Los zapatos que tienes aquí son el diseño básico a partir del cual podemos añadir los detalles que nos pida la clienta: hebillas, cintas, tintado, pedrería, cristales, adornos...

—Entiendo.

—Por eso necesitamos que las fotos sean lo más asépticas posible. No buscamos nada artístico. Necesitamos que quien vea los diseños se pueda imaginar cómo pueden quedar. Nosotras las asesoramos y les enseñamos las distintas opciones.

—A mí ya me parecen bonitos tal y como son ahora.

—Gracias —dijo complacida—. Son zapatos preciosos, sí. Pueden llevarse sin ningún extra,

y aun así siguen siendo una hermosura. La confortabilidad y la resistencia de estos zapatos hacen que puedan durar toda la vida si los cuidas bien. Pero eso los convierte en «clásicos», en eternos. Y nosotras queremos que, una vez asegurado el confort, la clienta pueda tener diferentes modelos y adaptarlos a los cambios de tendencias.

—Vamos, seguir gastando su dinero con vosotras.

—Sí, por supuesto; esto no deja de ser un negocio. Pero también es algo más. La belleza es algo que tiene valor en sí mismo. Contemplar algo hermoso hace que nos sintamos bien y que mejore nuestro estado de ánimo.

—La belleza extrema puede provocarte el síndrome de Stendhal, y eso no es bueno —atacó.

—Lo estás exagerando. No estoy hablando de contemplar la Capilla Sixtina o la ciudad de Nueva York desde lo alto del Empire State, sino de la belleza que nos encontramos en nuestra vida diaria. Aunque, eso sí, dependiendo del objeto, si no va acompañada de otras cosas, como, por ejemplo, el bienestar, al final no sirve para nada.

—La belleza nunca sirve para nada.

Victoria puso los ojos en blanco.

—Unos zapatos bonitos que te hacen daño no te los vas a volver a poner, eso te lo concedo. Pero si ninguno te provoca dolor, deberías tener la opción de calzarte unos distintos para cada ocasión.

—O puedes quedarte con los zapatos de siempre. Para qué cambiar si los que estrenaste hace tiempo te siguen sirviendo.

«Voluble, derrochadora y guapa», la insultó para sí.

Victoria no sabía si seguían hablando de zapatos o la conversación había derivado en una metáfora de algo más profundo. La intensidad con la que había dicho la última frase la había hecho sentir incómoda.

¿Acaso pensaba que ella era una frívola? ¿Que no era capaz de conservar algo valioso porque solo quería cosas nuevas?

—Oye... —quiso matizar.

—Me pongo con ello —la interrumpió—. Entre el aseo y la charla he perdido ya mucho tiempo.

«Ordinario, maleducado y orangután», pensó.

¿Hablar con ella era una pérdida de tiempo? Solo había querido ser amable.

Además de feo, era un zafio insoportable. Y aún no le había preguntado si tenía pareja.

Se había distraído, y eso no era nada propio de ella. Pero no desistiría en conseguir esa información.

Victoria siempre lograba lo que se proponía.

CAPÍTULO 7

Bernardo se sacudió la sensación de estarse enredando dentro de una tela de araña.

Él no soportaba a la gente con dinero. Nunca lo había hecho, y, a medida que pasaba el tiempo, más se reafirmaba en esa idea.

No era una cuestión de envidia. Era que la vida no parecía significar lo mismo para unos que para otros. Sus prioridades eran distintas. Sus inquietudes —el lujo, la belleza—, le parecían insignificantes comparadas con lo que de verdad era importante.

No debía olvidar que las diferencias entre aquella pija y él eran tan insalvables que parecían pertenecer a especies distintas.

Aunque, lo que había descubierto a través de su cámara aún lo tenía alterado. Mejor acabar con aquellas fotos cuanto antes.

Jamás le habían atraído las de su tipo: altas, esbeltas, con las curvas justas y firmes, con aires de grandeza y trato distante. Y ahora tenía que hacer un esfuerzo para sacarse de la cabeza a alguien así.

Al girarse para correr las cortinas y matizar la luz, vio a Victoria inclinada sobre el cochecito con la sonrisa más bonita que había visto jamás. Si la primera que le dirigió cuando hablaba de zapatos fue directa a su masculinidad, la serenidad y felicidad que mostraba en aquel momento fue directa a su corazón.

—Si te parece bien, empiezo ya —dijo para romper aquellos pensamientos tan incómodos.

Victoria se enderezó como si la hubiera pillado en falta. Con su rostro hierático, borrada por completo aquella dulce expresión, como si jamás hubiera existido, tuvo la necesidad de poner un punto y final.

—¿Puedo llamarte «Bernat»?

Mejor cambiarle el nombre para evitar futuros «Míster Dog» por parte de Tatiana.

«¿A qué venía eso?», se preguntó Bernardo.

Él la observó con detenimiento, calibrando la incomodidad de ella. Los brazos que tenía cruzados como una coraza. Su espalda recta para parecer más alta de lo que ya era. Sus labios ligeramente fruncidos.

¿Qué había dentro de ella para que él, durante el rato que había estado en su compañía, hubiese descubierto tantos matices ocultos?

La incomodidad por haberlo visto sin camiseta. La pasión por su trabajo. La dulzura por un bebé...

¿Y a él que más le daba?

—Si esperas que te conteste, no.

—Estaré en mi despacho —respondió—. Cuando acabes, pásate por allí.

Victoria casi había salido huyendo. La presencia de Bernardo consumía el aire que había a su alrededor. Era demasiado intenso.

Aunque no había podido resistirse a mirar a aquella criaturita que descansaba. No le gustaban los niños. Ni se había planteado ser madre. Le parecían una molestia que quitaban

tiempo y diversión a la vida.

Cuando veía a padres con sus hijos, le embargaba un sentimiento de lástima por todo lo que se estaban perdiendo. Y a todos se les veía cara de estar exhaustos y con ganas de cogerse unas vacaciones lejos de sus retoños.

Pero se había acercado —como si hubiera un centro de gravedad que la atraía hacia ella sin remedio—, la había mirado y se había quedado prendada. No se había atrevido a tocarla, pero le hubiera gustado sentir la suavidad de su piel en la punta de sus dedos. Y también había tenido ganas de cogerla y estrecharla entre sus brazos.

Claro, dormidos parecían angelitos, pero seguro que, cuando se despertara, sería una llorona insoportable como los demás bebés. Mejor estar lo más lejos posible de ellos. Solo había tenido un momento de debilidad.

Y en cuanto a Bernardo, qué hombre tan singular. Aunque a ella no le hubiera importado seguir observando a aquella niña que le provocaba tantísima ternura, le había gustado la ferocidad con la que le había hablado para proteger a su hija de miradas indiscretas.

No tenía por qué preocuparse, lo más seguro es que no volviera a verla.

Se obligó a concentrarse en su trabajo para alejarse de los pensamientos que le provocaba el fotógrafo, pero como no había manera, bajó al taller a observar cómo trabajaban los artesanos.

Nada la relajaba más que la hipnótica visión de moldear el cuero.

Aplicaban en el chasis del zapato refuerzos invisibles, contrafuerte y puntafuerte. Daban solidez a la pieza con el cambrillón, una suela angosta que se ponía de relleno entre la exterior y la plantilla. Rebajaban el cuero con una cuchilla.

Pero lo que más le gustaba era verlos sentados con la espalda apoyada en un cómodo respaldo y un mandil que les cubría pecho y piernas, cuando recortaban el sobrante de la suela con sus dedos firmes y nudosos.

La fuerza que desprendían aquellas manos era subyugante.

Al cabo de un rato de observar y dejar la mente en blanco, volvió a subir a su despacho para escribir unos correos.

—¿Dónde está Míster Dog? —preguntó Tatiana mientras se sentaba en una butaca.

—Tatiana, te lo advierto: no vuelvas a llamarlo así.

—Creo que ya no hay remedio. Aunque igual tendría que cambiar Dog por Monkey. ¿Te has fijado en...?

—Sí, Tatiana, sí. Me he fijado; pero por lo que más quieras, ¿podrías contener un poco? Aún no se ha ido, y después de tantos años juntas, la prudencia —y la experiencia— me aconseja que debo obligarte a cerrar la boca.

—Tampoco es como si por mi culpa nos hubiéramos metido en muchos líos —resopló.

—No... en ninguno —ironizó Victoria.

—Exagerada.

—De verdad, necesitamos estas fotos, tú misma lo has dicho, y no quiero que se vaya ofendido y nos deje colgadas.

—No tiene pinta de tener la piel fina. De hecho...

—De hecho, nada. Si no eres capaz de decir nada amable, cállate la boca.

Tatiana la repasó con incredulidad.

—¿Desde cuándo te importa tanto lo que yo diga o deje de decir?

—Desde siempre, pero me lo había tragado. Y ha llegado el momento de ponerte freno. Ya no somos unas crías. Se supone que somos adultas y nos debemos dirigir a los demás con

respeto.

—¿Y por qué hoy precisamente?

—Cualquier día es bueno para intentar superarse.

Tatiana se cruzó de brazos.

—Algo te pasa. Ya lo averiguaré. Y mientras tanto voy a ver si Míster Dog ha acabado su trabajo.

Victoria abrió la boca para amonestarla otra vez, pero la cerró de impotencia. Cuanto más se lo prohibiera, más lo repetiría. A veces tenía la sensación de que solo ella había dejado la adolescencia atrás.

Bernardo entró en aquel momento en su despacho. Las miró impasible. Victoria cruzó los dedos rogando mentalmente para que no hubiera oído nada. Tatiana empezó a trastear en su móvil fingiendo un repentino pico de mensajes, avergonzada por si la había pillado.

El ambiente se podía cortar con un cuchillo.

CAPÍTULO 8

—¿Has terminado con las fotos? —preguntó Victoria rompiendo el momento incómodo.

—Sí —respondió escueto.

—¿Puedo verlas?

—No.

—¿Y eso? —preguntó con temor por si ahora les decía que había decidido irse a causa del comentario de Tatiana.

—No enseño mis fotografías hasta que están editadas.

Victoria se relajó. Se permitió sonreír incluso. Aquello no era ninguna represalia. Solo un método de trabajo. Se mojó los labios con la punta de la lengua, con sutilidad, como si no pudiera pensar en otra cosa que en besarlo, lo cual hizo que su mente conjurara esas imágenes en un instante. Enrojeció sin poderlo evitar, y antes de calibrar bien sus palabras, soltó un:

—¿Cuándo te volveré a ver?

—¿Perdona?

Bernardo sentía una incomodidad en los pantalones que por suerte disimulaba con el cochecito sobre el que se apoyaba. Odiaba el efecto que tenía esa mujer sobre su cuerpo.

El rostro de Victoria se incendió. No se podía creer lo que había dicho.

—Quiero decir que cuando vendrás para enseñarme las fotos que has hecho —disimuló.

—No vendré.

—Ah... ¿Prefieres que vaya yo a tu estudio? —preguntó confusa.

Bernardo apretó con fuerza el manillar, intentando bloquear la fantasía de que Victoria estuviera en su negocio, entre sus cosas personales, pisando su local con aquellos zapatos que le habían consumido la cordura. Imaginarlo le había gustado demasiado.

Aunque el lujo que Victoria desprendía y llevaba adherido a su piel no pegara con su entorno, en ningún momento le pareció una escena fuera de lugar, y precisamente por eso, se iba a negar con rotundidad a que ella fuese allí.

—Te las enviaré por correo electrónico, con un enlace para que las puedas descargar.

—Me parece estupendo —contestó con un deje de decepción.

Se sorprendió del repentino deseo que la embargó por conocer dónde trabajaba su fotógrafo.

—No tardaré más de un par de días.

—Te lo agradezco. Vamos mal de tiempo.

Bernardo se giró, maniobrando con el cochecito, aunque el despacho era suficientemente amplio como para no tener problemas, para escapar de una vez de aquella sensación de descontrol que se llevaba apoderando de él desde que había entrado en aquel edificio hacía un par de horas, aunque se le habían hecho eternas.

Justo antes de abandonar el despacho, miró con intensidad a Tatiana.

—Guau —le ladró a un palmo de su cara.

—¿Disculpa?

—No, no te disculpo, «Tati».

Y se fue.

El silencio incómodo que dejó tras de sí se podía mascar. A Tatiana se le salían los ojos de las órbitas. Jamás en toda su vida alguien se había atrevido a hablarle así.

—¿Crees que habrá escuchado lo que he dicho antes de que entrara? —susurró cuando oyó que las puertas del ascensor se cerraban.

Victoria estaba reprimiendo una risa.

—Pues claro, «Tati».

—No me llames así, por favor. Qué horror.

—Te lo mereces. Es que mira que te lo he advertido. Mientras él no decida dejarnos sin las fotos, aún pensaré que ha valido la pena por ver cómo alguien te ha puesto en tu sitio, por fin; que estás demasiado acostumbrada a salirte con la tuya. Pero, si nos quedamos sin ellas, habrá consecuencias.

—Uy qué miedo me das —contestó prepotente—. ¿Qué me harás?

—De entrada—puntualizó seria de repente—, le debes una disculpa sincera a Bernardo...

Tatiana ahogó un gesto de incredulidad.

—No serás capaz...

—Con fotos o sin fotos, es necesario que te disculpes. Y si al final no hay fotos... ya veré.

Bernardo salió a la calle.

La niña se revolvió inquieta, despierta al fin, lloriqueando incomodidad. Tenía hambre, calor y ganas de brazos. Se volvió a poner la niña en la mochila, siguió empujando el cochecito vacío y se fue a los jardines del Palau Robert, que estaban a escasos minutos de allí.

Sentado en uno de los bancos y a la sombra de los árboles del parque, le daría la comida a la niña y pensaría en el torrente de emociones que ahora mismo estaban enmarañadas dentro de sí.

Había oído lo que había dicho Tatiana de él, y le importaba menos que un comino, pero era la reacción de Victoria la que lo tenía descolocado.

¿Era por eso por lo que le había propuesto si podía llamarlo Bernat? ¿Para protegerlo de la lengua viperina de Tatiana?

Y en el despacho, ¿lo había defendido? ¿Le importaban sus sentimientos o solo estaba asegurándose de obtener unas fotos que necesitaba con urgencia?

Pero todas aquellas preguntas no eran valiosas en sí mismas.

Lo que más temor tenía de responderse era: ¿Le gustaba que Victoria se preocupara por él?

Sonó su móvil, y por un momento deseó que fuera ella. La decepción al ver quién le llamaba fue otro mazazo. Anhelar una llamada de Victoria era una realidad que no quería aceptar.

Qué patético se sentía.

—Hola, forastera.

—Hola. ¿Cómo está nuestra preciosidad?

—Pues con calor, como todo el mundo. Ahora iba a darle su comida. Acabo de salir de un trabajo inesperado y estaba cerca de unos jardines con sombra. Ir hasta casa no me apetecía nada con la niña llorando de hambre. Un día de estos va a romper los cristales con sus chillidos agudos, y si no los rompe, seguro que me hace trizas los tímpanos. Qué pulmones tiene.

—No te hagas el duro conmigo, que sé que la adoras.

—No estoy diciendo que no la quiera, sino que no tiene paciencia y me lo hace saber... —dijo con una sonrisa mientras le sacaba la lengua a la niña—. Oye, te cuelgo, que es un poco complicado hablar mientras le doy de comer. ¿Cuándo llegas a casa?

—He acabado antes de lo que me esperaba, y ya he vuelto. Acabo de aterrizar. Tengo

muchas ganas de veros. ¿Tenemos embutido? Hoy me apetece cenar pan con tomate y jamón.

—No... por favor.

—Sí —suplicó—. Llevo muchos días lejos de casa...

—Hace un calor de mil demonios, no me hagas ir hasta la Mistral. Hay panaderías estupendas en nuestro barrio.

—Estoy haciendo pucheros, que lo sepas.

—Chantajista —aceptó derrotado.

—¡Gracias! ¡Eres el mejor!

Bernardo miró a la niña con resignación.

—Venga, bonita, vamos a pasear un rato, que a mamá se le ha antojado pan del de toda la vida y no la podemos recibir con *baguettes* del súper.

Volvió a pasar por delante de la empresa de Victoria. No por nada en particular, es que le iba de camino.

Pero escondió una decepción al no encontrársela.

CAPÍTULO 9

—Hola. ¿Puedo pasar?

Victoria no esperaba a que las cosas sucedieran; iba a por ellas.

Estaba decidida a conseguir una cita con el fotógrafo, y no podía proponérselo por teléfono, antes tenía que haber algún tipo de acercamiento personal. También le picaba la curiosidad por ver a Bernardo en su estudio. No quería dejar escapar esa sensación extraña que sentía por él, aunque no la entendiera en absoluto.

La tarde anterior, cuando había llegado a su casa después de trabajar, había hecho una lista de sus características, de lo que le gustaba y lo que no. Metódica hasta la médula, quería ordenar, clasificar y decidir sobre el papel si valía la pena seguir con aquello.

En dos columnas organizó los pros y los contras.

La mayoría de las palabras que escribió —todas menos una— eran negativas: feo, maleducado, seco. Adjetivos similares parecían no tener fin. Le salían a borbotones sin pensar demasiado.

En la columna de lo que le gustaba de él, en cambio, se había demorado más. De hecho, no se le ocurría nada que poner, pero estaba dispuesta a esforzarse al máximo para encontrar algo positivo. Y al analizar todo el tiempo que habían estado juntos, una única palabra le venía a la cabeza. Pero era tan descabellada e inconcebible que no tenía claro que fuera cierta: «atracción».

Sin embargo, si era eso lo que sentía, iba a averiguarlo. ¿Qué tenía Bernardo para que se sintiera fascinada por él?

Su olor seguro que no, porque, cuando lo conoció, apestaba.

Ni su indumentaria ni su rostro ni su personalidad seca.

Todo en él era desagradable, pero su cuerpo respondía a él.

Y ella jamás rehuía un reto. Por raro que fuese, algo la compelm a querer estar con él, a conocerlo, a darle una oportunidad a aquello indefinible que se apoderaba de ella en su presencia.

Quizás no hubiera atracción en realidad, sino solo remordimientos por lo que había pensado de él en cuanto lo vio.

Pero, entonces, ¿por qué no sintió alivio cuando se fue y, en cambio, empezó a echarlo de menos? Magnetismo, imágenes inapropiadas de ellos dos juntos y el deseo de conocerlo. De momento iba a agarrarse a aquello; era lo único que tenía.

Quería volver a verlo, analizar detenidamente las reacciones de su cuerpo, y abrir su mente a nuevas posibilidades. Si tenía que enamorarse de un feo, que así fuera.

Y allí estaba, en su estudio, observándolo con atención, disfrutando de su desconcierto.

—¿Victoria?

Bernardo estuvo a punto de escupir el café que se estaba tomando por la sorpresa de encontrarla allí.

Su vestido veraniego era muy sugerente; sin embargo, no logró averiguar por qué.

Era largo hasta la rodilla —demasiado casto para su gusto—; no se advertía el inicio de sus pechos, aunque el escote era pronunciado, y la ropa era tan fina que daba la sensación de transparencia, aunque no se veía —ni intuía— nada debajo.

Entonces, ¿por qué él no podía dejar de imaginársela sin nada más que con esos tacones que

le estaban volviendo loco?

—Sí. He venido a verte —contestó directa.

—Te dije que tardaría dos días. Las fotos aún no están listas.

—Lo sé. Pero estoy acostumbrada a controlar todo lo que tiene que ver con mi empresa, y quería ver dónde trabajas. ¿Me enseñas todo esto?

—No.

Bernardo no se podía levantar en aquel momento. No iba a hacer un espectáculo de su incomodidad traicionera.

Victoria levantó una ceja, con la misma calma tenaz con la que lo había mirado cuando él le pegó aquel repaso con su cámara.

Como si supiera exactamente qué le rondaba por la cabeza.

Como si estuviera más que acostumbrada a despertar esas reacciones en los hombres.

Como si no fuera posible tener otro tipo de respuesta ante ella.

—¿Al menos puedo mirar? Tienes unas fotos muy interesantes expuestas —replicó, inmune al desaliento que le provocaba la frialdad de Bernardo.

—Tengo trabajo. Si quieres tus fotos a tiempo necesito concentrarme, y tenerte aquí dando vueltas me distrae.

Cuando lo acabó de pronunciar, supo que había cometido un error.

Una sonrisa lenta, perezosa y astuta curvó apenas los labios de Victoria.

—¿Te distraigo, acaso?

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho.

Esa mujer lo iba a matar de una taquicardia.

—Es justamente lo que has dicho, pero lo dejaré pasar.

Victoria no pudo resistirse a echar una ojeada.

En un solo espacio las paredes recreaban ambientes completamente distintos: ladrillo vista, una falsa ventana rematada con hierro forjado, un muro blanco adornado con flores... Se intuían todas las posibilidades que ofrecía aquel estudio. Cada parte de tabique era una entrada a otro mundo.

Era mágico.

Al fondo había una puerta cerrada, y supuso que llevaba a un expositor. Quizás había una galería. Las fotos que estaban expuestas donde ella se encontraba eran subyugantes y contaban una historia. Jamás se había sentido tan hechizada, y quería ver más. Ávida de empaparse de su rincón de trabajo, quiso colarse dentro.

—¿Puedo? —dijo señalándola.

—No.

Victoria se encogió de hombros como si aquello no le importara demasiado, y se sentó al otro lado de la mesa donde Bernardo estaba trabajando.

Nada más tomar asiento, vio un pequeño retrato en su mesa: Bernardo, una mujer preciosa y su hija, en la cama de una clínica, y a tenor de lo que estaba viendo en esa imagen, justo después de dar a luz.

—¿Tienes pareja? —dejó ir a bocajarro.

Bernardo intentaba averiguar qué importancia tenía aquella cuestión para ella. ¿Simple cortesía? ¿Curiosidad? ¿O algo más?

—Y eso me lo preguntas porque...

—Porque el otro día viniste con un bebé y ahora estoy viendo una foto, que supongo que es

del día de su nacimiento.

—No te importa mi vida personal —atajó con una mala educación que jamás utilizaba con sus clientes.

—Tienes esta foto en tu lugar de trabajo. Tú mismo te has expuesto. Eso da pie a que pueda preguntar.

—La gente no va por ahí indagando sobre la vida de cada uno —insistió terco.

—Si tienes fotos personales donde trabajas, estás dando a entender que no tienes problemas en hablar de ello.

—¿Me estás diciendo que estoy obligado a responderte a una pregunta indiscreta?

—¿Es indiscreta? ¿Por qué?

Bernardo y Victoria se midieron. Bernardo con el ceño fruncido. Victoria como si aquello fuera una conversación ligera que no la afectaba en lo más mínimo.

—¿Sabes qué te digo? Que sí, que estoy casado, que tengo una hija. ¿Y ahora qué? ¿Ya he satisfecho tus ansias de cotillear?

Victoria se enderezó. Jamás se hundía ante un revés. Pero aquello era una barrera infranqueable. No iba a seguir por ese camino. Se acabó el coquetear con ese hombre —si es que lo que había estado haciendo hasta entonces se podía considerar un flirteo—. Se respetaba demasiado a sí misma como para caer tan bajo. A pesar de todo lo que se le estaba pasando por la mente en ese instante, mantenía su gesto impasible, como si la noticia no hubiera desbaratado todos sus planes.

Se levantó de la silla donde se había sentado con la elegancia con la que se conducía y se despidió.

—Ya me enviarás las fotografías. Estoy deseando verlas. Tienes mucho talento.

CAPÍTULO 10

Bernardo se sintió un miserable.

No estaba pensando con la cabeza.

Si no fuera por esa atracción molesta e incomprensible que sentía por esa mujer, jamás le hubiera respondido en ese tono y con aquella mala educación.

Victoria no se había dignado a contestar a su última pregunta de si había satisfecho su curiosidad, que Bernardo le había arrojado a la cara con la clara intención de que lo dejara en paz.

Pero para su desconcierto, Victoria no esquivó el momento incómodo.

Lo retó con la mirada como si lo estuviera acusando de una falta de cortesía intolerable.

Bernardo se sentía como cuando era pequeño y lo reñían.

¿Cuánto poder tenían sobre él aquellos ojos que lo taladraban?

Fue a detenerla cuando ya cerraba la puerta. Necesitaba disculparse.

—Victoria, espera. ¿Te apetece cenar conmigo y te lo cuento?

La altivez se transformó en desprecio, y negó con la cabeza.

—Jamás salgo con hombres casados.

—¿Ni para hablar de trabajo?

—Se habla de ello en las oficinas o en los estudios de fotografía, pero no en una cena, en un restaurante.

—Tienes una idea un poco pervertida de lo que puede ser una cena de trabajo —dijo para destensar el ambiente que le estaba crispando los nervios.

—No. Los hombres acostumbraís a malinterpretar las cenas laborales. Y hace tiempo que aprendí la lección. No cometo el mismo error dos veces.

—Victoria, disculpa. De verdad. No estoy casado...

—Me da igual. Pareja de hecho, vida en común, novios... No salgo con hombres comprometidos.

—¿Y con hombres que viven con su hermana para ayudarla a criar a su hija?

Ninguna otra confesión la hubiera sorprendido más en aquel momento.

Que abriera los ojos como platos y que no pudiera disimular lo suficientemente rápido que también tenía emociones humanas le hizo más ilusión a Bernardo de lo que sería prudente. Estaba perdido a causa de aquel delicioso puzzle que era Victoria y que no lograba desentrañar.

—No sé qué decir. Eso sí que no me lo esperaba.

—Acepta una cena conmigo, te debo una disculpa. Aunque, que quede claro: no es una cita.

«Como si Victoria fuera a querer una cita con él», pensó avergonzado de su audacia.

Victoria se relamió, como si fuera un gato jugando con un ratón antes de comérselo, con su seguridad restituida por completo.

—Puedes creer o no que lo es, ese es tu problema; pero te voy a decir algo: Tatiana también te debe una disculpa y no se iría a cenar contigo para pedirte perdón.

Bernardo se quedó sin nada que decir. ¿Cómo podía ser tan directa aquella mujer? Además, ¿eso quería decir que quería tener una cita con él? ¿La megapija de zapatos de mil euros y tacones de infarto quería salir con él? Un sudor frío le recorrió la espalda; ni el bochorno de Barcelona le ahorró un escalofrío.

Sentía pánico. Porque quería tener una cita con aquella mujer y no estaba preparado ni tan siquiera para desear algo tan descabellado.

Victoria dijo adiós con una satisfacción palpable. Bernardo no tenía pareja. Y había concertado una cita con él.

Estaba emocionada.

Él se despidió y volvió a entrar en su local.

Asustado por las sensaciones que Victoria le provocaba por más que las estuviera reprimiendo.

Se dirigió hacia la puerta cerrada que ella había querido traspasar.

Había sentido algo parecido al pánico cuando pensó en la posibilidad de que Victoria descubriera algo tan personal como el dormitorio que se había montado allí.

Cuando decidió irse a vivir con su hermana, arregló su estudio e incluyó una habitación con baño para poder disfrutar de su intimidad, ya fuera a solas o acompañado.

No podía renunciar a toda su vida, y su hermana tampoco lo hubiera aceptado. Bastante sacrificio era ya que se mudara con ella.

Y establecieron una rutina en la que cada cierto tiempo, y siempre que lo necesitaba, Bernardo pasaba una o dos noches tranquilo en aquella habitación clandestina para darse un respiro de su sobrina.

Y le iba de maravilla.

Le servía para seguir sintiéndose independiente.

Era su espacio, su vida, su rincón privado.

Ni en broma iba a permitir que Victoria traspasara aquel umbral. No iba a dejar que conociera algo suyo tan íntimo.

Además, no podía correr el riesgo de tenerla al lado de su cama.

Demasiado tentador.

Y acababa de quedar con ella para cenar.

Ya se estaba arrepintiendo.

No quería salir de su zona de confort, no quería arriesgarse a sentirse seducido por ella, no quería notar ese anhelo que le provocaba tanta vulnerabilidad.

¿Y entonces por qué acababa de proponerle salir?

¿Era demasiado tarde para anular la cita?

CAPÍTULO 11

Había llegado el momento. La noche. Los nervios. La locura.

La... no-cita.

Había impreso las fotos. En un alarde de profesionalidad para disimular lo que en realidad le apetecía: poder tocar esos tobillos que le estaban robando la cordura, para luego seguir subiendo con sus manos por la sedosidad de sus pantorrillas. Quería apropiarse de su suavidad.

No era necesario ni imprimir ni llevarle las fotos, por supuesto. Pero le daba pavor no tener nada de qué hablar. Al fin y al cabo, ¿qué tenían en común ellos dos? Tan solo esa absurda atracción que estaba convencido de que era unilateral y no correspondida.

No podía dejar de darle vueltas a la sensación asfixiante y, a la vez, de anhelo que tenía por aquella cita.

«No es una cita», se seguía repitiendo.

Y entonces, ¿por qué se había duchado por segunda vez, justo antes de salir?

¿Por qué se había rociado con un perfume que juró que jamás se pondría? ¿Por qué se había vestido con la camisa más cara que había en su armario? Y ¿por qué había limpiado sus zapatos con esmero?

Estaba frente al espejo observándose con detenimiento, intentando ponerse en la piel de Victoria.

¿Qué vería ella en él? ¿Un quiero y no puedo? ¿Un «aunque se arregle no está a la altura de lo que yo estoy acostumbrada»?

—¡Vaya!

Bernardo se giró en aquel momento y se encontró con la cara de sorpresa de su hermana. Se avergonzó por tener testigos de su momento de debilidad por estarse vistiendo de acuerdo a lo que creía que podría desear otra persona que no fuera él.

¿Desde cuándo le importaba lo que nadie pensara de su aspecto?

—¿Adónde vas? —dijo Ana—. Jamás te había visto así de guapo.

Bernardo apretó los labios, como si fuera posible que las palabras se fueran a escapar sin su consentimiento.

—¡Oh! —Aplaudió curiosa—. La pregunta es con quién, no dónde. Caramba.

—Déjame en paz.

—No puedo. Es mi deber como hermana meterme contigo todo lo que pueda.

Sonrió con deleite. Y de repente olisqueó el aire como si fuera un sabueso.

—¡Has estrenado por fin el perfume que te regalé!

Bernardo empezó a recoger sus cosas, malhumorado, y fue entonces cuando Ana se fijó en toda la ropa que había sobre su cama.

—¿Has vaciado tu armario para buscar un modelito adecuado? —preguntó ojiplática.

El tono de broma pasó a otro más serio.

—¿Qué pasa? Eso no es nada normal en ti.

Y empezó a darle vueltas al asunto, lanzando preguntas sin esperar respuesta y hablando consigo misma.

—¿Entonces no es una cita? Porque cada vez que te he visto salir con alguien parecía que ibas al campo. Odias arreglarte. ¿Es que acaso tienes problemas? Solo te arreglarías si fuera

absolutamente necesario y no se me ocurre... Es que jamás te preocupas por tu ropa. Más que vestirme, te tapas. He supuesto que tenías una cita porque jamás te he visto así, pero tu cara de cabreo me está asustando —dijo casi sin respirar.

Bernardo la estaba ignorando. Pero cuando dejó de escuchar ruido —no había procesado ninguna de sus preguntas—, la vio en medio de la habitación con los brazos cruzados, esperando.

Bernardo bufó de desagrado.

—No soporto que me hagas más de una pregunta a la vez.

—Yo no soporto que no contestes jamás a ninguna.

—Pues no las hagas.

—Pues no me desconciertes. Que este de aquí no eres tú. Solo quiero saber cuál es el motivo para que te hayas vestido así. Y más si pones esta cara de querer asesinar a alguien. Porque si te arreglas y te veo ilusionado, pienso que es para algo bueno, pero si te pones hecho un pincel y tienes cara de irte a pegar con alguien, pues no me da mucha tranquilidad, no.

«Este de aquí no eres tú», repitió Bernardo en su cabeza. «Pues claro que no. Qué estúpido había sido».

Empezó a desvestirse, a arrancarse la ropa con la que no se identificaba. Él no era así. ¿Cambiar por alguien? ¿Desde cuándo? Pero ya sin ropa aún había algo que le molestaba, y no sabía... Claro, seguía oliendo a aquel perfume que empezaba a odiar.

—¿Pero qué haces? ¿Se puede saber qué te pasa?

Cerró la puerta de su baño de una patada y se volvió a meter en la ducha. Iba a quitarse ese olor. No era una cita, no iba a comportarse como si lo fuera.

—¿Me das intimidad para vestirme? —exigió cuando salió del baño y vio a su hermana en su habitación con ganas de someterlo a un tercer grado.

—Como si no te hubiera visto el culo miles de veces —descartó.

Bernardo solo quería quitársela de encima, evitar preguntas, no dar respuestas. No le importaba que su hermana o quien fuese lo viera desnudo, pero lo que no soportaba era desnudar su alma con nadie.

—Dímelo. ¿Qué está pasando?

—Nada. Te estás montando películas. Simplemente es una clienta a la que voy a llevar las fotos para las que me ha contratado.

—¿En una cena? ¿Y desde cuándo imprimes este tipo de fotos? —le preguntó mientras las ojeaba.

—Desde que me da la gana. ¿Puedes dejar de interrogarme?

—¿Te está acosando? ¿Es una mujer madura que te encuentra interesante? No sería nada raro. Hoy en día las mujeres no se avergüenzan de ir con hombres más jóvenes que ellas.

Una carcajada sincera le brotó de lo más adentro. Ridículo pensar que Victoria le estuviera persiguiendo. «Puedes creer o no que esto es una cita», le había dicho. La risa se le borró de golpe.

Maldita sea, ¿y si era una cita? Pues lo iba a solucionar en aquel instante.

Que era guapa, por el amor de Dios y él no quería una en su vida. Tampoco un adefesio, que no era cuestión de cerrar los ojos para no quedar ciego. Pero quería algo normalito. Que si tiraba a resultona, pues mejor, para qué mentir. ¡Pero no aquella belleza deslumbrante que llevaba la palabra «problemas» tatuada en la frente!

Que no, que no.

Que había sido débil cuando le había propuesto ir a cenar, pero aquello tenía que atajarlo de

raíz.

Así que le envió la ubicación de otro restaurante. Le dijo que se verían allí directamente. Se empezó a vestir con unos tejanos que habían visto tiempos mejores, las zapatillas deportivas más viejas que tenía y una camiseta que era un horror.

Sonrió satisfecho.

—No entiendo nada —lo acusó Ana.

—¿Este soy más yo?

—Pues tampoco —replicó confusa—. Jamás vas tan desaliñado. Pero es que después de verte antes, el cambio a peor es muy grande.

—Así voy perfecto, te lo aseguro.

—Al menos ya tienes otra cara. Pero, ¿por qué? ¿Es una especie de venganza? ¿Una apuesta? ¿Tenías que ir arreglado y vas a dar la nota?

—No. —Le dio un beso en la mejilla—. Tenía que ser yo y no me había dado cuenta. Gracias.

CAPÍTULO 12

Victoria había escogido un vestido sencillo de su armario. Siempre iba muchísimo más arreglada para cenar, y más si se trataba de una primera cita. Pero en esta ocasión la otra parte no quería admitir que se trataba de una primera cita y no quería que se sintiera mal. Le molestaba pensar que, si él seguía manteniendo su coraza puesta, no habría ninguna oportunidad para conocerse. Y quería saber cómo era. Aunque fuera feo. Porque necesitaba explorar todo lo que le hacía sentir.

No pasaba nada si acomodaba un poco —solo un poco— su atuendo al del él. No quería que parecieran la princesa y el mendigo. No quería admitirlo, pero hacía tiempo que no le hacía tanta ilusión quedar con alguien. Durante el día se había notado distraída, pensando en qué se iba a poner, de qué hablarían, dónde acabarían la noche. Una sonrisa aparecía sin su permiso cada vez que pensaba en Bernardo.

Estaba escogiendo su ropa interior, cuando recibió un wasap de él con la ubicación de otro restaurante. Algo en su intuición femenina la alertó de que no le iba a gustar el nuevo sitio, pero, para no ser malpensada, primero quiso ver dónde la quería llevar... Ah, no. Llevar, no. Dónde quería que fueran, que ni siquiera iba a pasar a por ella. Vaya tela.

Y ahí estaba. Aquel instinto que no le fallaba nunca cuando le hacía el favor de llamar su atención, porque muchas veces permanecía calladito, el condenado.

El nombre ya le había dado mala espina: «El Merendero», aunque estaba muy bien ubicado: cerca de Passeig de Gràcia, y eso la hizo dudar. Así que pinchó el enlace y allí lo tenía: un restaurante para grupos, familias y niños —ruidoso—; con grandes mesas —se llamaba «El Merendero» por algo—; comida sencilla catalana; ambiente informal —nada de etiqueta—; rústico —menos etiqueta todavía—, y donde se podía ver el fútbol —¿en serio, fútbol?—.

¿Ahí la llevaba para una primera cita que él se empeñaba en que no lo fuera?

A Victoria nada la motivaba tanto como un buen reto.

Colgó el vestido sencillo y sacó la artillería pesada.

Las sandalias que se puso tenían un tacón de vértigo y detalles en rafia y esparto. El vestido palabra de honor dejaba los hombros descubiertos y era ajustado al talle. La falda de campana hasta la rodilla estaba ahuecada con capas y capas de tul debajo, y se adornaba con un estampado alegre de florecillas que parecían volar mecidas por el viento cuando la ropa se agitaba a cada paso que daba.

Todo muy campestre —como el restaurante que él había escogido—, y endiabladamente seductor.

Él se lo había buscado.

CAPÍTULO 13

Victoria se bajó del taxi como si fuera una reina. No todo el mundo sabía bajar de un coche con estilo. Pero ella no se daba cuenta de que al resto de las personas les costaba bastante más aquella proeza. Estiraba sus largas piernas, las apoyaba en la calzada y se enderezaba sin apoyarse en manos ajenas ni en el asiento. Con suavidad, como si se deslizara.

Con aquellos tacones se plantó delante del restaurante y miró a lado y lado a ver si veía llegar a Bernardo, pero no. Pues, si pensaba que no sería capaz de entrar sin él, se iba a llevar una sorpresa.

No había entrado jamás en ningún local así, aunque para todo había una primera vez.

La persona a la que preguntó por la reserva, no dejaba de mirarla. Tal vez —solo tal vez— desentonaba en aquel lugar. Sin embargo, era pensar en la cara que pondría Bernardo en cuanto la viera, y no podía dejar de recrearse. Se iba a quedar a cuadros.

La acompañaron a la mesa. No sabía si porque era costumbre o porque la veían demasiado desubicada. Pero Victoria estaba disfrutando de su estupefacción.

Estaba deseando que llegara Bernardo.

Pero parecía que él estaba siguiendo algún manual sobre cómo hacerlo fatal en una primera cita para que esta no se repitiera jamás, y estaba tardando una barbaridad.

Sin dejar que las razones obvias del retraso calaran en ella, Victoria empezó a trabajar con el móvil. Tenía ya unas cuantas clientas que le pedían por la nueva colección, citas concertadas antes incluso de ver los nuevos modelos de zapatos e invitaciones para desfiles de moda. Se dedicó a contestar todos aquellos correos, y el tiempo se le pasó volando, como le ocurría siempre que se concentraba en el trabajo.

Y después de lo que para ella fueron unos minutos, alguien arrastró la silla de delante y se sentó.

Bernardo llevaba un buen rato observándola.

Esperando que lo que estuviera haciendo con el móvil no fuera más que un modo de no ponerse nerviosa por la demora o de disimular que no se sentía incómoda esperando sin hacer nada en un ambiente que era diferente por completo a lo que suponía que ella estaba acostumbrada.

Pero no.

Victoria estaba concentrada, ajena a todo lo que la rodeaba, y apretaba los labios con un mohín en forma de beso. Él quería apoderarse de esa boca y besarla.

¿Por qué diantres no podía dejar de pensar en tomar a aquella mujer?

En aquel momento se retiró el pelo que le caía como una cortina —liso, suave, brillante— detrás de la oreja, aunque al cabo de un momento volvió a deslizarse, tozudo igual que ella, para ocultarle parte del rostro.

Seguía sin levantar su atención del móvil, mientras tecleaba a una velocidad endiablada.

Bernardo ya no lo resistía más y fue hacia ella, apartó la silla y se sentó.

Victoria alzó la vista y lo miró. Su sonrisa no vaciló cuando se dio cuenta del aspecto de Bernardo. Solo se permitió abrir un poco más de lo normal los ojos y levantar aquella ceja insolente, que ensanchó aún más su sonrisa.

—Esta noche te has arreglado más de la cuenta, ¿eh?

—Por el contrario, tú vas hecha unos zorros —atacó él.

Victoria soltó una carcajada, gutural, tan sensual y a la vez desprovista de artificios, que a Bernardo se le erizó todo el vello del cuerpo.

—¿Te he asustado? —dijo Victoria fingiendo una pena que no enmascaraba en absoluto su satisfacción.

—¿Te parezco asustado? ¿De ti?

—Dímelo tú. La elección de este restaurante, la ropa que llevas, el retraso, tu aspecto un solo peldaño por encima de cuando te conocí —y te recuerdo que entonces ibas vomitado y apestando—, tu cara de fastidio... Te olvidas de que me muevo en un mundo de apariencias, y al final acabas siendo una experta a la hora de detectar lo que el otro quiere ocultar.

—Un poco presuntuoso por tu parte, ¿no crees? ¿No contemplas la posibilidad de que no quiera estar aquí y me dé una pereza absoluta?

Victoria tardó en contestar. Mientras tanto lo observaba, con la superioridad de aquellos que están acostumbrados a controlar lo que ocurre a su alrededor y se sienten seguros.

—No.

«No». «Y se queda tan pancha», pensó Bernardo.

Tenía ganas de salir huyendo.

Tenía ganas de quedarse allí.

Deseaba devorarla.

Deseaba no sentir aquel anhelo que le nublaba el juicio.

Jamás había participado en un juego de seducción. No conocía las reglas. Sus escarceos eran más directos, más simples, más claros. Pero algo le decía que aquello era terreno inexplorado para los dos.

—Discúlpame un momento, por favor —dijo Victoria.

Y se levantó de aquella silla incómoda.

Y se plantó delante de él, mirándolo desde arriba, en una postura de poder, retándolo a que dijera algo.

Y se dio la vuelta casi a cámara lenta para ofrecerle las vistas de sus hombros y de sus omoplatos desnudos.

Y se fue caminando —levitando, flotando— para que él admirara aquellas pantorrillas que le volvían loco.

Ahora ya sabía por qué las mujeres se levantaban de la mesa en medio de una cita con un hombre: para que no tuvieran otro remedio que admirarlas.

Perversas, manipuladoras, malvadas.

Deseables.

Dios, estaba perdido.

CAPÍTULO 14

—Toma, aquí tienes las fotos —le dijo en cuanto volvió.

Victoria tomó asiento y las fue observando. Se detuvo a mirarlas durante lo que a Bernardo le pareció una eternidad. Y por primera vez, se sintió nervioso por si acaso a ella no le gustaban.

—Son preciosas. Muchas gracias.

Bernardo soltó un suspiro aliviado.

—Gracias a ti por decírmelo.

—Hay algo que las hace diferentes —comentó pensativa.

—¿Eso es bueno o malo para ti?

—Bueno. Sin lugar a dudas. Pero estoy intentando descubrir qué es lo que las hace distintas y no logro averiguarlo.

—¿Qué ves cuando las miras?

—Belleza —murmuró sin despegar los ojos de ellas.

«Otra vez la dichosa palabra», pensó Bernardo.

—La belleza no lo es todo —espetó con rabia.

Victoria levantó la cabeza de golpe.

—¿Es eso? ¿Te sientes intimidado por mí porque soy guapa?

Bernardo levantó las cejas. Las dos. Eso de elevar solo una se lo dejaba a Victoria.

—¿Siempre eres tan directa? ¿Y tan poco modesta?

—La modestia es para los inseguros. Tengo espejos en mi casa, sé que lo soy.

—¿Y lo de no tener filtros al hablar? —Bernardo estaba disfrutando con aquella conversación más de lo que le convenía.

—Ah... eso. Un rasgo más de mi carácter. Ya te acostumbrarás.

—Quizás no quiera acostumbrarme.

—Es verdad. Tus reticencias. Pero, en serio, ¿preferirías que hiciera ver que no sé cómo es mi cara? Es absurdo. No voy presumiendo de ello, pero es lo que hay.

—Un rostro bonito que no tenga nada debajo no vale nada.

—Vale, entiendo. Es decir, tienes prejuicios y crees que las personas guapas no tenemos sentimientos o, peor aún, que estamos vacías por dentro. ¿Es eso?

—Tanto como huecas, no... —respondió con una sonrisa maquiavélica.

A Victoria se le escapó una carcajada.

—Vaya par.

—¿Par? Victoria, si tú y yo fuéramos calcetines, estaríamos desaparejados.

Transcurrió un segundo en silencio.

—¿Eso era un intento de ser gracioso?

—Yo no soy gracioso.

—En eso estamos de acuerdo. Porque telita con la frase —sentenció mientras negaba con la cabeza.

—Estaba hablando en serio. No tenemos nada en común. No entiendo qué estamos haciendo aquí. No tiene ningún sentido —admitió con la esperanza y el miedo a que todo aquello terminara antes de que empezara siquiera.

—Yo también tengo mis reservas, no te creas.

—¿Reservas, con qué?

—Pues contigo, con qué va a ser.

—No sé a qué te refieres.

—¿Ah, no?

«Igual de pequeño quitaron los espejos en su casa y no sabe que es feo», pensó Victoria.

—No. No te estás conteniendo en absoluto, vas a por todas. Eres tú quien se ha vestido así y se está comportando como si esto fuera una cita en un restaurante elegante.

—Peor es lo tuyo, porque, según tú, esto es una cena de trabajo, y vestirse como un colgado es lo más adecuado para quedar con una cliente; más que nada por aquello de dar a entender que tu empresa es solvente y las cosas te van bien.

—Esta noche me he vestido con la ropa más nueva que tengo en mi armario —mintió con descaro.

—Y yo me lo creo —suspiró Victoria.

—Si crees que no estoy a la altura de tus expectativas, ya sabes... —dijo encogiéndose de hombros.

«Por favor, que se sienta ofendida, se vaya y todo esto se acabe aquí».

«Por favor, que ignore mis tonterías y se quede junto a mí».

Era horrible desear con tanta intensidad dos cosas opuestas. Y llevaba toda la cena sobreviviendo a sus propias contradicciones sin saber qué era lo que en realidad quería.

O lo sabía demasiado y no quería admitirlo.

—Bernardo, no te enteras de nada.

«Ni de que eres feo ni de que estoy interesada en ti».

Victoria no se ofendió, no se levantó, no se fue. Se quedó allí, en aquel restaurante horrible, sucio y ruidoso, mirándolo como si él fuera la respuesta a una pregunta no formulada, y el corazón de Bernardo dio un vuelco.

—En fin, es igual. Se supone que me ibas a explicar la foto que tenías en tu escritorio —dijo cambiando de tema.

Bernardo no sabía si seguir con la conversación incómoda o empezar otra aún más incómoda. Pero de hecho esa había sido la excusa para quedar para cenar. Ahora quedaría fatal no hablar de ello.

Tenía que dejar de hacer el imbécil. Empezar a tratar a Victoria sin tanta frialdad. Al fin y al cabo, había sido él quien la había invitado a cenar.

Jamás se había comportado con tanta torpeza con nadie.

Y ella no tenía la culpa de ser guapa.

—La verdad es no hay mucho que explicar —suspiró, dispuesto a abrirse ante ella—. Mi hermana quería ser madre. Más que enamorarse o encontrar pareja, su deseo desde siempre ha sido la maternidad. No como consecuencia de una relación amorosa, sino como un objetivo en sí mismo.

—Eso es tener las cosas claras.

—Tú lo has dicho. Creyó que algún día encontraría a alguien para formar una familia tradicional, pero no fue así, y no quiso esperar más y que sus posibilidades de fertilidad descendieran hasta hacerlo imposible. Nunca se planteó atar su vida a alguien del que no estuviera enamorada por el simple hecho de procrear.

—Caramba.

—Es la verdad. Si solo quieres un donante, mejor buscarlo en una clínica y no en un

hombre, al que, si no amas, solo te va a complicar —y amargar— la existencia. Quiso algo y fue a por ello.

—Qué valiente.

—Sí, yo también lo creo —dijo con orgullo—. En este país la conciliación de la vida laboral y familiar es de risa, y si no tienes un sueldo que te permita pagar a alguien para que se ocupe de tu hijo mientras trabajas, es directamente imposible.

—¿No puede pagar una guardería?

—Claro, pero eso implica doble gasto: la guardería y la persona que se ocupa de tu hijo durante todas las veces que se pone enfermo.

—Cuánto lo siento. ¿Tiene alguna enfermedad grave? —preguntó preocupada.

—Tú no tienes sobrinos, ¿verdad? —Sonrió.

—Soy hija única.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba... —susurró mientras sacudía la cabeza—. No tiene ninguna enfermedad, tranquila. Lo que ocurre es que, cuando son pequeños, lo pillan todo.

—Ah. ¿Y no hay abuelos? —preguntó con cautela.

—Sí. Pero... eso no era una opción —dijo tajante sin querer dar más explicaciones.

—Así que...

—Así que mi hermana estaba barajando posibilidades cada vez más absurdas como dejar su ocupación actual para encontrar otra que le permitiera trabajar desde casa, y me ofrecí a vivir durante un tiempo con ellas para que fuera más fácil sobrellevar esta locura.

—Y has dejado tu vida en pausa para poder ayudar a tu hermana con su mayor deseo en la vida —concluyó—. Vaya.

—Bueno, no es para tanto...

Victoria levantó la mano para silenciar lo que fuera que quisiera decir.

—La modestia no va conmigo. Ya te lo he dicho. Y lo que has hecho es de una generosidad infinita. Estoy impresionada.

Bernardo se sentía incómodo.

No se le había ocurrido pensar que pudiera despertar admiración en una mujer como Victoria.

No es que hubiese preferido provocarle pena, compasión o rechazo, por supuesto. Pero, la triste realidad es que sabía cómo enfrentarse a ese tipo de respuestas cuando se enteraban de su situación familiar. Y la reacción de Victoria no era la habitual.

Todavía le escocía la última ruptura a la que lo habían sometido.

La relación que había tenido con su ex no había estado a las puertas de una petición de matrimonio ni de un compromiso formal, pero habían estado saliendo un año, y estaba consolidada.

Y aunque habían hablado de que no estaban listos para irse a vivir juntos y que exclusividad no era lo mismo que iniciar una vida en común, su ex había roto con él cuando se fue a vivir con su hermana porque no quería asumir el papel de segunda en su lista de prioridades.

Por lo tanto, no le dolía la ruptura por la mujer que lo había dejado, que había pasado por su vida sin más, sino por el hecho de que no hubiera encontrado a nadie que entendiera sus circunstancias.

Así como la maternidad era lo más importante para su hermana —en su caso, la perpetuidad de sus genes le traía sin cuidado—, para él la sensación de tener a alguien en su vida de forma permanente era lo que le cautivaba.

Y desde hacía meses solo tenía desahogos puntuales. Sexo impersonal y funcional que le aliviaba la presión en los genitales, pero no en el corazón.

Aquellos escarceos amorosos vacíos no acababan de complacerlo.

Aunque entendía que cancelar citas en el último momento o estar pendiente del móvil por si acaso lo necesitaban no era un gran afrodisíaco ni un estímulo para formalizar una relación, que no consiguiera tener a nadie a su lado que lo quisiera era muy frustrante.

Y en aquel momento no soportaba el deseo casi salvaje de que Victoria fuera una excepción.

No era tan ingenuo como para pensar que ella podría querer una relación con él a largo plazo, pero ya no podía seguir engañándose: esa mujer tenía algo que lo atraía poderosamente y estaba cada vez más cerca de rendirse a ello.

—Te admiro —dijo ella a continuación—. Me maravillan las personas que pueden poner a otro por delante de sí mismas. Eso requiere una gran fortaleza. Y no sé de mucha gente así.

El corazón de Bernardo empezó a latir de una forma brutal, luchando por escapar de su caja torácica.

Victoria puso su mano encima de la de él y la apretó con cariño.

Estaba fascinada con todo aquello. No había conocido a nadie que se diera tanto sin esperar nada a cambio. Poner su vida en suspenso, dejar de tener privacidad.

En aquel momento llegaron los platos.

Al levantar las manos de la mesa notaron que esta estaba pegajosa, porque, por supuesto, no había mantel.

Junto con la comida, el camarero dejó un rollo de papel de váter en la mesa.

—¿Y esto? —preguntó Victoria.

—Como si fueran servilletas, señora.

Victoria miró con intensidad a Bernardo, retándole a que dijera algo. Aquello estaba pasando de castaño oscuro.

Al mover las piernas, incómoda, notó —por enésima vez— que el suelo estaba pringoso y sucio.

En cuanto llegara a casa lo primero que haría sería limpiar las suelas de los zapatos porque no podía guardarlos en ese deplorable estado.

—Lo que sea para deslumbrarte —dijo Bernardo con sarcasmo.

Victoria esperó.

—Lo siento —reconoció—. Quería que te sintieras incómoda, pero me he pasado. Si quieres podemos ir a otro sitio. No he estado muy acertado cuando he escogido este restaurante.

—A ver, esta noche era para poner nuestras cartas sobre la mesa. Tú has expuesto las tuyas, aún faltan las mías.

—¿No estás sufriendo por tus zapatos? Incluso yo me he quedado pegado al suelo.

Victoria se carcajeó.

—¿Entonces esto te parece tan cutre como a mí? Me dejas más tranquila. Como provocación no está mal, pero no me veía repitiendo en un sitio así, no.

—¿Y te ves repitiendo conmigo? —preguntó audaz y seguro por primera vez en toda la cena.

—Caramba, Bernardo. ¿Acaso tengo que entender que esto es una cita?

Bernardo sonrió.

—Hasta ahora no ha sido una cita, pero quizás me plantee que lo sea a partir de ahora. Depende.

—¿Me estás provocando, Bernardo?

—Cuando te provoque, Victoria —dijo bajando el volumen de su voz—, no voy a ser sutil. No te va a quedar ninguna duda de lo que estoy haciendo.

—Bernardo —susurró acercándose a él—, no te creas que estoy dispuesta a todo lo que se te pase por la cabeza por el simple hecho de que yo sé que estamos en una cita y tú aún no. Quizás cuando lo aceptes de una vez, igual ya no me interesan tus propuestas. Aunque vas a tener que arriesgarte a dar el paso para averiguarlo.

Él no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

«Qué mujer tan segura de sí misma».

—¿En qué estás pensando? —murmuró Victoria.

«En besarte, en tocar tu piel suave, en descubrir qué esconde tu ropa interior».

—Vámonos —ordenó mientras hacía acopio de todo su autocontrol—. Este vestido no pega para nada en un lugar así. Empecemos de cero. Tengamos una cita de una buena vez.

CAPÍTULO 15

Salieron del local entre risas.

—¿Te parece bien ir hasta Rambla Catalunya y sentarnos en alguna terracita donde nos den de cenar?

—Claro.

—No sé si podrás andar con estos tacones.

—Estos zapatos son comodísimos, no tengo ningún problema en caminar con ellos.

—¿No podrías haberte puesto unos tejanos y zapato plano?

—Casi nunca uso pantalones.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque los zapatos lucen mejor cuando se ven las piernas. Y soy embajadora de mi marca.

—Explícamelo.

—A ver, no es que haga publicidad en redes, eso se lo dejo a Tatiana, pero me suelo encontrar a gente allí donde voy: en conciertos, teatros, restaurantes o paseando, y mi aspecto, lo que llevo, no deja de ser un escaparate. No te haces una idea de las veces que alguien se ha fijado en mis zapatos y se ha acabado convirtiendo en cliente. Jamás descuido mi atuendo.

—O sea, que en tu tiempo libre haces de modelo...

—O sea, que en mi tiempo libre sigo haciendo de empresaria —corrigió con una sonrisa.

Parecía que se había establecido una tregua.

Era absurdo seguir negando que esa noche estaba teniendo una cita con una mujer de una belleza deslumbrante que parecía querer estar con él.

Victoria había abandonado cualquier artimaña de seducción. En el momento en el que Bernardo aceptó que había algo entre ellos, había decidido relajarse y ser más ella misma que nunca.

Estaba disfrutando demasiado como para andarse con juegucitos. No recordaba haber tenido una velada tan desinhibida desde, quizás, su época escolar entre amigas, antes de que el deseo por el sexo opuesto hubiera convertido cualquier relación en la representación de una opereta en la que cada parte intentaba imponer sus condiciones sin que se notara que lo estaban haciendo.

Con Bernardo, Victoria no estaba siendo sutil, no estaba escondiendo quien era y tampoco estaba pensando a largo plazo. Sí que se había planteado liarse con él, averiguar hacia dónde los conducía aquello que sentía, pero por un momento, por un solo instante en su vida, quería permanecer en aquella noche en la que se estaba riendo tanto.

Bernardo había coqueteado con infinidad de mujeres. Se había divertido con todas. Había sido sincero con cada una de ellas y les había hecho saber qué pretendía con exactitud.

Porque después del fracaso con su ex, no quería seguir pecando de ingenuo y pensar que alguna mujer aceptaría de buen grado salir con un tío entregado a los cuidados de una sobrina a la que quería como una hija.

Y ahora, con Victoria, notaba como sus resignadas intenciones de no ilusionarse con nadie hasta que volviera a vivir solo se desvanecían como si jamás hubieran existido.

Era guapa, sí, y eso era un gran problema. Pero tenía agallas y era franca y de risa fácil.

Y él quería olvidarse de todo y disfrutar, al menos durante aquella noche.

—¿Te parece bien aquí?

Bernardo no había sido consciente de que habían bajado hasta el restaurante Ciudad Condal.

—¿Terraza o dentro?

—Donde haya sitio antes; me muero de hambre.

Se sentaron en uno de los bancos de la Rambla de Catalunya, esperando a que los llamaran para sentarse a la mesa. Victoria lo volvió a mirar con una sonrisa deslumbrante.

—Pareces contenta.

—Sí. Tú sigues con aspecto de enfadado.

—¿Yo? No, en absoluto.

—¿Entonces es tu cara de siempre?

—Lo que ves es lo que hay.

—Lo dudo. Nadie había conseguido sorprenderme tanto.

—Ya, bueno —murmuró incómodo—. Háblame un poco sobre ti.

En aquel momento los llamaron, se sentaron en una mesa y pidieron montaditos variados.

—No sé qué contarte.

—¿Cómo se te ocurrió empezar con este negocio?

Victoria sonrió. Con lentitud.

Y como si fuera una bailarina, con el empeine curvado en una línea recta con su pierna, le enseñó el pie a Bernardo.

Él se quedó sin respiración.

Todas las veces que había mirado su cuerpo había sido a hurtadillas o a través del visor de su cámara, pero aquello era una exposición de su piel al que le había dado permiso para admirar.

—¿Qué te parece?

—¿Precioso? —preguntó, no muy seguro de lo que le estaba enseñando.

—¿El pie o el zapato?

—¿Ambos?

Victoria soltó una risa suave, grave, que parecía que le nacía de muy adentro.

—¿No ves nada extraño?

«Piel suave, tersa, tonificada; pies torneados; uñas arregladas; sandalias para volver loco a un hombre», pensó.

—No. Lo veo todo normal.

Victoria negó con la cabeza.

—Tengo un pie enorme. Un cuarenta y dos y medio.

—Yo tengo un cuarenta y siete.

—Felicidades. Pero seguro que no tienes problemas para encontrar zapatos de tu número.

—Ah. Entiendo. ¿Y no se te ocurrió ninguna otra solución antes de montar una empresa? Lo veo un poco extremo y exagerado.

—Ja, ja. Me muero de la risa contigo —dijo, aunque se estaba riendo—. Siempre me han gustado los zapatos. Y admiro a los grandes diseñadores de calzado femenino.

—¿Masculino, no?

—Pues, no. La verdad. Hay poca variedad, pocos colores, poco de todo. Y yo quería mucho. Y más que nada, zapatos preciosos de mi talla.

—¿Los comienzos fueron duros?

—No exactamente. Tenía el dinero para hacer la inversión y los contactos. Hasta que

empecé a tener beneficios pasó un tiempo, es cierto. Pero nunca pasé ahogos económicos.

Bernardo puso los ojos en blanco.

—Pero, hay algo que muchos no tienen y yo sí.

—¿El qué?

—La consciencia de que soy una privilegiada y una afortunada. Y no dejo que se me olvide. Aunque ya tenía dinero, igualmente he trabajado duro. Tatiana apostó por mi proyecto desde el principio. Nos conocemos desde niñas. Me hace feliz que estemos juntas.

—Pues entonces no te haré saber mi opinión sobre ella.

—No hace falta. Me la puedo imaginar. Tatiana es imprudente, pero es buena persona.

—Haré ver que me lo creo.

—Y es buena en su trabajo.

—Eso no te lo discuto.

La cena transcurrió entre risas, una conversación que no decayó en ningún momento y muchas miradas furtivas de deseo.

—¿Y tú? ¿Por qué eres fotógrafo?

—¿Puedo no responder a esa pregunta?

—¿Hay algo que quieras esconder? —inquirió curiosa.

Bernardo suspiró, resignado; sabía que Victoria se iba a reír durante el resto de la noche si le contestaba. Pero, total, qué más daba. Estaban mostrándose tal cual eran. Y eso, quizás más que ninguna otra cosa, le estaba encantando.

—Quería capturar la belleza del mundo.

Victoria no se rio, al contrario, se quedó muda.

—¿En serio? ¿Y cómo se pasa de querer tener en tus manos la belleza del mundo a huir de las mujeres guapas?

—Sí, ya... Bueno, después de unos cuantos fracasos yendo detrás de chicas que no querían tener nada conmigo, aprendí la lección.

—¿Que hay gente estúpida en el mundo?

Bernardo sonrió agradecido.

—Que las guapas suelen ser crueles.

—¿Estoy oyendo resentimiento?

—No, simplemente la constatación de un hecho.

—Bernardo... que estoy delante.

Bernardo se sorprendió.

Era la primera vez que no lo decía como un ataque hacia ella. No sabía muy bien cómo había ocurrido, pero había dejado de situar a Victoria en el saco de «mujeres crueles». Ella solo era «Victoria», que además era increíblemente hermosa.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mi vida —confesó.

Victoria levantó una ceja, a la espera del «pero» que venía a continuación.

—Pero... aunque no logre entender el motivo, no eres cruel.

—Vaya, gracias. Cuánto halago por tu parte...

—Lo digo en serio, y créeme cuando te aseguro que esto me ha sorprendido muchísimo.

—Pues, nada. No sé qué contestar a tu amable comentario; ¿disfruta de las vistas?

—Estoy disfrutando, Victoria. Mucho más de lo que me imaginaba.

Victoria sonrió, complacida.

—Sigue contándome sobre tu trabajo —le instó cuando vio que Bernardo se había quedado

callado.

—Pues, no sé, te parecerá una tontería, pero empecé con la fotografía porque veía la parte más superficial de las cosas —dijo con una intensidad que la dejó sin aliento—. Capturar belleza no es fácil, ni en un objeto estático ni en movimiento. Pero a medida que me adentraba más en este mundo, me di cuenta de que lo que en realidad me interesaba era contar una historia con una sola imagen, jugar con la luz para expresar sentimientos. No solo quería mostrar, también deseaba que la gente pudiera sentir.

—¿Sentir qué? —susurró cautivada.

—Cualquier emoción: desde la melancolía hasta la burbujeante expresión de la felicidad. Ya no era solo pulir la técnica de la luz para retratar lo que fuera, era la capacidad de moldear la realidad de lo que veía según lo que quisiera enseñar.

—¿Y quieres moldearme a mí?

—No. A ti, no. A falta de un adjetivo mejor, eres «perfecta».

—¿Acabas de citar *El quinto elemento*? Es una película de hace bastantes años.

—Sale Bruce Willis —dijo encogiéndose de hombros—. No verla no era una opción.

—Caramba... «perfecta», ¿eh?

—Que no se te suba a la cabeza...

Victoria no había sonreído tanto en la vida.

Ella que era bastante sosa, nada cariñosa y que ponía una distancia insalvable con todo el mundo, se sintió cercana a él. En una conexión que jamás había notado con nadie. Tenía ganas de que la noche no se acabara. Le hormigueaba el deseo de ir a un sitio más privado con él.

Bernardo había descubierto que Victoria no era como se la había imaginado. Había aguantado la cita en el restaurante cutre con una entereza y un buen humor que lo había sorprendido. Tenía una conversación divertida y se estaba abriendo a él con facilidad. Igual que él se estaba abriendo a ella. Jamás pensó que podría sentirse tan atraído por una mujer tan sublime, con una belleza tan extraordinaria y con una fuerza tan arrebatadora.

Victoria estaba relamiendo los restos de la tarta de queso con mermelada de frambuesa mientras Bernardo la observaba sin perderse detalle.

—¿Y ahora qué?

—Sí. ¿Y ahora, qué, Bernardo?

Ambos se miraron con intensidad, sin atreverse a verbalizar lo que querían en aquel momento.

Cómo continuar la noche.

Ella no quería asustarlo más de la cuenta, que bastante bien había salido aquello para ser la primera vez.

Él no quería asustarla confesando lo que deseaba. Estaba haciendo esfuerzos para reprimirse y no invitarla a pasarse por su estudio, que era donde podrían estar solos.

Pero la anhelaba demasiado.

—Victoria —se rindió—, no sé qué esperas de mí. Contigo estoy perdido. No sé si estás jugando ni si me estás provocando a propósito para dejarme con un palmo de narices.

Victoria no hizo ningún gesto que delatara sus deseos, quería saber hasta dónde era capaz de llegar Bernardo. No le apetecía facilitarle su discurso ni alentarle con una sonrisa; pretendía saber si era suficientemente valiente como para pedirle lo que quería.

—Pero no aguanto las tonterías y yo también sé ir a por todas cuando veo algo que me interesa. No tengo ni idea de lo que quieres de mí, pero yo me muero por besarte y por llevarte a

algún sitio donde nadie nos moleste. ¿Qué me dices? ¿He metido la pata hasta el fondo o a ti también te apetece estar conmigo?

Victoria estaba procesando sus palabras. ¿Le estaba proponiendo sexo en la primera cita? ¿Era eso lo que ella deseaba?

Pero, antes de que pudiera articular palabra, alguien se les acercó sin que se dieran cuenta.

—¿Victoria?

CAPÍTULO 16

—¿Bosco?

Victoria se enderezó. Adoptó un gesto sereno y congeló una sonrisa impostada de compromiso en su rostro.

No se había dado cuenta de lo relajada que estaba hasta que todo su cuerpo acusó incomodidad y fastidio.

Bernardo estaba fascinado por el cambio que se había operado en un segundo. Victoria desprendía frío con su actitud distante. Y se fijó en el «Cayetano» que tenía delante. Seguro que era el tipo de hombre al que estaba acostumbrada, pero no sentía ninguna envidia por él; por nada del mundo querría ser el destinatario de aquella mirada gélida.

—¿Qué haces aquí? —interrogó Bosco posesivo.

—Creo que la respuesta es evidente.

—Hola, Victoria —dijo una voz cordial.

—Ay, Luis, no te había visto. Cuánto tiempo.

Victoria se levantó para darle dos besos. Y empezó a hablar con él e ignoró deliberadamente a Bosco.

—Te presento a Bernardo.

Ambos hombres se dieron la mano en silencio.

—¿Vas a estar aquí muchos días? ¿Has venido con la familia?

—No, he venido solo y para un par de días.

—Pues da recuerdos a tu mujer. Nos lo pasamos muy bien la última vez que estuvimos juntas.

—Ella habla maravillas de ti cada vez que se pone los zapatos que le regalaste.

Victoria sonrió con ternura, la pareja de Luis le caía muy bien. Pero Bosco los interrumpió nada contento de que ella no le hiciera ningún caso.

—Hola —le dijo a Bernardo—, soy Bosco, el novio de Victoria.

Bernardo lo miró con escepticismo, pero no dijo nada.

—Bosco —suspiró Victoria con hastío—, no te pongas más en ridículo, anda. ¿A qué ha venido eso?

Bosco se tensó. Se había cegado cuando vio a un hombre con Victoria, y había aflorado su lado más posesivo. No se podía creer que en dos días ya lo hubiese reemplazado. Con ella nada salía según lo planeado. Pensaba que tendría más tiempo para poder recuperarla. Todos los líos que había tenido con otras mujeres eran para hacerla reaccionar —que hubiera disfrutado con ello no tenía ninguna importancia—.

Su relación era demasiado mecánica, educada y fría. Incluso el sexo para ella parecía un simple trámite de obligado cumplimiento —siempre los sábados por la noche después de la cena y la copa posterior— como si estuviera siguiendo un manual de buenas maneras. No expresaba sentimientos y tenía un férreo control de sus emociones. Y él quería a una Victoria rendida por completo a sus pies.

Había intentado ablandarla con sensuales cuidados, con regalos adecuados, pero era como si Victoria estuviera blindada, era imposible acercarse a ella. Bosco había querido provocarla, hacer que luchara por su relación, que experimentara el dolor de perderlo para que se aferrara a él con

uñas y dientes; sin embargo, había sido desechado como tantos otros antes.

No entendía que hubiera salido tan mal parado con su brillante estrategia. Pero lo suyo no iba a terminar. Aquel simio con el que estaba cenando Victoria no estaba a su mismo nivel — físico, económico, social—, y él no se iba a rendir.

Victoria era suya; solo necesitaba un poquito más de persuasión.

—Luis, si me perdonas, voy a seguir con mi cena. Me he alegrado de verte.

—Sí, claro. No te preocupes, os dejamos tranquilos.

Y cogió a Bosco del brazo y lo empujó con suavidad, para que, en efecto, no hiciera más el ridículo.

Victoria cerró los ojos un momento, los abrió con una sonrisa no del todo sincera aún, e intentó seguir en el momento en que los habían interrumpido.

—¿Por dónde íbamos?

—¿Estás jugando a darle celos?

Una bofetada no la hubiera sorprendido más.

—¿Qué?

—No me gustan estas historias —siseó Bernardo enfadado.

—¿Qué historias? —preguntó Victoria con dureza, ya sin rastro de la calidez con la que le había hablado hasta aquel momento.

Bernardo se pinzó la nariz en un intento de controlarse.

Aunque no lo hizo con el suficiente empeño.

—¿Todo esto forma parte de alguna artimaña?

—¿Qué «esto»? ¿Qué «celos»? ¿Qué «artimaña»?

—A ver, Victoria. Que no me he caído de un guindo. Que tú y yo no tenemos nada en común. Que tú eres preciosa y yo, siendo benévolo, soy un tipo del montón.

—Ah, ¿soy preciosa?

—Ya lo sabes. No me vaciles.

—Sí, lo sé. Pero de todas formas me ha gustado que me lo dijeras —susurró bajando la guardia en un último intento de volver al punto donde estaban antes de que se les acercara Bosco.

—Ya, pero ese «Borja Mari» es más tu estilo, y no dejo de preguntarme qué mierdas has visto en mí para que hoy estés cenando conmigo. Y después de decir que era tu novio, pues todas las piezas han empezado a encajar.

—¿Qué piezas? Pero, ¿de qué demonios me estás hablando?

—Me has utilizado. Eso es de lo que te estoy hablando —contestó rotundo—. Y no soporto que me tomen el pelo. Me gustaría que me hubieras hablado con franqueza.

Victoria sintió como un enfado primitivo y volcánico le nacía en las entrañas. Aparcado cualquier sentimiento romántico que pudiera haber albergado por Bernardo, tenía ganas de darle una paliza. Aunque solo fuera verbal.

—Vale. ¿Quieres la verdad? Igual no te gusta oírla. Pero te la voy a contar de todas formas.

Victoria dejó que la furia se apoderara de ella. Abrazó aquella sensación como si tuviera fuerza propia y se rindió a ella. Desde hacía muchos años controlaba aquella parte de su carácter. Si se dejaba ir, acababa hiriendo a personas que le importaban y luego tenía que disculparse, cosa que no se le daba nada bien. Así que mantenía un dominio tenaz de sus emociones y se involucraba poco en las relaciones.

La consecuencia es que la habían acusado de fría en muchas ocasiones. Y ella era así para no sufrir una decepción tras otra. Ya sería cálida con el definitivo, para qué perder el tiempo con

novios de paso.

Pero ahora el calor que sentía por dentro le había coloreado incluso las mejillas.

Se suponía que estaban disfrutando de la velada.

Se suponía que se estaban conociendo, que se estaban dando una oportunidad.

Se suponía que Bernardo también se lo estaba pasando bien con ella, y que sentía aquella inexplicable atracción que había entre los dos.

Se suponía que él no podría resistirse a ella. Y ahora la acusaba de un juego, ¿juego para qué?

Había decidido no juzgarlo por su apariencia y resultaba que a la que habían juzgado todo el tiempo era a ella.

¿En serio se había creído que ella era una persona tan manipuladora como para coquetear con él con el único fin de darle celos a otro?

—Eres feo —siseó a bocajarro—. Eres la persona más fea que he visto en mi vida. Encima, cuando te conocí,apestabas, y fuiste borde y muy seco. Pero algo de ti me atraía. No sé qué era. No soy cobarde y quería saber a dónde nos conducía. Bosco era mi novio, sí. Y me lo encontré besándose con otra hace dos días. Ha pasado poco tiempo desde que me enteré, es verdad. Pero no me ha dejado cicatrices difíciles de superar. Así que no tengo un dolor que requiera tiempo de curación ni periodo de duelo que guardar.

—Victoria...

—¿Te crees que por feo puedes juzgarme a mí por guapa? Creo que hubieras salido ganando si le hubieras dado una oportunidad a esto. Pero ahora, la verdad, se me han pasado las ganas de averiguarlo, cretino.

—Victoria, espera.

Pero Victoria ya había soltado lo que necesitaba decir y no quería seguir con aquella cena que se le había atragantado. Se levantó de la mesa. Tiró un par de billetes para pagar a escote y se fue taconeando con indignación y decisión a parar un taxi.

CAPÍTULO 17

Bernardo no podía quitarse de encima la sensación de que había metido la pata hasta el fondo.

Y aunque se decía que era lo mejor porque con Victoria no iba a ir a ningún lado, una vocecita dentro de sí le machacaba en una sucesión interminable de golpeteos diciendo:

«Es una mujer increíble».

«Jamás te has sentido tan bien con ninguna».

«Ha conseguido dejarte sin aliento, hacerte reír y que la admires, todo a la vez».

Había llegado a casa y se había encontrado a su hermana durmiendo en su cama. Así que se había ido a la habitación de Ana y se había metido en la suya.

Le había costado conciliar el sueño, y se había entretenido en buscarla en redes.

Él no le había hecho ninguna foto aún —¿aún? Qué iluso era. Aquella oportunidad había desaparecido para siempre—. Y aunque Victoria no tenía redes sociales como particular, sí que tenía con perfil de empresa —las que gestionaba Tatiana—, y allí aparecía en algunos eventos.

Se dio cuenta en seguida de la diferencia.

Los rasgos eran de Victoria.

Aquella postura erguida era de Victoria.

La elegancia que definía las líneas de su cuerpo era de Victoria.

Pero no la reconocía.

En todas faltaba aquella sonrisa que le había obsequiado, sin que él se diera cuenta del valor de su exclusividad.

En todas veía distancia, y ella había permitido que él se le acercara.

En todas veía a la modelo, y ante él se había mostrado como la mujer que era.

Victoria le había regalado algo único y él lo había menospreciado.

Pero no pasaba nada. Lo mejor era olvidarse de ella.

Ahora que la había descubierto bajo aquellas capas con las que se presentaba al mundo, estaba más seguro que nunca de algo: él no estaba a su altura. Así que, aunque le debía una disculpa, no iba a pedirle perdón. Porque, si se involucraba con ella ni que fuera un poco, cuando Victoria se diera cuenta del poco valor que tenía él, lo iba a dejar, y esta vez seguro que no le sería tan fácil recuperarse.

Apagó el móvil y se obligó a dormir.

Y soñó que era King Kong, y que su enamorada se le escurría de entre sus grandes manazas.

Victoria llegó a su casa con el disgusto burbujeando aún en su interior.

Estaba demasiado tensa como para meterse en la cama. Así que se desvistió, se puso cómoda y se sentó ante el ordenador a trabajar.

Hacía tiempo que había algo en las cuentas de la empresa que le resultaba extraño y no había averiguado qué era.

Con el subidón de adrenalina que tenía encima, ninguna novela podría apaciguar su ánimo. Solo el hecho de repasar los pagos y las transferencias efectuadas podía centrarla en el aquí y el ahora. Y necesitaba como aire para respirar alejarse de todas aquellas sensaciones que le

provocaban aquel desasosiego que no acababa de entender.

Le había parecido que con Bernardo había algo que merecía la pena ser explorado. No había sido así, ¿y qué?

¿Cuántas veces había errado en su juicio en cuanto a hombres se refería?

El experimento del feo —aunque ya no le parecía que lo fuera tanto— no había funcionado. Pues vale. Ya buscaría el amor en otra parte.

Pero... ese golpeteo en el corazón no lo había experimentado antes.

Ni el anhelo por volver a encontrarse con él, por que se disculpara y le dijera que quería intentarlo.

Ni aquella desconcentración que sufría como si Bernardo fuera algo importante que requiriera su atención.

Ni los recuerdos de aquella noche, que pasaban ante sus ojos como si fuera una película.

«Basta», se dijo.

Lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible. No iba a rebajarse a ir tras él después de todo lo que le había dicho.

Y volvió a la pantalla de ordenador, pero le costaba entender lo que estaba viendo. Se obligó a doblegar sus emociones, a apartarlas, a encerrarlas para no tener que seguir analizándolas.

Y entonces lo vio:

Un proveedor con el que jamás habían trabajado.

Unas facturas sin justificación.

Un aumento considerable de los gastos.

Y todo provenía de la tarjeta de Tatiana.

Eso sí que consiguió que el recuerdo de Bernardo pasara a un segundo plano.

«Por favor, no. Una traición de Tatiana, no».

—¿Qué haces en mi cama?

Bernardo no se inmutó.

Si había oído a su hermana y se hacía el sueco, es algo que no se sabría nunca.

—Bernardo —dijo sacudiéndole el hombro.

—Déjame, pesada.

—¿Por qué estás aquí? Cuando esta mañana no te he visto, me he preocupado. Podrías haberme despertado. ¿La cena fue bien? ¿Llegaste muy tarde a casa?

—Ana, por favor te lo pido, deja de coserme a preguntas y vete de aquí.

—Es mi habitación.

Bernardo se levantó con mal humor, cansado, con los ojos semicerrados, se arrastró hasta su habitación y se dejó caer en su cama.

Ana lo siguió.

—¿Pero no me vas a contar nada?

—Estoy en mi habitación, deja de taladrarme.

Ana se fue a buscar a su hija. Volvió con ella en brazos, la estiró junto a su tío y empezó a jugar con ella; a hablarle en un monólogo absurdo mientras se la comía a besos y le hacía cosquillas.

Bernardo —sufrido hermano y tío orgulloso— abrió un ojo.

—¿En serio, Ana? ¿Tan mal me he portado contigo que me torturas?

—Uy, sí, pobrecito. Te torturo con las risas infantiles de tu sobrina.

—He dormido poco, ten compasión de mí.

—Domingo en familia, Bernardo —recordó sería de repente.

Bernardo se frotó la cara. Y respiró hondo para desechar los últimos vestigios de sueño que aún se aferraban a él.

Sus propios padres habían rehusado ayudar a Ana cuando lo pidió. Eran mayores, habían trabajado durante toda su vida y el tiempo de que disponían lo querían aprovechar para viajar. No entraba en sus planes renunciar a su libertad a cambio de criar a una nieta.

Bernardo lo entendió. No se puede obligar a nadie a querer ni a utilizar un vínculo de sangre para cortar las alas de quien quiere volar.

Sin embargo, Ana, no.

No comprendió que unos abuelos no quisieran estar al lado de su primera nieta. Pero, además, sin grandes recursos económicos y sin una pareja con la que conciliar las necesidades ineludibles de un bebé con las horas que trabajaba para costearse la maternidad, veía como su sueño se volvía imposible.

Si quería ser madre, debía renunciar a su vida laboral. ¿Y cómo iba a tener un hijo si no podía mantenerlo?

Había luchado mucho para conseguir el trabajo de sus sueños. No solo había estudiado periodismo, ¡es que ejercía como tal! Se encargaba de escribir sobre eventos: conciertos, partidos, conferencias, festivales... Adoraba su trabajo, pero eso implicaba viajar —que hasta entonces le había parecido estupendo—, lo cual era incompatible con la maternidad.

Empezó a buscar en otros sectores. Le daba igual de qué fuera la ocupación mientras le diera para vivir, y tuviera un horario más estable y más acorde con la crianza, aunque estaba desolada por tener que abandonar un trabajo que le gustaba tanto.

Cada lágrima vertida por Ana resquebrajaba el corazón de Bernardo, así que se ofreció para ayudarla a criar a su hija.

Ana se negó al principio, no podía consentir que su hermano renunciara a tanto por ella.

Pero Bernardo estaba decidido, y ella acabó aceptando, no veía otra manera de hacerlo factible, al menos de momento.

Aunque empezó a mover hilos dentro del periódico para el que trabajaba para poder dejar paulatinamente los viajes, y conseguir una recolocación que satisficiera a ambas partes.

Bernardo y Ana pactaron convivencia en la misma casa hasta los tres años, cuando se suponía que ella ya no tendría que viajar, y los niños no se ponen tan enfermos y no hacen falta tantos equilibrios con el horario laboral, aunque jamás dejaría de ser el tío de su hija.

Que Bernardo tuviera su propio negocio era una ventaja, y que este fuera de fotografía, aún más; podía llevarse a la niña o la podía tener en el estudio con él. De momento no había tenido problemas; cuando empezara a gatear y a andar, ya se vería.

A pesar de ese acuerdo, su hermana no quería arrebatarle la posibilidad de que formara también su propia familia.

Así que, cuando su pequeña fuera al colegio, Bernardo viviría en otra casa.

Ana no quería solo un canguro que tuviera obligaciones y nada más; deseaba tomar las decisiones que afectaban a su hija discutiéndolas con su hermano. Quería construir una familia diferente en la que el papel paternal estuviera a cargo de Bernardo. No quería que se sintiera utilizado y, encima, sin voz ni voto.

Y consideraba esencial que los domingos fueran un tiempo feliz para disfrutarlo juntos.

—¿Vamos a la playa? —dijo desperezándose y haciendo ruiditos en la barriga de su sobrina.

—Es demasiado pequeña, Bernardo.

—Ya tiene seis meses. Y nos volveremos antes de las horas de más calor. Que son las ocho de la mañana, bruja.

—¿Cuánto has dormido?

—Apenas cuatro horas.

—Entonces bien, ¿no? Vamos a desayunar y me cuentas.

—Me ducho primero para despejarme.

Cuando llegó a la cocina, Ana había preparado el desayuno de su hija, y el café y las tostadas con mantequilla y mermelada para los dos.

—Me tienes en ascuas.

—Porque te da la gana, cotilla. No te suelo contar nada de mis citas.

—¿O sea que era una cita?

—No puedo hablar contigo si no descanso primero. Caigo siempre en tus trampas —suspiró derrotado—. A todo eso, ¿qué demonios hacías en mi cama?

—Pues, nada. Te quería sonsacar información de cómo te había ido porque me dejaste un poco preocupada cuando te fuiste. Y pensé que, si me metía en mi cama, me quedaría dormida y no te oiría. Así que me metí en la tuya para esperarte despierta, pero creo que me quedé dormida al instante. Estoy agotada.

—Cuando vi que estabas en mi cama, no quise despertarte y me metí en la tuya. Qué divertido —dijo con ironía.

—¿Le gustaron tus fotos?

Las fotos. Ni tan siquiera recordaba que se las había llevado para tener una excusa para verse.

—Sí.

—Entonces bien, ¿no?

—Supongo.

—¿Le gustó el restaurante?

—No.

—¿Entonces mal?

—Nos fuimos a otro.

Ana se cruzó de brazos. Frunció el ceño.

—¿Te tengo que arrancar cada palabra?

—Mejor no me arranques nada, porque no me apetece hablar de ello.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—¿Tienes falta de comprensión auditiva? ¿Qué te acabo de decir?

—Yo solo...

—Voy a preparar las cosas de la playa, que, si las preparas tú, seguro que tenemos que llevarnos las maletas grandes y solo es para un par de horas.

Ana suspiró, triste.

Veía en su hermano como si fuera un libro abierto. Sabía que su última relación con la arpía que había roto con él, lo había dejado tocado. Entendió que la mentira que Bernardo le contó — que había sido él quien había considerado que no encajaban— era una forma de no inquietarla. Pero aún se había preocupado más.

¿A cuánto había renunciado su hermano por hacerla feliz?

Ninguna mujer que no entendiera que él era un gran hombre, dispuesto a sacrificarse por los que amaba, y leal y feroz protector, no estaba a su altura.

Aún no había conocido a ninguna que fuera lo bastante buena como para besar el suelo que pisaba Bernardo.

CAPÍTULO 18

Después de la playa habían improvisado un arroz con restos de la nevera: pollo, salchichas del país y verduras. Y antes de recoger la mesa y fregar los platos, con el café cogiendo temperatura ambiente, a Bernardo se le cerraban los ojos y su hermana lo condujo hasta el sofá.

La siesta lo había dejado demasiado aturrido y amodorrado, y aunque salir a la calle un domingo por la tarde de julio en Barcelona era casi como asegurarse un golpe de calor, Bernardo necesitaba fotografiar algo para sacudirse de encima una sensación que todavía no lo había abandonado, que no sabía definir qué era, pero que se parecía demasiado a la añoranza por estar con una persona en concreto.

Se fue hasta el Hospital Clínic para fotografiar sus patios interiores. Su casa no estaba lejos de allí y no le apetecía irse demasiado lejos.

Aquellos patios no eran demasiado conocidos y se respiraba tranquilidad. Las jardineras ajedrezadas en blanco y negro. Los pequeños arbolitos. Los bancos de madera pintados de verde. Las ventanas en forma de arco.

A través del visor fue escudriñando rincones. Un foulard olvidado en un banco, una ventana parcialmente abierta, el reflejo del sol en un cristal.

Y unas piernas torneadas caminando con seguridad.

Reconocería aquellas piernas en cualquier lugar.

Pero... Victoria no lucía unos zapatos con un tacón de escándalo, sino unos planos con una hebilla en un lateral, sencillos. Y su vestimenta era peculiar: la falda parecía el uniforme de una escuela privada, a cuadros, con un poco de vuelo y justo hasta arriba de la rodilla, y la blusa era blanca, de manga corta, sin gracia ninguna. Completaba su aspecto una cola de caballo que se balanceaba al andar.

No podía ser Victoria, y, sin embargo, no tenía ninguna duda de que era ella. ¿Se había disfrazado de colegiala? ¿Pero qué diantres iba a hacer en aquel hospital vestida así?

Aquella mujer seguía descolocándolo, sorprendiéndolo, haciendo que quisiera saber más de ella. La atracción que notaba era casi dolorosa; la lucha para alejarse de ella era titánica y, cuanto más se rebelaba, más alerta y pendiente de ella se sentía.

Podía fingir indiferencia, pero no era apatía precisamente lo que le provocaba.

Victoria no podría estar más asexual que con aquella indumentaria, y, en cambio, no podía hacer otra cosa que imaginársela sin ropa; esa vez también sin aquellos zapatos, que no tenían ninguna gracia.

Ella se estaba acercando a él, pero parecía no darse cuenta. Lo único que desentonaba en su aspecto eran unas grandes gafas de sol, que no pintaban nada en su apariencia colegial, aunque hiciera un sol de justicia y fueran necesarias. No pudo evitar aumentar el *zoom*, y entonces percibió una lágrima en el rostro de Victoria. Apartó de inmediato la cámara. No quería robarle un momento tan privado y en el que seguro se sentía vulnerable. Pero no pudo dejar de mirarla.

Victoria se paró, como si estuviera buscando algo que ni siquiera ella sabía lo que era, se acercó a un banco y se sentó. Se puso una mano sobre el esternón y se obligó a respirar despacio. Apartó la lágrima que se había deslizado hasta la barbilla. Abrió una mochila escolar (no llevaba bolso), sacó un pañuelo y se sonó.

Permaneció allí sin intención de levantarse.

Bernardo no pudo resistirlo más y se sentó junto a ella.

¿Qué hacía Victoria allí? ¿Algún hombre le había suplicado por la fantasía de verla disfrazada de colegiala antes de morirse? No es que Victoria se hubiera esforzado en parecer sexy porque iba muy recatada, pero qué sabía él de los deseos ajenos. Los zapatos y la cartera daban verosimilitud al disfraz, sí, pero le arrebatában cualquier viso de sensualidad.

No entendía nada.

—Victoria ¿estás bien?

Ella se sobresaltó. Quizás ni siquiera había sido consciente de que alguien se había sentado a su lado.

—¿Bernardo?

No consiguió decir nada más. Le costaba salir de sus pensamientos y no entendía qué hacía él a su lado.

—Estaba fotografiando todo esto y te he visto.

Victoria reaccionó por fin, y puso una distancia educada que dejó a Bernardo confuso y nada contento. Ella hubiera sacado matrícula de honor en aquel ejercicio impecable de impasibilidad que a él tanto le costaba conseguir.

—Ah, claro. Este patio es realmente bonito. Te dejo que sigas con tu trabajo. Con este calor no se puede estar fuera, así que mejor me voy a casa. Por cierto, ya he recibido tu correo electrónico con las fotos. Mañana Tatiana se pondrá a ello. Muchas gracias.

—Victoria —dijo cogiéndola del brazo.

Ella no se podía permitir que él viera su vulnerabilidad. Que había estado llorando, por Dios, y en medio de un patio, no demasiado concurrido, pero aun así. Que solo se lloraba en la intimidad de casa, y ni eso. Que llorar daba dolor de cabeza y no servía para nada.

—De verdad, Bernardo. Me tengo que ir —dijo odiando que su voz temblara ante él.

—Te debo una disculpa.

Victoria se tensó.

Odiaba que la gente le tuviera lástima.

Odiaba que se compadecieran de ella.

Odiaba sentirse débil.

Odiaba no tener el control de la situación.

Y Bernardo sentía pena por ella, y solo por eso le pedía perdón por lo imbécil que había sido el día anterior.

Sin embargo, la pena no era motivo suficiente para su disculpa, y era una causa más que suficiente para que ella la rechazara.

—No me debes nada.

Iba a ponerse a llorar, y eso le provocaba una rabia más allá de lo tolerable. Así que se desasíó del agarre de Bernardo, se colgó su mochila al hombro lo más dignamente que pudo y se dispuso a irse —no corriendo, aunque se moría de ganas—, pero sí todo lo rápido que le permitieran sus piernas.

—No voy a fingir que no te he visto llorar.

Victoria se giró y lo encaró.

—O sea que te he dado lástima y por eso te has disculpado —espetó con rabia.

—No. Sé que te debo una disculpa desde ayer. No te había dicho nada porque no sé cómo gestionar esto que nos pasa —dijo señalándose alternativamente—. Pero lo que sí tengo claro es que, si veo a alguien roto, no hago como si no me hubiera dado cuenta.

—Y por eso te has disculpado —insistió.

—No sabía qué hacer para que no te fueras.

—Así que era una disculpa de mentira.

Bernardo calló. Y de pronto se echó a reír.

—¡Vale! Ya lo pillo. Estás despistándome con todo este rollo de la disculpa para evitar hablar de lo que te preocupa. Yo también lo hago con mi hermana. Bien jugado.

Victoria abrió los ojos atónita.

—No voy a hablarte de mi vida en ningún caso. No te interesa para nada.

—Pues parece que te equivocas; a mi pesar, todo hay que decirlo. Me encantaría poder ignorarte, pero parece que no me sale del todo bien.

Victoria se cruzó de brazos.

—Pues ya me dirás qué hacemos...

—Sí, te diré. Vamos a ir a algún sitio a tomar algo. Yo me voy a disculpar con sinceridad. Y cuando te hayas calmado, si me quieres contar qué te ocurre, me lo cuentas, y si no te apetece, me voy, pero con la tranquilidad de que no te he dejado sola en un momento en que me ha parecido que necesitabas consuelo. ¿Estamos?

Victoria no sabía si estaba o no. Lo único que sabía era que a pesar del enfado de ayer y de la tristeza de hoy, quería estar un rato más con Bernardo. Aún no había decidido si le explicaría nada de lo que la había llevado hasta el hospital vestida con un uniforme escolar, pero sí que iba a aceptar su ofrecimiento.

—¿Te parece que vayamos a mi casa?

Bernardo levantó las cejas sorprendido una vez más.

—¿En serio?

—Me apetece quitarme esta ropa.

«Y a mí quitártela», pensó sin poderlo remediar.

Victoria estaba tan aturdida por las emociones que estaba sintiendo que no se dio cuenta de que su afirmación podía dar pie a malentendidos.

—Con ella no me siento cómoda ni yo misma. No te prometo que me vaya a poner un chándal, pero sí que me gustaría ponerme ropa de estar por casa.

«Ah... cambiarse, no quitarse la ropa», se lamentó.

—Te agradezco la confianza —se obligó a decir.

—No hagas que me arrepienta.

CAPÍTULO 19

Victoria vivía en un pisazo en la calle Tuset, por encima de la Diagonal; cómo no.

Bernardo no dijo nada cuando entró en la amplia portería con suelos y escaleras de mármol, molduras en los techos y ascensor precioso de madera labrada y barnizada.

Cuando llegó a su casa no preguntó qué hacía con un piso tan grande para ella sola. No quiso fijarse en los acabados, en los muebles, en la decoración. Todo apestaba al dinero y a la clase de la que él carecía.

Pero no estaba allí para juzgar, sino para disculparse, y tal vez para darle consuelo a alguien que lo necesitaba.

—Ponte cómodo —le dijo señalando el sofá—. ¿Quieres tomar algo mientras me cambio?

Tenía la boca seca, y se sentía sudado y agobiado. Más fuera de lugar de lo que se había sentido jamás. Temía ensuciar aquel sofá tan blanco.

—No te preocupes, me espero hasta que vuelvas.

—Igual me doy una ducha rápida. El verano en Barcelona es insoportable.

Bernardo cerró los ojos. No podía dejar de pensar que, a escasos metros, ella estaría desnuda, y, ante la reacción excitada de su cuerpo, se puso a pensar en las cacas de su sobrina, en la pestilencia de su vómito y en mocos verdes, pero nada estaba dando resultado para serenarse. Cogió una revista para taparse la evidencia, pero la volvió a dejar donde estaba; era impensable que ninguna de las que tenía pudiera interesarle en realidad: revistas de decoración, de cocina, de moda... Cogió un cojín, desesperado, para disimular su turbación. Con eso tendría que bastar.

Victoria volvió mucho más rápido de lo que se imaginaba. Pensó que tardaría horas en arreglarse, y no fueron más que unos minutos. Descalza, con el pelo aún mojado, una camiseta blanca de tirantes que se humedecía con el cabello y unos pantalones cortos, Bernardo estuvo a punto de sufrir un episodio vergonzoso. Esas piernas eran maravillosas y estaba viendo mucha más porción de carne de la que le había visto hasta el momento.

«Cálmate, cálmate, cálmate».

—Voy a hacerme un batido de frutas, ¿tú qué quieres?

«A ti».

—Cualquier cosa fría me está bien.

—¿Te frío con limón? ¿Café con hielo? ¿Batido?

—¿Agua? Tengo mucha sed, igual con un vaso no tengo suficiente. Con mucho hielo, por favor.

—También tengo cervezas, si lo prefieres.

—Con una no me bastaría. Agua está perfecto.

—¿Seguro? Puedo subir el aire acondicionado. Te veo acalorado.

—Vale. Eso sí. Gracias.

Victoria se entretuvo un poco en la cocina. Bernardo no sabía muy bien qué hacer. ¿Levantarse para ayudarla? ¿Quedarse donde estaba? Estaba fuera de su elemento. No sabía qué se suponía que tenía que hacer a continuación. Y observó el entorno entre cálido y aséptico de la sala donde se encontraba. Todo estaba demasiado limpio, demasiado ordenado y demasiado blanco, aunque había toques de color que rompían la monocromía y le daban personalidad a la estancia.

Ese espacio era Victoria en estado puro. Solo si observabas los detalles podías llegar a conocerla, pero de entrada impresionaba bastante, parecía que quería tener a todo el mundo alejada de ella.

Al cabo de un rato, trajo una bandeja con frutos secos, fruta cortada, la jarra de agua y su batido.

—No tenías por qué molestarte.

—En verano podría sobrevivir a base de sandía. La como a todas horas, la he cortado más por mí que por ti, no te preocupes.

Victoria estaba relajada; más que cómoda, se la veía a gusto en su casa y con Bernardo en su sofá. Qué curioso. No le gustaba traer gente a casa, le molestaba que irrumpieran en su privacidad. Solo unos cuantos elegidos habían pisado su santuario. De hecho, con sus novios prefería verse en casa de ellos. En cuanto aprovechaban para dejar pequeños artículos (un cepillo de dientes, una camisa, una maquinilla de afeitar), empezaba a poner más distancia aún. Se sentía invadida, acosada, con ganas que se largaran lo más pronto posible.

Pero con Bernardo, la sensación era diferente. ¿Comodidad? No sabía. Su única certeza era que parecía que con él hubiera llegado «a casa».

Se sentó de lado, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en el respaldo, en una postura informal que a ella misma la sorprendía. Sin una gota de maquillaje, el pelo húmedo y la ropa que llevaba, parecía más joven de lo que era.

Bernardo recorrió sus piernas con la mirada, y cuando se dio cuenta de lo inapropiado que era, levantó la vista hasta sus ojos. Pero sus largas pestañas y el color casi transparente de sus iris amenazaban con volverlo loco.

Descartó sus ojos y lo siguiente que miró fueron sus labios, que le parecieron tan sensuales y apetecibles que, sin ser consciente, se acercó a ellos, como si tuvieran la fuerza de un imán. Pero no podía besarla, así que cerró los ojos para romper cualquier conexión que hubiera entre ellos y descendió la mirada, que acabó en sus pechos —error—, que estaban erizados.

¡Eso tampoco, que lo acabaría culpando de acosador!

¿Dónde diablos podía encontrar un sitio seguro para posar su mirada? Toda ella era un lugar peligroso.

—¿Bernardo?

—¡Lo siento! De verdad que no quería hacerte sentir incómoda...

—Pues lo conseguiste. Fuiste muy imbécil.

—¿Cuándo?

—¿Cómo que cuándo? Pues ayer, después de ver a Bosco. ¿No te estabas disculpando por eso?

«Pensaba que me llamabas la atención por estarte mirando esas tetas divinas que tienes».

—Ah, sí. Sí. Tienes razón.

—Perdona que te lo diga, pero te disculpas de pena. No me está quedando nada claro que lo sientas de verdad.

Bernardo suspiró.

«Céntrate, hombre, que aún va a ser peor el remedio que la enfermedad».

—Victoria, no entiendo lo que hay entre tú y yo. Que quisieras salir conmigo a cenar. Que aguantaras el restaurante penoso que escogí. Que, contra todo pronóstico, nos lo pasáramos bien. Nada me cuadra. No pegamos ni con cola. Nos movemos en mundos distintos. Y eso es una realidad, nos guste o no.

—Te recuerdo que estás en mi casa para disculparte, no para que sienta pena por tu complejo de inferioridad.

—No te andas con tonterías, ¿eh?

—Pues no. Ya te lo dije.

—Es cierto. Yo tampoco. Y, tal y como te dije antes de que apareciera ese tío, me siento atraído por ti, de una forma intensa y vergonzosa, porque no puedo hacer nada para remediarlo. Por eso me lancé contigo y te pedí que nos fuéramos a otro sitio para estar solos. Te deseaba más de lo que puedas imaginar. Así que cuando vi que ese que decía ser tu novio se presentaba en la mesa, pensé que me habías utilizado. No había otra explicación posible. Te había confesado lo mucho que te anheló; o sea que supuse que ya habías conseguido tu propósito: dejarme en ridículo.

—Recuerdas que acabamos en el Ciudad Condal de casualidad, ¿verdad? Porque me citaste en otro restaurante. No cogí el móvil en ningún momento desde que nos sentamos. ¿Cómo iba a avisarle de que estábamos allí?

—Sí, lo sé. Pero, aunque no le hubieras dicho que viniera, el único motivo lógico para que cenaras conmigo seguía siendo que intentaras darle celos.

—¿Esta es tu manera retorcida de disculparte? Porque me parece que sigues acusándome de lo mismo. Tengo la sensación de que estamos andando en círculos.

—Te estoy explicando lo que pensé en aquel momento. Mi excusa es que lo que sentí me cogió desprevenido y no reaccioné bien. Al fin y al cabo, eres guapísima; y ya te expliqué cómo me había ido con las chicas guapas con las que había intentado salir.

—¿Aún sigues pensando que detrás de todo esto hay algún plan malvado para utilizarte?

—Todavía no entiendo por qué aceptaste salir a cenar conmigo. No tiene ningún sentido. Esa parte sigue igual; sin embargo, te creo cuando dices que no has intentado aprovecharte de mí.

—¿Aprovecharme? ¿Como si fuera una perversa y tú un inocente jovenzuelo? ¿Eso tiene más lógica para ti?

—Sí, de acuerdo. Suena ridículo. Como si alguien como tú pudiera interesarse por un tipo como yo.

Bernardo se rascó el cogote, como si le dolieran las cervicales de estar en tensión y de no saber a dónde mirar.

—Además, no es mi novio —puntualizó con suavidad acercándose a él.

—¿Se lo has dejado claro? Porque parece que él sigue pensando que lo es.

—Ese no es mi problema. Las películas que se pueda montar no son mi responsabilidad. Lo vi con otra, le dije que ya le enviaría las cosas que se había dejado en mi casa y me despedí.

—Ya... supongo que perderte ha sido duro para él.

—No lo creo.

—Te vendes mal.

—No. Confío en mí. Sé cuáles son mis puntos fuertes. Creo que soy una mujer estupenda. Pero Bosco y yo no teníamos nada especial. Salía con él, como he salido con muchos otros antes, pero simplemente ha sido una relación que ha pasado sin pena ni gloria. La verdad es que aún no he encontrado a alguien de quien enamorarme. ¿Tú te has enamorado alguna vez? —susurró.

—Vaya. —Carraspeó—. ¿Vamos a tener una conversación profunda?

—A diferencia de lo que crees, no me gustan los jueguecitos. Voy de cara y soy muy sincera, quizás demasiado.

El aire acondicionado les erizaba la piel, pero en su interior seguían sintiendo calor. Casi estaban uno en brazos del otro. Mirándose a los ojos. Sintiendo el latido atronador de sus corazones subiendo por la garganta.

—¿Me vas a responder con franqueza qué quieres de mí? —preguntó con un tono ronco que hizo vibrar a Victoria.

—No. Si te contesto a eso, sé que te voy a asustar. Lo que sí te puedo garantizar es que jamás te voy a mentir ni voy a jugar contigo.

Bernardo se fue acercando a su boca. Se detuvo unos milímetros antes de besarla.

—Siento de veras lo que pasó ayer. Espero que perdones mi salida de tono.

—¿Por qué te disculpas justo ahora? —murmuró.

—Porque quiero saldar mi deuda antes de besarte.

—¿Vas a besarme, Bernardo? —musitó con una sonrisa.

—¿Tú qué quieres, Victoria?

—Que no preguntes tanto.

CAPÍTULO 20

Victoria llevaba un rato respirando con dificultad.

Le costaba hablar con normalidad, y solo podía susurrar.

No le salía más voz que esa.

Bernardo estaba a punto de besarla y ella deseaba con desesperación ese beso.

Durante la conversación se fijó en los detalles de su rostro, sus iris tenían dos colores y se fundían en oleadas, del marrón pasaba al verde y del verde al marrón. Jamás había visto unos ojos tan fascinantes y hermosos.

Su nariz era grande, como sus facciones, y no se había dado cuenta hasta entonces de la personalidad y fortaleza que otorgaba a su rostro.

Y su boca tenía una pequeña cicatriz que le daba un aspecto salvaje que quería probar.

¿Cómo lo había confundido con un simple feo? Aquel hombre era atractivo a rabiar. Y le hacía sentir cosas que en la vida había experimentado.

Bernardo se abalanzó sobre ella, y Victoria acusó el impacto y se inclinó hacia atrás. Acabó tendida encima del sofá con Bernardo encima.

Él tenía su cara cogida entre las manos, como si no quisiera que se escapara, bebiéndose el aliento de Victoria y respirando su deseo.

Ella lo estaba abrazando, mientras clavaba sus pechos en su torso y emitía pequeños gemidos.

Él se había endurecido y se frotaba sin control sobre ella. No dejaba de besarla, frenético, como si de un momento a otro fuera a despertar de un sueño y se quisiera dar un festín con sus labios antes de tener que renunciar a ellos. Victoria lo acercaba más a ella, como si el hecho de estar pegados no fuera suficiente y anhelara más.

Cuando Victoria lo abrazó con sus piernas, Bernardo se sumió en la locura; actuando por instinto, se llevó la mano a la cremallera del pantalón para bajarla y no pudo evitar acariciar por encima de la ropa el sexo de Victoria.

Victoria jadeó, y quiso quitarse los pantalones. Allí, entre la esponjosidad de ella y la dureza de él, sus manos se encontraron y se entrelazaron. Aquel contacto de su piel, más que los besos, fue tan íntimo, que un latigazo de cordura hizo que Bernardo se sentara de golpe, aturdido.

Vio a Victoria abierta para él, sonrojada, con los labios hinchados, las pupilas dilatadas y el pecho subiendo y bajando con inhalaciones rápidas.

—Lo siento, Victoria. No estaba pensando con claridad. Perdona por abalanzarme de esa manera. Seguro que no estás acostumbrada a este trato. Yo...

Victoria jadeaba. Se puso una mano al pecho para intentar ralentizar el corazón que galopaba salvajemente como si quisiera salirse de las costillas.

—¿Eso ha sido un beso?

—Sí, bueno. No sé muy bien qué ha sido. Creo que es mejor que me vaya.

«No respondo de mí si permanezco a su lado un segundo más», pensó.

—¿Por qué te quieres ir? —preguntó confusa.

—Si me quedo, no me voy a conformar con unos besos, y no creo que estés dispuesta...

—¿Te parece que no lo estoy? —interrumpió.

Bernardo la observó un momento, indeciso, y luego cerró los ojos, intentando mantener su

excitación a raya. No había perdido tanto el control de su cuerpo desde que era adolescente.

—¿Estamos hablando de lo mismo? Quiero estar seguro de no malinterpretar la situación.

—Bernardo, te deseo. Ese beso me ha dejado... ansiosa —sonrió—, con ganas de más. Me gustaría seguir. A poder ser en mi cama.

Bernardo abrió los ojos de golpe. Estaba concentrado para bajar su erección, y no lo había conseguido en absoluto. Pero una afirmación así consiguió que aún se endureciera más.

—Oh —dijo Victoria fingiendo pena—, ya lo entiendo. ¿Eres virgen y no sabes cómo seguir? Te puedo enseñar, Bernardo, no te preocupes.

Él se carcajeó.

—Pensaba que serías de las que no se acuestan en la primera cita.

—Técnicamente, esto no es una cita. Y de serlo, no sería la primera.

—Victoria —aseguró en todo depredador, eliminada cualquier cautela—, te voy a comer entera. Te voy a devorar. Y cuando acabe contigo vas a querer más.

—Ay, Bernardo. Voy a hacer que tu mundo se tambalee. Cuando acabemos no vas a recordar ni cómo te llamas.

Victoria se levantó del sofá con sensualidad. Se quitó la camiseta y se desabrochó el pantalón. Fue hasta su habitación en ropa interior. Bernardo no quiso quitarle los ojos de encima ni un momento, no quería desperdiciar ni un segundo en quitarse la ropa. Así que aún vestido, siguió observando a Victoria, que ya estaba en la cama, y estaba deslizando su tanga por las piernas maravillosas que tanto ponían a Bernardo.

Después de eso, se desvistió a toda prisa. Y desnudo por completo, erguido y orgulloso, se atrevió a darle una última oportunidad a Victoria.

—Puedo bajar las persianas y apagar la luz, si quieres.

—¿Y por qué demonios ibas a hacer eso?

—Quizás no te sientas cómoda con un feo entre tus piernas.

Victoria se rio con deleite.

—Bernardo, eres el feo más guapo que he visto en mi vida. Ven, que quiero tocarte.

CAPÍTULO 21

Bernardo no sabía por dónde empezar. Deseaba tantas cosas que le era imposible decidirse por una sola.

No sabía si podía hacer lo que le viniera en gana, si experimentarían un sexo de mete-saca buscando el propio placer en el otro o si —aunque se redujera a un único encuentro— podrían tener una relación erótica sincera.

—¿Bernardo? ¿Qué pasa?

Había algo que él había deseado desde que la vio por primera vez.

—¿Puedo pedirte algo?

—Puedes. Otra cosa es que te lo conceda.

Bernardo tragó saliva, se sintió desprotegido al expresar sus deseos y bajar su coraza ante ella. Sin embargo, no dejaba de darle vueltas al asunto y no podía quitárselo de la cabeza.

Para estar con una mujer como Victoria, debía ser valiente, y lo era. El problema es que jamás se había encontrado con alguien tan inaccesible que le gustara tanto. Estaba en terreno desconocido.

Pero ella merecía todo su arrojo, y él también.

—¿Podrías...

—¿Sí?

—Ponerte esos zapatos rojos que llevabas el día que te conocí.

A Victoria le sorprendió la petición, porque eso quería decir que la había deseado desde el primer momento, al igual que le había pasado a ella.

Sin embargo, notaba que Bernardo estaba incómodo, y la estaba tratando como si fuera una mujer inalcanzable para él.

De hecho, justamente eso era lo que había deseado: encontrar un feo que se sintiera tan agradecido por sus atenciones que se enamorara perdidamente de ella y no la dejara jamás, pero se había dado cuenta de que en realidad anhelaba otra cosa.

Quería una relación equitativa, no de sumisión.

Quería que Bernardo la llegara a amar algún día, no que la idolatrara.

Quería que se sintiera cómodo con ella, no que se considerara tan inferior que estuviera siempre en alerta.

Así que decidió decir algo inesperado, algo que rompiera esa tensión que emanaba de Bernardo. Quería pasión, diversión y emoción.

Impulsividad.

Victoria se encogió de hombros, fingiendo timidez.

—Yo también quiero pedirte algo, ¿puedo?

—Claro.

—Me excita mucho pensar en ti, desnudo, con unos zapatos míos de tacón. Ya sé que te van a ir pequeños. Pero es que solo de pensarlo me humedezco.

Bernardo se quedó de piedra, excepto en la parte de su anatomía donde la dureza era tan importante en aquel momento. Ni las cacas ni los mocos ni los vómitos imaginados de su sobrina habían sido tan efectivos como aquello.

No lograría enderezar su masculinidad si se ponía zapatos de tacón. Ahora mismo estaba

menguando a pasos agigantados. Es que no valía la pena ni intentarlo por conseguir un polvo. Aunque fuera uno entre las piernas maravillosas de Victoria.

—Yo...

—No me niego a ponérmelos yo también —dijo aguantándose la risa—, simplemente quiero que tú hagas lo mismo.

—He estado en el paraíso durante unos instantes, pero es que no...

Victoria se levantó, gloriosamente desnuda, y se dirigió a su vestidor. Volvió calzada con aquellos zapatos rojos que Bernardo no podía sacar de su mente.

Él sabía que ninguna imagen que viera a partir de aquel momento podría estar a la altura. Su pene pensaba lo mismo, que se irguió con anhelo para alcanzarla.

—Gracias por las vistas —dijo con tristeza—; pero no me voy a poner ninguno de tus zapatos. Lo siento. Porque me encantaría retozar contigo, pero si vuelvo a imaginarme con zapatos de tacón puestos, no te voy a servir de nada.

—Menos mal —se carcajeó Victoria.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido—. ¿Pero no me has pedido que me los pusiera?

Victoria se acercó, entre sensual y tierna, con una sonrisa dulce en su bello rostro.

—Bernardo —dijo mientras le acariciaba la cara—, estabas tenso, nervioso. Contra todo pronóstico, parece que me gustas. Mucho. Te encuentro atractivo, te deseo. Y quiero que te sientas libre de hacer lo que te apetezca conmigo. Si hay algo con lo que no me sienta cómoda, ya te lo diré. Pero no vayas con cuidado, no soy una muñequita de porcelana. Deja que te sienta. Quiero notar tu rudeza en mi piel. No pienses en si soy delicada o en si me voy a romper. Vamos a ver a qué sabemos, a qué olemos, cómo reaccionamos a nuestro tacto. Y luego, ya se verá.

Bernardo tardó menos de un segundo en reaccionar.

—Arpía.

Mordisco en la clavícula.

—Malvada.

Mordisco en el cuello.

—Pérfida.

Mordisco encima de un pecho.

—Preciosa.

Bernardo se lanzó a sus labios otra vez. La cogió en volandas y la tiró en la cama. Se abalanzó sobre ella sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla.

Victoria necesitaba respirar, el peso de Bernardo encima de ella le quitaba aún más oxígeno que la excitación, así que le dio la vuelta y se puso ella encima. Se dejó caer encima de la erección de Bernardo y gritaron los dos.

Victoria no se había sentido jamás tan salvaje.

No había sido consciente de cuánto se había reprimido hasta entonces.

Todos los Ken con los que se había acostado palidecían al lado de ese hombre tan masculino. Era como comparar la estatua del David de Miguel Ángel con un guerrero maorí. El primero era la belleza hecha piedra, el segundo era una fuerza imparable de la naturaleza.

¿Cómo era posible que hubiera acabado encontrando atractivo a un feo como Bernardo?

Quizás tenía algo que ver lo que estaba haciendo con su cuerpo. Le estaba arrancando placer con metódica anarquía.

—¿Estás bien? —preguntó Bernardo cuando una de sus estocadas llegó hasta lo más profundo.

—Mis gemidos no son de dolor, si es eso lo que preguntas.

—¿Sigo entonces?

—Como pares ahora, tus gritos sí que serán de dolor.

—Tus deseos son órdenes para mí —aceptó más que crecido.

Siguieron, claro.

En el camino de la conquista por la íntima satisfacción, ambos descubrieron que jamás habían tenido una experiencia más increíble y perfecta que aquella.

Bernardo se comportó como un auténtico caballero cuando se negó el placer hasta que Victoria obtuvo el suyo. No tardó demasiado en seguirle porque los aullidos de Victoria y sus eróticas contracciones aceleraron su final.

Se separaron, aún jadeando.

—¿Qué demonios ha sido esto? —consiguió articular Bernardo.

—Te dije que iba a hacer que tu mundo se tambaleara.

Victoria se levantó, ágil, como si lo que acababa de pasar entre las sábanas la hubiera recargado de energía. Después de limpiarse, acercó una toalla mojada a Bernardo.

—Por si no te puedes mover —dijo risueña levantando una ceja.

Bernardo seguía resollando.

La miró como si no fuera capaz de asumir lo que acababan de hacer.

—Tengo que deshacerme del preservativo. Ahora vuelvo.

En el baño, Bernardo se recompuso un poco. ¿Qué diablos había pasado?

No había imaginado que, después de la satisfacción, permanecería en él el anhelo de volver al lado de Victoria, que sentiría deseos de acariciar su suavidad, que necesitaría volver a vislumbrar aquella ceja insolente que le provocaba.

Quería volver a besarla para hacerle saber que aquello había sido mucho más que un mero polvo.

Le urgía saber cómo se sentía ella.

Y eso fue lo que más miedo le dio: entender que ya estaba perdido por haber caído con todo el equipo con una mujer como Victoria.

Cuando se adecentó un poco y volvió a la habitación, se la encontró tapada por la sábana.

—¿Ahora te haces la tímida?

—Ahora empiezo a acusar el aire acondicionado. Está a tope. Pero te veo bastante acalorado aún. He pensado que lo seguirías necesitando.

Bernardo estaba un poco incómodo al no saber qué esperaba ella de él ahora que ya habían acabado.

¿Qué venía a continuación? ¿Se largaba? ¿Se quedaba?

—¿Qué quieres que haga, Victoria? ¿Desaparezco ya?

A Victoria se le congeló la sonrisa postcoital.

—¿Prefieres irte?

—Si soy sincero...

—Sí, por favor, sé honesto con esto. Yo también voy un poco a ciegas.

—Pues me gustaría repetir —dijo con el único deseo sincero que se podía permitir expresar en aquellos momentos.

Victoria soltó una carcajada.

—¿Ya?

—Dame unos minutos.

—Entonces ven.

Bernardo se echó en la cama. No necesitó una sábana para cubrirse porque, efectivamente, todavía sentía calor. Se tumbó boca arriba. Con miedo a rozarse con ella. Esa intimidad aún le era embarazosa.

Pero Victoria iba a por todas. Tocar aquel pecho masculino sin depilar la había vuelto loca y quería seguir acariciándolo.

—¿Puedo?

—Has tocado ya lo que has querido, no tienes que pedirme permiso.

—Sí que tengo que preguntar, porque ahora sería más que sexo.

A Bernardo se le encogieron las tripas —o algo situado un poco más abajo—. Aquello era lo que ansiaba en realidad, pero le asustaban las implicaciones de soñar con algo que a todas luces era imposible. Sin embargo, al menos durante aquella noche, estaba allí, disfrutando. No quería pensar en lo que pasaría más adelante. Así que cogió la mano de Victoria y la puso sobre su torso.

Victoria sonrió complacida.

—¿Aún te apetece que te explique por qué antes estaba triste?

—¿Quieres contármelo?

—Por extraño que parezca, sí.

Bernardo se permitió acariciarla a su vez.

—Por extraño que parezca, a mí también me apetece que me lo cuentes.

Ya gestionaría el miedo por aquella nueva intimidad que no sabía a dónde le conduciría.

Se sentía pletórico porque Victoria no solo le hubiera entregado su cuerpo, sino que quisiera entregarle una parte de su corazón. Una esperanza de que lo que había entre ellos fuera posible lo sosegó.

Y, una vez más, ella logró sorprenderlo.

CAPÍTULO 22

—Soy hija única —empezó—. Y mis padres siempre han estado muy ocupados.

—¿Los ricos trabajan?

—Tal vez más que otros que no lo son tanto, porque viven para ello, y toda su vida se convierte en trabajo. Las cenas en casa muchas veces son con clientes, las vacaciones quizás se aprovechan para cerrar negocios. En ocasiones, todo se hace un poco complicado, pero siempre lo he visto normal.

—Pero tu madre sería de las que no trabajaban, ¿no?

—No sé qué te hace pensar eso. Mi madre ha trabajado muy duro codo con codo con mi padre. Mis padres se casaron enamorados, y siguen amándose con locura. Si mi madre no hubiera seguido a mi padre en sus viajes y no se hubiera adaptado a sus horarios, tal vez no les hubiese quedado tiempo para estar juntos.

—E, incluso así, te tuvieron a ti.

—Sí, claro. Y hemos tenido una buena vida familiar. Mis padres han sacado tiempo de donde no había, pero necesitaban a alguien que se ocupara de mí.

—Ya... entiendo a la perfección la situación —afirmó pensando en su sobrina.

—Sí, por suerte, tu hermana te tiene a ti. Mis padres contrataron a una tata. Es lo más parecido a una yaya que he tenido jamás. No conocí a mis abuelos.

—¿A ninguno?

—Bueno, mis padres me tuvieron de mayores, así que mis abuelos eran ya ancianos. Dos de ellos murieron siendo yo muy niña, no me acuerdo de ellos. No quedaba otra opción que tener una yaya por contrato.

—Muy bien.

—Mi tata tiene Alzheimer. No... —tragó un nudo en la garganta—, no siempre se acuerda de mí. No te haces una idea de lo duro que es eso. La ves, la quieres, pero le han arrebatado su consciencia. Es horrible.

—¿Está muy avanzada la enfermedad?

—No muy avanzada, pero no está al principio tampoco.

—Lo siento...

—Ya... mis padres le están pagando todos los cuidados, pero ahora tiene una afección respiratoria y está en el hospital. No nos hemos olvidado de ella. Nosotros no. Tiene cuidadoras en casa de mis padres. Montamos su habitación —muebles, cuadros, objetos personales, cortinas...— en casa para que el entorno le fuera conocido.

—Es muy generoso.

—Es parte de la familia. No la íbamos a abandonar ahora.

—Muchos lo hubieran hecho.

Victoria se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Sin embargo, en el hospital está muy desubicada. Es como si durante las dos semanas que lleva allí la enfermedad hubiese avanzado mucho más rápido. Así que pensé en vestirme como cuando ella me iba a buscar al colegio, quería que al menos me recordara, aunque no me relacionara con la mujer que soy ahora. Su pasado está más nítido que el presente.

—¿Funciona?

—Hoy no. Por eso he salido tan triste. Cada día que voy hago que escuche canciones. Tanto de su época como de anuncios de la tele de cuando yo era pequeña y me daba la merienda en casa.

—¡Canciones! No se me hubiera ocurrido.

—A mí tampoco, la verdad. Los médicos nos explicaron cosas que podían ayudarla, también he leído bastantes artículos sobre la enfermedad.

—Ven aquí.

Bernardo la abrazó. Absorbiendo su pena como si fuera una esponja.

Odiando no poder hacer más por ella.

—Eres una persona maravillosa.

—Ya... y eso que soy guapa —susurró.

—Y arpía... —dijo para que se riera.

—No le he contado esto a nadie —dijo ocultando en sus palabras su petición de confidencialidad y respeto.

Victoria había decidido ser valiente con sus sentimientos, pero tenía miedo de lo que Bernardo pudiera hacer con su corazón al haberse expuesto tanto.

Bernardo tragó saliva.

Sabía que era un momento trascendente, y estaba muerto de miedo. ¿Era posible que ella sintiera lo mismo que él?

—No te preocupes por esto. Me doy cuenta del regalo que me has dado con esta confesión y de lo duro que es para ti. ¿Cómo puedo hacerte sentir mejor?

—Bésame.

Bernardo la besó con la delicadeza que no había tenido antes. La acarició con reverencia y la hizo estremecer.

Victoria se aferraba a Bernardo como si fuera su tabla salvadora. Devolviendo sus besos con aún más ternura. Sintiendo por primera vez que hacía el amor.

—Bernardo...

Victoria jamás había dejado que nadie que no fuera ella tomara las riendas de su vida.

Había buscado sin cesar el amor, porque pensaba que sería bonito y mágico, pero no había pensado en la vulnerabilidad que acarrearaba.

Amar era de osados —o de locos o de ingenuos, no tenía clara la diferencia—.

Ceder el control era otorgar demasiado poder a otra persona, y la hacía sentir des-protegida, desnuda.

Confiar en Bernardo era un acto de valentía basado en la esperanza de que su corazón no se hubiera equivocado.

Se sentía abrumada por haber descubierto todo aquello mientras él la estaba amando con su cuerpo.

Lo miró con descarnada sinceridad. Feliz.

Bernardo entendió y la acarició con delicada fuerza.

—Te tengo. Suéltate que yo te cojo.

Y Victoria se dejó ir, con un suspiro ahogado que parecía un lamento. Bernardo terminó con el corazón saliéndole del pecho y completamente aterrado de lo que estaba sintiendo por aquella mujer tan extraordinaria.

Victoria le besó otra vez en los labios. Y sonrió, confiada.

Esa vez, un apacible sopor se apoderó de ella.

Bernardo se levantó.
Se deshizo del profiláctico. Se lavó.
Y miró como Victoria estaba plácidamente dormida.
Lo había seducido con aquellas piernas de escándalo.
Se había hecho un hueco en su corazón con aquella mirada tierna a su sobrina.
Lo había estimulado con su conversación.
El sexo había cumplido sus más altas expectativas.
Le había regalado su confianza con aquella confesión.
Pero era guapa, y rica, y juntos no pegaban nada. Aunque lo deseara. Que además fuera buena persona lo dejaba fuera de combate.
¿Qué diantres le podía ofrecer él?
Hasta dentro de tres años no viviría en un piso propio. Incluso después tendría obligaciones parentales. No era más que un simple fotógrafo. Y además era feo.
¿Y quién era ella?
Una mujer de una belleza espectacular, de clase alta, inteligente, con un negocio próspero que además se preocupaba por los suyos.
No podía arruinar su vida con un don nadie.
Pero se desgarraba por dentro solo de pensar en prohibirse su contacto una vez la había probado, en negarse el placer de su compañía. No podía renunciar a ella.
Se sentó a su lado. Le apartó un mechón de cabello que se había deslizado sobre sus ojos. Necesitaba seguir contemplándola. Y en eso estaba cuando una mota de color encima de su mesilla de noche le llamó la atención.
Era una libreta muy femenina, con una ilustración de una chica de rubios y sedosos cabellos coronados de estrellas. Cogió la libreta con reverencia. Como si una pieza más del rompecabezas que era Victoria se colocara en su sitio.
Había un boli dentro que hacía de marcapáginas. Bernardo se sintió tentado de abrir la libreta, de curiosear qué había escrito, de conocer más a la extraordinaria mujer que descansaba en la cama. Pero no quería invadir su privacidad.
Un movimiento brusco de Victoria lo sobresaltó e hizo que la libreta cayera al suelo. El bolígrafo rodó hasta la pared.
Bernardo lo recogió y abrió la libreta para colocar el boli en la última página escrita. Y entonces lo vio:

REQUISITOS DEL PRÓXIMO HOMBRE CON EL QUE SALGA

Había una lista. Una terrible lista que lo puso ante el espejo con el que lo miraba Victoria.

- } Que sea feo
- } Que sea limpio
- } ~~Que no huela mal~~ (hay atenuantes)
- } Que se sienta muy agradecido por estar conmigo

- } Que esté fuera de mi círculo social
- } Que esté desesperado

No quiso seguir leyendo. Le estaba haciendo demasiado daño. Él cumplía todos los requerimientos de la lista.

¿Acaso había sido un experimento?

Se le fueron los ojos a otra lista.

PROS Y CONTRAS DE SALIR CON BERNARDO

- } Es feo (muy feo)
- } Es vulgar
- } Es borde
- } Es seco
- } Es antipático

No encontraba nada bueno en aquella lista. No había nada en él que ella considerara que merecía la pena.

Había fisgoneado detrás de la puerta de la intimidad de Victoria. Y quien escucha a hurtadillas, su mal oye. No tendría que haber abierto la maldita libreta.

Daba igual lo atraído que se sintiera por ella.

Daba igual que supiera que ella estaba muy por encima de él; leerlo le había dolido.

Daba igual que hubiera tenido el sexo más alucinante que había experimentado jamás.

Daba igual la complicidad que había creído sentir.

Todo era mentira.

Tenía ganas de despertarla y de poner la evidencia de su juego ante ella. A ver qué decía entonces. Pero no hizo nada de eso.

Se vistió. Subió la temperatura del aire acondicionado para que no hiciera tanto frío.

Salió de su casa haciendo el menor ruido posible.

Cogió el móvil y le envió un mensaje.

«Hasta aquí».

Y después la bloqueó.

CAPÍTULO 23

«Hasta aquí».

¿Hasta aquí de qué? ¿Qué porquería de mensaje era ese?

Se había despertado de la siesta tardía feliz, ignorante de que Bernardo había desaparecido sin despedirse. Fue un momento de desconcierto seguido de un arrebato de furia.

Cuando Victoria fue a contestarle cuatro frescas, se dio cuenta de que la había bloqueado.

Pues necesitaba decirle algo, porque, si su boca callaba, su cuerpo gritaría —de dolor, de traición, de incompreensión—.

Le envió un correo electrónico.

«Capullo cobarde».

Y se sintió más a gusto.

Pero después vino la tristeza.

Que Bernardo la hubiera abandonado después de abrirse en canal ante él la hacía sentir estúpida. Y eso que no le había dicho que se había enamorado. Sabía que el amor tardaría en llegar, que querer a alguien requiere tiempo, pero lo que sentía en el pecho cuando pensaba en él no eran imaginaciones suyas. Era el principio de algo que habría podido ser hermoso.

Se sentía vulnerable, al descubierto, había confiado en él y la había decepcionado. Quizás no era tan hombre como ella había supuesto. Si no era capaz de darse cuenta del inmenso regalo que les había hecho el azar al ponerlos en el mismo camino, es que no merecía ninguna atención más por su parte.

No supo por qué empezó a llorar.

Tal vez aún estaba conmocionada por cómo había ido la visita a la tata aquella tarde.

No entendía aquel ahogo en el pecho, aquellos pensamientos recurrentes, aquel pesar en el cuerpo.

Y decidió ponerse a trabajar en esclarecer qué pasaba con la tarjeta de Tatiana. Necesitaba despejar su mente de lo que Bernardo la hacía sentir.

Había llegado el momento de poner fin a la búsqueda de su hombre ideal. Se le habían agotado las ganas. Acaso no estaba hecha para tener pareja. Lo que tenía muy claro es que no quería malgastar su tiempo con alguien que no la mereciera.

Y se puso a trabajar para olvidar el malestar sordo que se había apoderado de ella.

Ya delante del ordenador fue marcando los gastos que le parecían sospechosos de no corresponderse con pagos auténticos de su empresa.

Había transferencias no muy grandes a una compañía de materiales que no le sonaba de nada. Las facturas no eran muy elevadas, pero había muchas, así que el total sí que era importante.

Luego había cargos de restaurantes, hoteles y viajes, que coincidían con momentos de ocio de Tatiana.

Tatiana controlaba la agenda de compromisos de Victoria y Victoria pidió lo mismo con la agenda de Tatiana. Era mucho más cómodo a la hora de organizar citas con las clientas. Así que tenía acceso a sus actividades. Victoria le había pedido que, como los horarios de trabajo eran flexibles, cuando tuviera un compromiso personal lo incluyera también en la agenda. No hacía falta detallar qué hacía, con poner «personal» era suficiente, así Victoria sabía que durante ese

tiempo Tatiana no estaba disponible.

No todas las horas reservadas como «personal» habían generado un gasto en la tarjeta de la empresa, pero sí todos los gastos extraños e injustificables —al menos de momento— correspondían a horas personales de Tatiana.

La lista de correlación era abrumadoramente clara. Y era muy doloroso pensar que su amiga de la infancia la había traicionado robándole de aquella manera. Tatiana no tenía necesidades económicas, al contrario. Solo se le ocurría que tuviera problemas, y no se hubiera atrevido a contárselo. Pero algo no le cuadraba en todo aquello.

Recordó a Tatiana de niña, todos los años que llevaban juntas. No, aquello no podía ser.

Tatiana era su amiga, su socia. Victoria sabía muchos de sus secretos, y ella de los suyos; aquello no tenía ningún sentido. Pero, por encima de todo, Tatiana no era una ladrona sin sentimientos. Aquello venía produciéndose desde hacía tres meses, desde entonces se habían reído juntas, se habían explicado confidencias, había habido la misma complicidad de siempre. Algo así no se podía fingir. Y menos con Tatiana, que jamás había sabido poner cara de póker.

Aquello tenía que tener otra explicación.

Como dijo Conan Doyle, una vez descartado lo imposible, lo que quedaba, por improbable que pareciera, debía ser la verdad.

Y con Tatiana, lo imposible era que ella fuera una ladrona, así que, una vez descartada aquella posibilidad, solo tenía que buscar la verdad de lo que había pasado. Pero, ¿cuál podía ser?

En aquel momento llamaron al timbre de su casa. Victoria serenó su corazón y se tomó un tiempo en ir a abrir. Apostaría a que era Bernardo.

Pues que esperara. Que el simple hecho de que viniera a disculparse —otra vez—, no lo eximía de culpa y merecía sufrir un poco.

El timbre volvió a sonar, impertinente. Y Victoria, en vez de ir a abrir, se acercó a la cocina a beber un poco de agua.

«Ahora te esperas, imbécil».

Y volvió a sonar, irritante, insistiendo en su pesadez.

Al fin, se acercó al telefonillo, pero se llevó una sorpresa cuando la cámara de seguridad le mostró la imagen de su ex.

—¿Bosco? ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo subir, Victoria? Necesito hablar contigo.

Victoria no quería que él volviera a entrar en su casa, ni hablar. Pero quizás Bernardo tenía razón y no había sido suficientemente obvia con él en su ruptura. Mejor disipar cualquier malentendido lo más pronto posible.

—Bajo yo.

Cogió unas llaves, se desprendió de su ropa cómoda y se puso un vestido sencillo y unos zapatos.

Bosco la esperaba con un ramo de flores, una sonrisa y una ofrenda de paz. Remiso a reconocer que el hecho de que Victoria hubiese bajado no era buena señal.

—Te lo repito —espetó belicosa—: ¿qué haces aquí?

—¿Podemos ir a algún sitio a hablar?

—No hace falta. Esta conversación no nos va a llevar mucho tiempo.

—Victoria...

—A ver. Parece que no has entendido que el otro día rompí contigo. ¿Necesitas que te lo

diga de otra manera? Pues ahí va una última vez: no quiero seguir saliendo contigo, no vamos a ser amigos, no vamos a tener sexo ocasional, no vamos a llamarnos ni a enviarnos mensajes. Lo que hablamos en la cafetería fue un adiós definitivo. Y esta conversación no se va a volver a repetir. Creo que no puedo ser más franca contigo. Más que clara, he sido cristalina. Así que nada, me subo a mi casa que tengo trabajo.

—Pero yo te quiero explicar...

—Bosco, de verdad, no me interesa nada de lo que me puedas decir.

—¡Ese es siempre el problema! Eres fría, te comportas como un robot. Yo solo quería un poco de tu atención. No es culpa mía si no sabía cómo retenerte. Pero mi intención ha sido siempre estar a tu lado.

—No quiero discutir, Bosco. He tenido un día muy duro como para aguantar ahora tus tonterías. Me da igual lo que pensaras o lo que sintieras. Lo que tienes que entender es que ya no quiero estar contigo. Y no vuelvas a buscarme.

Victoria se dio la vuelta para poner la llave en la cerradura. Pero Bosco quería seguir intentándolo, y creyó que un beso conseguiría derretir el muro de hielo que era su corazón. Así que la giró y la besó con fuerza.

Bernardo llevaba un par de horas insultándose.

El torbellino de emociones que le había provocado Victoria le había nublado el juicio. Que estuviera aterrorizado tampoco había ayudado. Tal y como ella le había dicho, era un capullo cobarde.

Victoria era una diosa, y él se sentía un don nadie a su lado.

Era curioso cómo funcionaba el sentimiento de inferioridad. Él siempre había pensado que era un hombre fuerte, decidido, listo, que estaba satisfecho con su vida.

Tenía un negocio propio. Se había hecho un nombre en el mundillo de la fotografía, le iba francamente bien. Tenía una vida familiar increíble con su sobrina y su hermana. A pesar del cansancio, de las obligaciones y de los malabares con los horarios, jamás hubiera pensado que amar a una criatura tan pequeña pudiera darle tanta felicidad. Tenía sus escarceos sexuales y una familia que le esperaba en casa.

Lo mejor de ambos mundos.

Y una pija de piernas de infarto, había trastocado toda su existencia en apenas unos días.

Lo de las listas había sido un duro golpe. Victoria no se había reprimido nada en sus calificativos.

Pero también dudaba de que ella se hubiera abierto como lo había hecho si no sintiera algo por él.

Así que tenía que apelar a la valentía que en aquel momento lo había abandonado para hablar con ella. Para aclarar las cosas.

Pero no era fácil.

Confiar en que había un malentendido en todo aquello era querer engañarse a sí mismo, porque todo indicaba a que ella había jugado con él. Pero de perdidos al río.

Que le acabara de vapulear el corazón si era eso.

Porque, si había una mínima posibilidad de estar a su lado, quería intentarlo.

Qué miedo.

Se sentía indefenso ante un sentimiento que lo bloqueaba. Y entonces recordó cómo se sintió cuando cogió a su sobrina la primera vez: un patán, pero con la férrea determinación de protegerla de todo y de ofrecerle lo mejor que estuviera en su mano.

Y con Victoria haría lo mismo. Le explicaría con el corazón abierto que quería ir a por todas con ella, que quería arder con ella, que quería ser importante para ella.

Dio la vuelta a su moto y se dirigió a su casa. Tenía prisa por llegar, por hablar con ella y aclarar las cosas.

Y cuando estaba a escasos metros de su portería, vio cómo se besaba con Bosco, que llevaba un ramo de flores y la abrazaba con posesividad.

Aceleró para alejarse del dolor.

Bosco se había aprovechado de su momento de duda.

Victoria había perdonado a Bosco.

Y ahora él tenía que tragarse su estupidez.

Victoria le dio un rodillazo en sus partes. Y como no se quedó del todo satisfecha, le agarró su flácido apéndice y se lo retorció.

Bosco estaba encogido, aullando de dolor.

—Como vuelvas a tocarme, te vas a arrepentir.

Abrió la puerta y se metió en el portal de su casa sin mirar atrás.

El ramo de flores había caído al suelo.

Bosco se cogió los testículos para aliviar el suplicio que estaba sintiendo —aunque no sirvió de nada—.

De rodillas, humillado y magullado, decidió que sí, que lo había entendido, que Victoria y él ya no tenían ninguna relación.

CAPÍTULO 24

Bernardo había llegado tarde a su casa.

Después de ver a Victoria besándose con Bosco, había perdido la noción del tiempo. No había avisado a Ana de que no lo esperara para cenar. Y su hermana se había angustiado.

Ana estaba en el sofá intentando por todos los medios no quedarse dormida, esperando a Bernardo. Esta vez iba a tener una conversación seria con él.

Bernardo entró arrastrando los pies.

—Ven aquí y desembucha.

—Ana, de verdad, no estoy para nada.

—Que vengas aquí ya. Y no me hagas irte a buscar —dijo autoritaria.

Bernardo suspiró.

—El delirio de la maternidad se te ha subido a la cabeza —se quejó dejándose caer en el sofá.

—Puedo hacerte preguntas o puedes explicarme qué te pasa. Pero llevas unos días muy raro. Y tú no eres así. Me tienes muy preocupada. ¿Es que vivir con nosotras te está complicando la vida y ya no lo soportas más? —preguntó compungida.

—Ana... —murmuró y la abrazó con ternura—. Estar con vosotras es un privilegio. Cuando me echéis de aquí os voy a añorar.

—Si no te echo, igual no te atreves a irte por tu cuenta para que no me lo tome a mal, y quiero que hagas tu vida. Esto no era una condena a perpetuidad. Yo he decidido tener una hija, y no lo hubiera podido hacer sin tu ayuda para criarla, pero esto no tiene por qué eliminar cualquier posibilidad de que tengas tu propia familia.

—No me estáis arruinando nada. Te lo aseguro.

—¿Entonces?

Bernardo apoyó los antebrazos en las piernas. Se frotó el cogote y suspiró.

—Me he enamorado. En tres días. Pero esto no es la felicidad de cuento que te venden. Jamás lo he pasado peor.

—Eso no es bueno... —dijo con cautela.

—También ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo apasionado—. Excepto...

—Sí, nosotras y eso. Ahórratelo. Ya sé lo que quieres decir. ¿Cuál es el problema?

—Ella es perfecta.

—Nadie es perfecto.

—Ya, quizás tengas razón y posea una libreta odiosa en la que deja aflorar su lado oscuro. Pero, si no fuera por eso, no le encontraría ninguna tacha. No hay nadie que esté a su altura...

—Déjame que lo dude.

—Ella lo tiene todo.

—¿Qué es todo?

—Belleza, inteligencia, chispa, bondad, dinero. Todo.

—¿Y no te corresponde?

—Creo que sí, pero me he enterado de unos detalles que hacen que no esté seguro de nada.

—¿Y cómo te has enterado?

—Leí una libreta suya personal.

—¿Con su permiso?

—No.

—Buf, Bernardo. Esas cosas suelen dar pie a malentendidos. Igual no es lo que crees.

—Ya...

El televisor estaba sin volumen, pero seguía emitiendo imágenes.

En la mesa aún había un plato con comida por si quería cenar.

—¿Tienes hambre?

—Canina. ¿Me acompañas?

—Sí. De mí no te vas a escapar tan fácilmente.

Bernardo comía con apetito, Ana solo iba picoteando.

—A ver, que yo lo entienda. Ha escrito cosas que no te han gustado.

—Una lista de requisitos para su próxima conquista. No me deja en buen lugar.

—¿Porque no los cumples?

—Porque los cumplo todos.

—No lo comprendo.

—Sus condiciones son que sea feo, que sea inferior, que me sienta agradecido por estar junto a ella...

—Vaya...

Se callaron para digerir aquello.

—No entiendo que una mujer tan extraordinaria como la que has descrito, se rebaje a buscar un hombre así. No tiene sentido.

—No, no lo tiene. Pero estarás de acuerdo en que cumplo con esos puntos a la perfección.

—¡No es cierto!

Bernardo negaba con convicción.

—Eres mi hermana y me quieres. Tu opinión no cuenta.

—Yo... no sé, Bernardo. Pero, si tú crees que ella es especial, por algo será. Yo confío en tu criterio. Jamás te había visto así.

—Estoy más jodido de lo que me gustaría, sí.

—¿Sabes? En el fondo me recuerda a mí.

Bernardo levantó las cejas sorprendido. Su hermana y Victoria se parecían tanto como un huevo a una castaña.

—Quizás haya puesto tanto empeño en buscar pareja como yo en tener un hijo. Y eso se lo respeto. Luchar por lo que una quiere a veces no es un camino de rosas. Hace que te sientas sola porque no hay mucha gente que te entienda.

—Una inseminación no es lo mismo que aprovecharse de un feo.

—No eres feo y no sabes si se ha aprovechado de ti —puntualizó—, pero se parece en el sentido de ir a por lo que más deseas a pesar de las dificultades. Ve a hablar con ella, anda. Quédate tranquilo con una certeza —sea la que sea— y no con una sospecha. No te tortures pensando en los «¿y si?», y actúa. Pregunta, y sé un hombre para afrontar la respuesta que te dé. No sabes ni siquiera si la lista era suya.

—Sí que lo sé. Estaba en su mesilla de noche.

—¿Os habéis acostado?!

—¿Por qué acabas enterándote de cosas que no te quiero contar? —protestó resignado.

—Es un don.

—Uno muy molesto, por cierto.

Ana negó con la cabeza, con una sonrisa tierna.

Tenía ganas de seguir preguntando, pero su hermano era muy hermético y ya le había agobiado suficiente.

Así que le dio un beso a Bernardo en la cabeza, como si aún fuera un niño, y le deseó buenas noches.

Estaba a punto de salir del comedor cuando Bernardo la detuvo.

Parecía que necesitaba seguir hablando con ella.

—Ana...

—Dime.

—Es que no lo tengo claro. No sé qué hacer. Porque incluso en el mejor de los casos, es decir, que haya habido un malentendido, que ella esté enamorada de mí, que quiera algo conmigo, que me perdone (otra vez) por haber sido un estúpido... no va a funcionar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me juego el corazón en esto, Ana. Y no va a durar a largo plazo. Somos de dos mundos distintos.

—Ni que fueras un alienígena o un animal...

Bernardo se calló el mote que le había puesto Tatiana.

—Hasta donde yo sé, os gustáis. No le veo el problema.

—La clase social, el dinero, el físico...

—Ah, vale. Que tienes prejuicios.

—No son prejuicios, son realidades.

—No la conozco y tampoco sé qué va a pasar en un futuro. Pero sé quién eres tú. Un hombre fuerte, valiente, bueno. No te boicotees a ti mismo. Date una oportunidad de ser feliz.

—No eres imparcial.

—No. No lo soy. Pero, si fuera otro el que te prohibiera estar con ella, ¿le harías caso? No escuches al enemigo que hay dentro de ti. Si yo solo me hubiese centrado en todos los inconvenientes de ser madre sin una pareja, ahora mismo no tendría a mi preciosa hija.

Ana lo volvió a abrazar, ofreciéndole un consuelo que le hacía mucha falta.

—Vete a dormir, Bernardo. Descansa, reposa todo el batiburrillo que tienes en la cabeza y lucha por lo que deseas. Y mañana ve a preguntarle. No des por supuesto ni lo que ha pasado ni sus sentimientos ni su voluntad a que lo vuestro funcione. Igual te sorprende.

CAPÍTULO 25

El lunes Victoria apareció con gafas de sol a trabajar.

Con todo lo que estaba ocurriendo con Bernardo y Tatiana, apenas había dormido. Su cabeza era un torbellino de pensamientos.

Había llorado. Mucho. Pensando en Bernardo. Y eso le daba una rabia tremenda.

Barajó la posibilidad de no ir a trabajar, pero ella no era así. Se reía de aquellos que se dejaban gobernar por sus emociones. Ella podía separar su vida personal de la laboral.

Sin embargo, no se quitaría las gafas de sol por si acaso, que tampoco era cuestión de gritar a los cuatro vientos que estaba triste.

Tatiana entró en su despacho con un café en la mano, mientras Victoria se escondía tras la pantalla de ordenador.

Empezó a parlotear sobre lo que había hecho el fin de semana, ajena a la tensión que había.

—¿Sabes? He decidido darle una oportunidad a Sergio.

Victoria seguía disimulando su estado de tristeza, distrayéndose con algunos pedidos que ya habían encargado incluso antes de que las clientas hubieran visto la nueva colección.

—¿Al final no te estaba engañando y todo eran imaginaciones tuyas?

Tatiana guardó silencio.

—No... estoy segura casi al cien por cien de que me pone los cuernos.

Ante aquella afirmación, Victoria dejó de examinar los documentos que tenía abiertos y le prestó atención.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Desde cuándo te van las relaciones abiertas?

—Desde nunca.

—¿Entonces?

—Sergio es guapo, listo, tiene dinero, me lo paso bien con él. Y al final, ¿qué más da? Todos los hombres son unos cerdos infieles.

—No todos.

—Tu padre no cuenta. De esos ya no quedan.

—¿Por qué querías estar con un hombre que no te merece? No lo puedo entender.

Tatiana se puso a la defensiva.

—¿Y me lo dices tú? Que tienes tanta necesidad de tener un hombre a tu lado que saltas de uno a otro sin tregua ni descanso.

—¿Pero de qué hablas? No necesito un hombre a mi lado. Jamás he necesitado a ninguno. Yo lo que quiero es enamorarme.

—¿Y no es eso lo que queremos todos?

—No. Todos no. Tú te vas a conformar con un impresentable al que no le importas solo por estar con alguien. Ya me dirás qué gracia tiene eso.

Tatiana fue a cerrar la puerta del despacho de Victoria porque estaban levantando la voz. Y cuando se ponían en ese plan se soltaban perlas que no tenían por qué oír el resto de empleados.

—No tienes ni idea. Como tú no tienes sentimientos, te parece normal que los demás estamos bien sin nadie a nuestro alrededor.

—¿Que yo no tengo sentimientos? Mira, Tatiana, te estás pasando. Y me estoy aguantando las ganas de decirte algo de lo que luego me voy a arrepentir. Así que no sigas por ahí.

—No tienes emociones. Cortas con un novio y te da igual. Empiezas con otro, y que te llame o no te deja indiferente. ¡Nunca sufres por nadie!

—¡Qué sabrás tú de lo que sufro o dejo de sufrir! ¡Este fin de semana me han roto el corazón! —sollozó Victoria.

—¿Te han roto el corazón? ¿Quién? ¿Bosco?

Victoria se sonó los mocos.

No se quitó las gafas porque le daba la sensación de que la seguían protegiendo, pero las lágrimas ya no las podía disimular.

—Victoria, ¿qué te pasa? —preguntó preocupada Tatiana mientras la abrazaba, olvidada ya la riña que acababan de tener.

Victoria se aferró a Tatiana, llorando a rienda suelta.

—No soporto llorar —confesó.

—Lo sé. Y aun así no puedes parar. Dime qué te pasa.

Victoria suspiró derrotada.

—Me he enamorado de Bernardo.

—¿Qué Bernardo?

Una chispa de comprensión le hizo abrir los ojos como platos.

—¿Mister Dog?

—Te dije que no lo llamaras así —dijo con debilidad.

—Es que... ya te vale. ¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Pero esto qué ha sido? ¿Un flechazo? ¿Tú? Si apenas han pasado unos días.

—Ya... quién me lo iba a decir.

—Victoria, que es muy feo...

—Qué va... es muy atractivo; tiene encantos ocultos.

Tatiana la miró con sospecha.

—¡No te lo habrás tirado!

—Dos veces —admitió.

—Pues sí que te ha cundido el fin de semana.

—Ya... pero después se fue sin despedirse. Me siento una estúpida.

Tatiana le cogió las manos con cariño y dio un pequeño apretón de consuelo.

—Me duele, Tatiana. Me duele el cuerpo de echarlo de menos. Jamás había sentido algo parecido, y no sé qué se supone que debo hacer —hipó desconsolada—. No tengo experiencia en situaciones así. Pero sí sé que no voy a ir tras él. Bernardo ha decidido y a mí no me toca otra que aceptarlo. Aunque sé que lo ha hecho por cobardía.

—Victoria, ánimo, que no te estás perdiendo nada. No te llega ni a la suela de tus zapatos...

—Te equivocas —contestó con fervor—. Es un hombre extraordinario. Y me he enamorado de él, pero si no quiere estar conmigo, no seré yo quien vaya a convencerlo de lo contrario.

Tatiana se separó de Victoria para darle espacio, para que se sosegara un poco.

—No sé qué ha hecho contigo, pero te lo digo porque te quiero y deseo lo mejor para ti: Bernardo es feo. No pegáis para nada. Seguro que hay un hombre más adecuado para ti esperándote en cualquier parte.

—No sé cómo explicártelo, de verdad que no lo sé, pero he acabado viéndolo guapo.

—¿Cómo es posible algo así? —exclamó asustada—. Que ya sé que dicen que el amor es ciego, pero que también te esté pasando a ti, que eres la persona más cuadrículada que conozco,

es inaudito.

—Quizás es que he empezado a ver a Bernardo no con los ojos, sino con el corazón — murmuró.

Tatiana no se pudo contener más y la abrazó para que Victoria se pudiera desahogar en sollozos; no podía entender ni tolerar que alguien tan poca cosa como Bernardo se atreviera a hacer daño a su amiga.

—Estás hecha un asco. Vete a casa. Descansa. Con esa cara no puedes recibir a nadie.

—No puedo dejar el trabajo por un desengaño amoroso.

—Puedes tomarte un día libre cuando te lo pido yo, que sé que lo necesitas.

Victoria se mordió los labios, todavía remisa a irse.

—Cuando puedas, sube a nuestra página web las fotos que hizo Bernardo de los zapatos de la nueva colección. Te van a encantar. Ha hecho un buen trabajo. Te las he enviado a tu correo.

—Vale, no te preocupes por eso ahora. Hoy mismo estarán, y además enviaré el *mailing* a nuestras clientas anunciándoles que ya pueden hacer sus pedidos. Venga, vete.

Victoria tenía el corazón roto por tantas razones que se sentía débil, pero no podía olvidarse de lo más importante que tenía que hacer antes de irse.

—Tengo que hablar contigo.

—Cualquier cosa puede esperar a mañana.

—Esto no.

Se quitó las gafas de sol porque quería mirarla directamente, aunque el aspecto de los ojos irritados por las lágrimas atenuara un poco el efecto de seriedad que pretendía dar.

—Te he bloqueado la tarjeta de gastos del trabajo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó confundida.

—¿Conoces a esta mercantil? —Le mostró una factura.

—No me suena. No son proveedores nuestros, ¿no?

—No. No lo son. Y, sin embargo, llevamos tres meses pagándoles facturas con tu tarjeta de empresa por suministros que no hemos recibido nunca.

Tatiana palideció. Sabía lo que eso significaba.

—Victoria, yo no...

Victoria levantó la mano para pedirle silencio.

—Hay cargos tuyos...

—Victoria, te lo pido por favor...

—Hay cargos tuyos a restaurantes, a tiendas de ropa, a billetes de avión...

—¿No pensarás que yo...? —suplicó.

—No. No lo pienso. Pero alguien está gastando un dinero de la empresa con tu tarjeta, Tatiana. Y eso no lo puedo consentir. La han duplicado, han conseguido los códigos de acceso... no lo sé. Los del banco lo están investigando. El fraude es importante. Han robado bastante dinero.

—No sé qué decir.

—Pues que pensarás seriamente quién puede haber sido.

A Tatiana le daba vueltas la cabeza. Hasta que cayó en la cuenta de lo que insinuaba Victoria.

—Sergio, no. ¡Es imposible!

—No es imposible, Tatiana. Por favor, averígualo. Eres una mujer excepcional. Y Sergio — además de ser sospechoso de ladrón— es un infiel que no te valora. El amor es precioso, sí. Yo

lo ansío por encima de todo. Pero no a cualquier precio. Salir con alguien por no estar sola es patético, y tú no puedes rebajarte así. Sergio no te merece.

—Bernardo tampoco —atacó.

—Claro que sí. Lo que pasa es que es lento y aún no se ha dado cuenta. A saber qué se le pasó por la cabeza para salir de mi casa de tapadillo. No hay quien entienda a los hombres.

—No puedes hablar en serio.

—¿Sabes? Después de Bosco, y de todos los fracasos anteriores, pensé que la solución era buscar a alguien que fuera inferior a mí —confesó—. Quería estar tan por encima de un hombre que este jamás se planteara dejarme.

—En eso Bernardo se ajusta a tus requerimientos, más bajo no has podido caer —espetó—. Está fuera de tus estándares por completo.

—Quizás en un principio lo creí así, lo admito. Pero luego pensé que la sumisión, el agradecimiento o la adoración que pretendía que sintiera por mí no eran suficientes para lo que yo quería. Eso no es amor.

—Pero se le parece.

—En nada, Tatiana. No se le parece en absoluto. Y me di cuenta de ello justo antes de... —se interrumpió. No iba a hablar de sus preliminares sexuales con Tatiana.

—¿De?

—De saber desde las tripas y desde el corazón que lo necesitaba orgulloso, satisfecho y guerrero, y no retraído ni cohibido. Quiero un hombre, no un perrito faldero.

—Pon un Míster Dog en tu vida... —ironizó.

—Estoy hablando en serio, Tatiana.

Victoria se cruzó de brazos esperando una disculpa.

—Lo siento...

Solo entonces Victoria continuó. No iba a abrirse en canal ante alguien que no la estuviera escuchando de verdad.

—Por una vez he rozado con la punta de los dedos algo indescriptible que aún no he podido agarrar del todo. Y ahora que sé lo que hay, no me pienso conformar con menos. Deberías considerar lo que te he dicho. Te aseguro que no tiene nada que ver salir con alguien a sentirse enamorada. No pierdas el tiempo Sergio; no es digno de ti.

Victoria recogió su mesa.

—Hoy trabajaré desde casa.

Tatiana estaba devastada.

Por complicada que fuera la situación, Victoria siempre se sabía imponer. La había encontrado llorosa, le había confesado su enamoramiento no correspondido por Bernardo y el problema de las cuentas de la empresa, y, sin embargo, no parecía hundida; tan solo triste, pero resuelta a seguir adelante.

Cuando pasó por su lado, Victoria le dio un beso en la mejilla, como si no fuera ella la que necesitara consuelo.

—Hazte valer. Nos haya robado o no, el amor tendría que ser un premio, no una condena a pasar tu vida con un mediocre.

—¿Y si no encuentro a nadie? Odio no tener pareja.

Victoria dejó el bolso en el asiento. Cogió las manos de Tatiana y la miró a los ojos con irrevocable certeza, intentando hacérselo entender.

—Somos mujeres extraordinarias, de éxito, independientes. ¿De qué nos sirve todo esto si

dejamos entrar en nuestra vida a personas que merman nuestro potencial, se nutren de nuestros logros y hacen que nos sintamos menos de lo que somos? Amar es otra cosa, Tatiana. Más vale estar sola que mal acompañada.

Victoria se volvió a poner las gafas de sol y salió del despacho. Aunque lo gritaran sus ojos rojos, se calló el dolor que le provocaba que lo de Bernardo no hubiera salido bien.

Ella era una mujer de perseguir lo que quería, pero no en esta ocasión. Se había abierto para él y la había rechazado.

A veces la valentía radicaba en aceptar una derrota.

CAPÍTULO 26

Bernardo fue a las oficinas de Victoria apenas media hora después de que ella se hubiese ido.

Si no se hubiera encontrado con todos los semáforos en rojo, quizás hubiese llegado a tiempo de verla antes de que se fuera a su casa.

Tatiana estaba en el despacho de Victoria, repasando la lista que le había dejado con los gastos injustificados y el detalle del día y la hora en los que habían tenido lugar.

Sacó su agenda personal y fue cruzando datos.

Y lo que descubrió fue hartamente doloroso. A veces, para creer, hay que ver.

El fin de semana de Ibiza, regalo de Sergio para cargar pilas para la nueva temporada de diseños, con su tarjeta de la empresa.

El bolso de Ferragamo, regalo de Sergio por su cumpleaños, con su tarjeta de la empresa.

La cena en el restaurante Torre d'alta mar, regalo de Sergio por ser una novia maravillosa, con su tarjeta de la empresa.

No descansó hasta que la lista estuvo completa.

Se le habían saltado las lágrimas en los primeros apuntes, pero luego la rabia y el bochorno habían hecho su aparición.

Sergio le había dicho que la amaba.

Sergio la había tratado con —falsa— adoración.

Sergio era todo lo que pensaba que quería.

Y, sin embargo, la había humillado, la había traicionado y la había estafado.

No podía soportar la sensación de estupidez que la embargaba.

¿Por qué no había sido capaz de descubrir la falsedad en él?

¿Por qué había sido tan crédula como para caer en el truco más viejo del mundo?

Maldito Sergio.

Iba a denunciar a ese cabrón.

Iba a ir a la policía con todas esas pruebas. Que tiraran ellos del hilo a partir de la compañía falsa que les estaba emitiendo facturas, porque no sabía cuán difícil sería demostrar que no había sido ella quien había pagado todos esos regalos.

Al menos, Victoria no había dudado de ella, y aquello le daba una fuerza que no sabía que albergaba en su interior. No la defraudaría.

Quería corresponder a esa confianza de manera contundente.

Tatiana estaba bien relacionada, gestionaba con éxito las redes sociales. Ese cerdo no se iba a ir de rositas.

Se iba a enterar todo el mundo.

Ya hablaría con Victoria de cómo proceder para que no quedara impune. Seguro que entre las dos encontrarían la forma.

En ese momento sonó el teléfono del despacho.

La recepcionista anunciaba a Bernardo, que quería ver a Victoria.

—Dile que puede subir —dijo con ganas de desquitarse con aquel imbécil que había hecho sufrir a su amiga del alma. Iba a verter en Mister Dog toda la ira que sentía en ese momento.

—Perdona —dijo dando un paso atrás en cuanto vio a Tatiana sentada detrás de la mesa—. Pensaba que este era el despacho de Victoria.

—Victoria no está, pero puedes hablar conmigo.

—No, lo siento. Es algo personal.

—Tú has perdido el derecho de tener algo personal con ella.

Bernardo evaluó la situación. Tatiana parecía desquiciada.

—¿Victoria está bien?

—¿A ti qué te importa... Míster Dog?

—Guau... ¿Ya te atreves a decírmelo a la cara?

—No tienes vergüenza.

—¿Intuyo que Victoria te ha explicado algo?

—No —dijo de pronto alerta.

Como Victoria se enterara de que le había confesado a Bernardo que ella le echaba de menos y se sentía fatal, la mataría. Menuda era Victoria, odiaba dejar al descubierto cualquier muestra de vulnerabilidad.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que he hecho mal?

Tatiana tenía demasiadas cosas en la cabeza como para inventarse una excusa.

Sergio y su traición.

Victoria y su dolor.

Ella y su ingenuidad.

—Vas a tener que explicarme qué quieres hablar con Victoria —exigió con una seguridad que no sentía.

No quería que Bernardo le sonsacara información.

Él la observó. Y decidió confiar en el criterio de Victoria cuando había hablado de su amiga. Él quería recuperarla, hablar con ella, saber si aún tenía alguna posibilidad. Y, de momento, el único camino que veía era Tatiana.

Después de hablar la noche anterior con su hermana, le hizo caso a medias: sí que le dio mil vueltas a lo que sentía, pero no pudo dormir demasiado.

Él no hacía listas, no planificaba, no tenía una vida ordenada.

No sabía analizar los pros y los contras como había hecho Victoria en aquella odiosa libreta.

Pero sentía. Y anhelaba. Y amaba. Y deseaba.

Y por encima de todo lo demás, era lo suficientemente valiente como para ofrecer a Victoria un hombre que estuviera a su altura.

Que tuviera las agallas de confesar que quería estar con ella.

Que no tuviera miedo de aceptar sus sentimientos.

Había llegado a sus oficinas sin un plan demasiado elaborado. Preguntar, escuchar y lanzarse. O no.

Sin embargo, en vez de ver a Victoria se había encontrado a Tatiana, y en su cabeza se estaba gestando una idea descabellada. Loca.

—Victoria cree que eres buena persona y muy competente en tu trabajo.

Tatiana no se esperaba aquello. Con las emociones y la gratitud que sentía hacia su amiga por la confianza que había tenido en ella, no pudo impedir que se le saltaran unas lágrimas.

—Oye, ¿estás bien?

—Esto no va de mí —respondió Tatiana—. ¿Cuándo te dijo eso?

—El sábado, durante nuestra cena.

—¿Por qué me mencionó?

—Victoria me dijo que os conocéis desde niñas, que creíste en su proyecto, que era feliz por tenerte a su lado.

Tatiana apenas podía reprimir la congoja de saber que Victoria hablaba así de ella, y más cuando jamás expresaba sus sentimientos. Hipó un sollozo ahogado.

—¿Seguro que estás bien? —se preocupó.

—Olvídame —pidió mortificada por su falta de control.

—Como quieras. Pero necesito tu ayuda.

—¿Qué te hace pensar que te voy a ayudar? Mi lealtad es para con Victoria.

—Por eso mismo. Me he enamorado —confesó—. De Victoria. Y sé que la quieres lo suficiente como para ayudarme a arrastrarme para recuperarla.

—¿En qué consiste exactamente eso de convertirte en un arrastrado de la vida, Míster Dog? —preguntó con una sonrisa malévola.

Bernardo sonrió en respuesta, por primera vez esperanzado desde que había decidido que iba a luchar por lo que quería.

—Te va a gustar. Te cuento.

CAPÍTULO 27

Bernardo se sentía incómodo por un montón de razones.

Cuando llamó al timbre del piso de Victoria tenía miedo de que ella no le abriera.

—¿Bernardo?

—Me gustaría hablar contigo. ¿Puedo subir?

—Un momento.

Victoria se fue hasta su habitación. Cogió el móvil y confirmó que Bernardo seguía bloqueándola.

—No me has desbloqueado.

—Victoria, por favor, ¿me dejas subir y lo hablamos?

—Sigo bloqueada.

Bernardo gruñó una maldición.

—Ya está. Ya te he desbloqueado. ¿Me abres ahora, por favor?

En ese momento empezaron a sonar notificaciones en el móvil de Bernardo.

Victoria
Imbécil.

Victoria
Capullo.

Victoria
Cretino.

—Me puedes insultar en persona, si te apetece.

—Una mujer educada no dice palabrotas.

—¿Y sí que las escribe?

—Si me da la gana, sí.

—Victoria, por favor.

Un ruido le indicó que la puerta se había abierto.

Tambaleante y nada seguro se dirigió hasta el ascensor.

Victoria le estaba esperando con la puerta abierta. Y cuando lo vio andando hacia ella, muy a su pesar no pudo contener una carcajada.

—¿Vienes buscando sexo? Te has arreglado especialmente para la ocasión. Tal y como te pedí ayer.

Bernardo ofrecía una estampa difícil de olvidar: vestido con una camiseta negra y unos tejanos, iba subido a unos zapatos de un tacón altísimo.

—No —respondió—. Ya te lo dije. Imposible que se me levante si llevo tacones. Además, estos condenados duelen una barbaridad. Mis respetos por llevar una tortura así a diario.

—Mis zapatos no duelen.

—Lo sé, pero Tatiana no podía hacerme unos de mi número con la rapidez que necesitaba.

—¿Tatiana? ¿Tatiana te ha ayudado?

—¿Me dejas pasar? Se me van a acabar gangrenando los pies y me los van a tener que amputar.

—Sí, pasa.

Victoria estaba trabajando en casa. Iba descalza y con unos pantalones muy cortos, aunque llevaba una blusa de seda, un maquillaje ligero y el pelo impecable. Suponía que estaba preparada por si acaso tenía que hacer alguna videoconferencia.

—Dime —le exigió cruzada de brazos—. Estoy liada y no te puedo dedicar mucho tiempo.

—¿Puedo sentarme al menos? Estos zapatos me están matando.

—Con plataforma y todo —observó.

—Tatiana me ha llevado a una tienda de zapatos para *drag queens*.

Victoria levantó una ceja.

—No lo digo en plan ofensivo. En ninguna zapatería tradicional hay zapatos femeninos de tacón para un cuarenta y siete de pie.

—¿Ha sido idea de Tatiana?

—No, se me ha ocurrido a mí. Suponía que necesitabas verme hacer el ridículo para que al menos te plantearas escucharme.

—Supones bien.

—¿Necesito hacer más el ridículo?

—¿Te pondrías un tanga de leopardo?

—Me lo pondría —aceptó con un suspiro resignado—, aunque eso anulara mi capacidad de lograr una erección.

—De acuerdo, has conseguido el privilegio de sentarte en mi sofá y de descalzarte.

—Gracias a Dios.

La exhalación de alivio de Bernardo hizo sonreír a Victoria.

—Pues tú dirás.

Bernardo intentaba ordenar el discurso que se había preparado, pero estaba demasiado nervioso.

—Ayer hicimos el amor.

—Te recuerdo que yo también estaba allí. Soy consciente de lo que hicimos.

—Me acojoné.

—Y yo te envié un mensaje llamándote capullo cobarde. No sé por qué me cuentas cosas que ya sé.

—Pero, incluso muerto de miedo por todo lo que me haces sentir, no fui capaz de alejarme de ti. Aunque sabía de manera irrevocable que eres demasiado buena para mí.

—Sí que fuiste capaz.

—Eso fue después de leer tus listas. Las que habías escrito en tu libreta.

Victoria abrió los ojos ultrajada.

—¿Qué? ¿Pero cómo te atreves a cotillear en mis asuntos personales?

—Sí. Estuvo mal. Fue un accidente...

—¿Por accidente tus ojos se posaron en las páginas de una libreta que estaba cerrada?

—Sí. Pero da igual. Ahora eso ya no tiene remedio. Las he leído. No debería haberlo hecho, pero lo hice. Y yo... quiero saber qué significan.

—¿Te das cuenta de lo arrogante que sueñas? O sea, ¿ lees algo privado y luego te atreves a pedirme explicaciones? ¿Es eso?

—Pues sí.

—Pues ya te puedes ir por donde has venido. No tienes derecho a exigirme una justificación que no te pienso dar.

Bernardo no sabía abrirse.

No sabía declararse.

No sabía cómo llegar al corazón de esa mujer que deseaba tanto.

—Vale.

—Te acompaño a la puerta.

—No, no. Aún no he acabado. Pensaba que si me decías qué significaban las listas, sabría a qué atenerme. Pero parece que voy a tener que decir lo que siento por ti sin tener idea de lo que sientes tú.

Victoria empezaba a estar harta. Dejarlo entrar en su casa había sido una pérdida de tiempo.

—Ah... por eso no te preocupes. Te lo digo sin problemas. Tal y como ponía en mi lista, creo que eres feo, burdo, antipático, borde...

—Desde luego sabes cómo subir el ego a un hombre.

Victoria levantó una ceja, cada vez más encerrada en sí misma.

—¿Sabes? Valiente no es aquel que no percibe el miedo —empezó Bernardo—, sino aquel que, aun sintiéndolo, es capaz de dominarlo.

—¿Ahora te pones en plan filosófico?

—Victoria, mis sentimientos hacia ti me tienen aterrorizado. Jamás había conocido a nadie como tú. Nunca me había sentido como cuando estoy contigo. Tenía miedo de conocer una relación perfecta y que luego me dejaras.

—¿En serio esta frase ha funcionado alguna vez? De verdad que no sé qué tenéis los hombres en la cabeza.

—Sin embargo —prosiguió Bernardo—, no voy a seguir renunciando a ti para poder manejar una hipotética situación en la que tú me abandonas. Aunque, claro, igual no te apetece pasar conmigo ni un solo minuto más. Por esto te preguntaba qué significaban estas listas. ¿Tengo alguna oportunidad?

Victoria no se esperaba aquello.

—Tampoco sé si has perdonado a Bosco —siguió explicando—. Os vi besándoos en la calle. Volví aquella misma noche para hablar y decirte por qué me había ido de tu casa.

—Y aun así me dices que quieres estar conmigo.

—Si estás con él, no. El tiempo que estemos juntos, me gustaría que fuera con exclusividad.

Observó a Bernardo, que tanto le recordaba a un guerrero maorí. La impaciencia con la que aguardaba. La valentía de expresar sus sentimientos incluso sabiendo que los de ella no eran muy prometedores.

—No estoy con él —admitió—. Espera aquí.

Bernardo soltó aliviado el aire que estaba conteniendo.

Victoria se levantó y fue a buscar su libreta.

—Creo que no acabaste de leer la lista.

PROS

) Me atrae de una forma que no sé explicar

) Quiero averiguar adónde nos conduce esto

—¿Ya está? —Bernardo levantó la mirada del papel—. ¿Eso es todo lo bueno que ves en

mí?

—A ver, te has portado de una forma tan errática que no he podido escribir nada más.

Victoria se encogió de hombros.

—La lista la escribí antes de irte a buscar a tu estudio. Y luego salimos. Y me ofendiste. Y después me encontraste a la salida del hospital. Y me consolaste. Y más tarde me abandonaste. Perdona si he estado liada con tus problemas emocionales.

—Ya, sí. Me has tenido muy alterado. Pero, ¿en serio que para ti no soy más que una mera posibilidad para explorar?

—No sé qué decirte, Bernardo. ¿Esperas una proposición matrimonial después de tres días?

—¿Eso quiere decir que no sientes lo mismo que yo?

—Tampoco tengo muy claro cuáles son tus sentimientos. Ahora mismo me tienes muy confundida.

—¿Me estás vacilando?

—No.

Bernardo repasó la conversación.

—Victoria, estoy enamorado de ti.

—¿Y eso qué significa?

Bernardo se la quedó mirando.

—¿Todo esto es porque quieres que me siga arrastrando?

—Chico listo. Veo que lo vas pillando.

—Vale —puso los ojos en blanco—, como quieras. Me horrorizó que fueras tan guapa. Porque no eres una de las normales. Eres una espectacular, y las guapas dais mucho trabajo.

—¿Con cuántas como yo has salido para saberlo?

—Con ninguna. Es cierto. Pero puedo intuirlo. Además, eres una persona de otra clase social, acostumbrada a unos lujos a los que yo jamás he tenido acceso, ni ganas, si me permites decirlo. Pero no te voy a poder ofrecer nada de eso.

—Ni falta que hace. Puedo tener lo que me apetezca sin que tú me lo des.

—De acuerdo. Pero es que también eres buena persona. Y eso casi que es lo peor de todo. Te siento inalcanzable. Y, aun así, quiero estar junto a ti, quiero salir contigo, quiero que me cuentes tus problemas, quiero acostarme contigo, lo quiero todo contigo. Durante el tiempo que tú también quieras.

El anhelo de Bernardo le había ido calando en los huesos, la había ido calentando con un sentimiento que pensaba que no existía y que parecía que por fin había encontrado.

Al final había resultado que enamorarse de un feo había sido la solución para encontrar el amor verdadero.

Y no quiso negarse a sí misma la posibilidad de alcanzar lo que siempre había deseado por pura tozudez.

—Bernardo, yo también estoy enamorada de ti —respondió con dulzura—. Y a mí no me da miedo averiguar a dónde nos conduce esto. Pienso poner toda la carne en el asador. Esta vez no voy a mostrarme distante porque yo también te quiero conocer. Nunca he sentido esto por nadie. Jamás he experimentado esta plenitud que siento estando contigo.

Bernardo sonrió con calidez.

—Pero —puntualizó—, me has tenido unas horas hecha polvo. Sí, lo confieso. A partir de ahora te voy a decir cómo me siento. Y te advierto que una vez hemos puesto las cartas sobre la mesa no voy a tolerar más estupideces por tu parte. Si yo me meto de lleno, tú también.

—Victoria, que me he presentado en tu casa con unos zapatos rojos de tacón con plataforma. Estoy completamente comprometido con esta relación, nos lleve a donde nos lleve.

—Sí. Eso ha sido un puntazo.

—¿Puedo besarte ya?

—De verdad, Bernardo, que sigues preguntando demasiado.

Bernardo estaba hambriento de Victoria, así que la abrazó con avaricia mientras se la comía a besos y la acariciaba por dónde podía.

Victoria se separó para respirar.

—¿No decías que ibas a necesitar un estímulo extra? —preguntó levantando la ceja.

—Tú eres el único estímulo que necesito —contestó excitado volviéndola a besar.

EPÍLOGO

Habían esperado tres años.

Bernardo y Victoria habían consolidado una relación que, de entrada, no parecía que fuera a durar mucho.

Tal y como ella había soñado desde niña, cuando escribía listas y requisitos de lo que creía que quería, había encontrado en él a un compañero de vida al que amar y que la amaba sin ambages.

Una mirada, una sonrisa, un beso; todo entre ellos era un lenguaje secreto que descifraban a través del corazón.

Lo que empezó siendo una atracción que ni siquiera ellos entendían, se había convertido en algo hermoso: se había transformado en amor, en cariño, en complicidad.

En aquello que los dos querían.

Ambos habían aprendido que las apariencias físicas no tienen relación con el amor.

Bernardo jamás hubiera pensado que al final estaría con una mujer tan guapa como Victoria, y para ella los feos siempre habían estado fuera de su radar.

Y sin embargo, se habían conocido, y había más que química entre ellos.

Pero hubo momentos difíciles.

Hasta que la sobrina de Bernardo fue al colegio, hacían malabares para poder verse y dormir juntos.

Ceder para encajar horarios y costumbres no siempre era fácil y, sin embargo, era la única manera de hacer posible que aquello funcionara. Equilibrar necesidades y mantener la confianza en una relación donde también había una sobrina y una hermana lo complicaba todo.

Ana no se había sentido desplazada por el cambio de prioridades de Bernardo. Le aliviaba muchísimo ver a su hermano tan enamorado de una mujer tan espectacular que le correspondía, aunque la distancia que siempre ponía Victoria con las personas de fuera de su círculo de amigos, era una barrera que impedía una relación cariñosa entre las dos.

Y es que Victoria no llevaba bien la figura de Ana. Su mente entendía que la niña no podía criarse sola y necesitaba adultos para su propia supervivencia, pero su corazón... ese iba por libre, y cada vez que Bernardo anulaba una cita porque la niña estaba enferma —o por cualquier otro imprevisto— se sentía mal.

Mal por harpía, mal por egoísta y mal por echar de menos la compañía de Bernardo.

Así que se enfrentó a ello de la única manera que sabía: con una conversación con su cuñada.

—Quiero ser la tía de tu hija —le había dicho.

Ana no se había esperado aquello. Había creído que le exigiría que dejara de aprovecharse de Bernardo, que quizás le ofrecería dinero para que contratara a alguien como sus padres habían hecho con su tata, que la culparía de los problemas que podía estar teniendo con su hermano. Pero no, Victoria había asumido que su hija era importantísima para Bernardo, y quería formar parte de ello por él.

—¿Te gustan los niños?

—Amo a tu hermano. Y ahora Bernardo se siente dividido. Si tú no me permites involucrarme en esto, vamos a acabar rompiéndolo entre las dos. Los niños me asustan, pero él

me enseñará a querer a tu hija.

Ana no pudo contener una lágrima. Se levantó y la abrazó.

Victoria no se esperaba tanta efusividad; no estaba acostumbrada a esas muestras de cariño y se sintió bastante incómoda. Ana se enjugó las lágrimas y rio.

—Me alegra saber que debajo de ese aspecto frío y altivo que tienes, late un enorme corazón.

Victoria esperó la respuesta a su proposición. Impertérrita, no acababa de saber conducirse en esas situaciones.

—Claro que sí —respondió—. Me encantaría que fueras la tía de mi hija. Si no tienes miedo de que te ensucie tu piso, puedes llevarla allí cuando tú quieras, o puedes venir a dormir a casa cuando yo esté de viaje. Nada me hace más feliz que pensar que mi hermano tiene a una mujer que lo quiere tanto, que va a intentar amar a mi hija por él. Mi hija también se alegrará de que haya otra persona mimándola.

Desde aquel día todo fue un poco más fácil, aunque cuando Ana volvía a ocuparse en exclusiva de su hija, Victoria agradecía el descanso. Pero, al menos, sabía que, si deseaba estar con Bernardo cuando él tenía que ocuparse de su sobrina, podían estar los tres juntos.

Tatiana encontró la forma de darle su merecido a Sergio. Además de la pena pecuniaria y del correspondiente retorno de lo que había robado, Sergio no tuvo más remedio que abandonar Barcelona. Demasiadas personas conocían la estafa que había perpetrado.

También dio una oportunidad a Bernardo. Después de la búsqueda de aquellos zapatos, le había quedado claro que él haría cualquier cosa por su amiga. Aún lo seguía llamando Míster Dog en algunas ocasiones, pero a él no parecía importarle.

Tatiana llevaba todo ese tiempo sin pareja oficial. Había descubierto muchas cosas durante ese parón de relaciones: su propia fortaleza, su propio valor. Seguía queriendo encontrar a alguien como le había sucedido a Victoria, pero ya no se conformaba con cualquiera.

Después de lo que parecía una eternidad —casi tres años—, Bernardo llegó a casa de Victoria con una orquídea y cuatro maletas llenas hasta los topes.

Había descubierto que, para Victoria, no había mejor regalo que aquella flor elegante, que exponía su feminidad con valentía y que era tan delicada en sus cuidados. Y Bernardo estaba más que dispuesto a complacer a Victoria en todo lo que pudiera.

No aguantaba la impaciencia de estar con ella.

Por fin, llegaba el día en que se instalaba en su casa.

Iban a vivir juntos, le abrumaba la burbujeante expectación de un futuro feliz.

Pero en el piso reinaba el silencio. Seguramente, aún seguiría en el trabajo.

Un poco decepcionado porque Victoria no lo estuviera esperando, se dirigió a la habitación para guardar sus cosas.

Pero Victoria estaba allí, encima de la cama. Desnuda por completo excepto por los zapatos rojos que llevaba el día que la conoció.

—Bienvenido a casa.

Bernardo la repasó con la mirada, haciendo que la piel de Victoria se erizara allí donde se posaban sus ojos.

Con una sonrisa lujuriosa, se desnudó lentamente, mientras se deleitaba observando el cuerpo de su amada.

Cuando se tumbó sobre ella, inhaló el perfume de su piel, mordisqueó la base del cuello, lamió los labios que se abrían para él.

Tendido sobre ella cuan largo era, la estaba acariciando con todo su cuerpo. Era tan suave que no pudo evitar deslizar una mano por su costado hasta que se detuvo en sus nalgas.

—Bernardo... —suplicó—. Te necesito...

Y Bernardo la necesitaba a ella.

Necesitaba aquella conexión que había sentido desde el principio por mucho que se hubiera estado reprimiendo con ella.

Necesitaba aquella seguridad que le daba amarla y sentirse amado.

Necesitaba el sosiego que le producía vivir el reto de querer a una mujer tan impresionante como aquella.

Se enorgullecía del hecho de que el temor de no ser suficiente para ella no lo había detenido. Que había logrado estar a su lado, porque ella lo había aceptado.

—No puedo creer que cada día que pasa te siga queriendo más. No imaginaba que algo así fuera posible —susurró deleitándose en aquel momento íntimo—. Eres preciosa, Victoria, y a pesar de ello te adoro.

—Te quiero más de lo que nunca pensé que sería posible. Enamorarme de un feo... —dijo besándole en sus labios tentadores—, y jamás he sido más feliz.

Gracias por haber leído esta novela.

Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando
una valoración en Amazon.
¡Gracias otra vez!

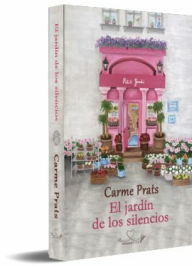
**PARA VALORAR
ESTA NOVELA**

Descarga este código QR

¡MUCHAS GRACIAS!



OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



EL JARDÍN DE LOS SILENCIOS

Noemí es vital, alegre, una fuerza de la naturaleza a quien le encanta bailar y que se ha enamorado del mejor amigo de su hermana mayor. Y tiene que renunciar a él y a su propia familia.

Álex es tímido, callado, un chico atractivo de unos increíbles ojos verdes que se ha enamorado de la hermana pequeña de su mejor amiga. Y tiene que renunciar al amor de su vida.

Y ambos renuncian porque aman demasiado.

Años más tarde, Álex está desencantado de la vida insulsa y llena de obligaciones que tiene, y decide que ha llegado el momento de luchar por Noemí. Esta vez no la va a dejar escapar.

¿Les dará el destino una segunda oportunidad? ¿Podrán hacer frente a aquello que los separó?

EL SECRETO DE TUS PALABRAS



Blanca no tiene suerte con los hombres. Por eso, cuando su mejor amiga la provoca para estar todo un mes sin ninguno acepta el reto.

Sam ya no es el que era. La vida se encargó de darle un buen golpe, pero ahora, después de años de ser un ermitaño, le toca salir de su acogedora cabaña en la montaña y enfrentarse a la realidad.

Poco sabía él que, en un viaje a un lugar que amaba, iba a encontrar a una mujer que iba a iluminar toda su oscuridad.

Te dejo el código QR que te lleva a la página de Amazon donde están todas mis novelas por si quieres leer alguna más.

Y por si te interesa, te comunico que esta novela que acabas de leer también está disponible en papel.



AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos aquellos que se han ofrecido a hacer de lectores cero. Tenéis una paciencia brutal conmigo.

Especialmente, gracias a Fernando, que se leyó esta novela capítulo a capítulo a medida que la iba escribiendo (como si fuera por entregas), porque se entusiasmó con ella y conseguí arrancarle alguna carcajada. Qué bello es vivir —*feliç al teu costat*—.

A Alicia Piédrola, que se la leyó dos veces y le encantó. Me emociona lograr que disfrutéis con lo que escribo.

A M. Josep Prats, porque me contagia su entusiasmo por lo que hago, lo que me llena de alegría y me da confianza.

A Noemí Montiel, por su detector de repeticiones y su cariño. Por más cosas que le pasen, siempre tiene un hueco para mí.

A Rosa Ojeda, por su exhaustivo trabajo analizando la novela con comentarios muy acertados. Espero que veas que ha mejorado gracias a ti.

Y, por último, mi lectora más entregada, Neus Milà, a la que tengo explotada. Ha sido mi punto de apoyo en todos los eventos a los que me han invitado, ya sea en presentaciones o en clubs de lectura. Le he dado mucho trabajo, y no podría estar más agradecida. El éxito compartido sabe mejor. *Gràcies*.

No me olvido de las chicas del chat «Ruta literaria»: Eli (Massana, Prats, Samartino), Gemma Salud, Laura (López, Marco), Marta García, Sandra Sol... El soporte moral que recibo de vosotras es maravilloso.

A mi amiga Eli Samartino, por el regalo de una vela aromática, que me ha acompañado en la escritura (y por nuestros audios).

A los asistentes (sí, también asiste un hombre) al club de lectura de novela romántica de Casa del Libro de Passeig de Gràcia. Sigo aprendiendo y sigo divirtiéndome con vosotros, tengo una suerte inmensa de haberos conocido.

Un abrazo especial a mis librerías, Mireia Solsona y Míriam Tamarit, que me guardan sitio en sus librerías (y espero que también en sus corazones); en el mío, lo están.

A Mireia Caramazana, especialista en comunicación, porque sus ideas, literarias o no, siguen aportándome valor.

A Noelia Gabriel, porque gracias a ella me convertí en escritora. No hay suficientes palabras (y yo tengo unas cuantas, y más si van en un audio) para agradecer el inmenso regalo que me hizo. Hemos disfrutado juntas de este Sant Jordi, y ha sido genial. Trabajar y aprender de ella es un lujo.

A Pepe, el escritor J. de la Rosa, porque en su maravilloso curso «Marketing para escritores» me animó a escribir una novela corta (aunque tenía que serlo mucho más), que se ha convertido en lo que habéis leído. Gracias, Maestro.

A Ramon Gargallo, Marc Rius, Pedro Morales y Josefina Altés por invitarme a sus respectivos programas de radio.

A mis hijos. *Sou el meu orgull*.

A mis padres, a mis hermanas, a mis yayos —que sigo sintiendo a mi lado—, a mi familia, a mis amigos, a mis compañeros de trabajo, sois extraordinarios.

A todos los que estáis a mi lado brindándome vuestro apoyo, en especial a bloggers que han difundido mi trabajo.

Y, por supuesto, gracias a ti, lector. Sin ti, nada de esto tendría sentido.